CARTAS ERÓTICAS

Las joyas epistolares más íntimas
y pasionales de las grandes
figuras de la historia

Edición de
Nicolas Bersihand

CARTAS ERÓTICAS

Las joyas epistolares más íntimas y pasionales de las grandes figuras de la historia

Edición de
Nicolas Bersihand

B

Para M.

INTRODUCCIÓN

Este libro procura aproximarse al erotismo desde el género literario epistolar, una singular alianza que se expone, debate y aclara en una *nota bene* al final del libro.

Escritas en primera persona, todas las cartas publicadas reflejan el paso de las alas del erotismo por la vida de sus autor@s. Y despliegan un panorama del erotismo en su variada naturaleza, tal como se lee en dichas correspondencias, (in)fiel reflejo de lo que es, cómo es y cómo lo viven sus protagonistas, sin tabúes ni rincones secretos, tal como lo confiesan. Esta antología no pretende exclusividad ni exhaustividad, sino aportar a este campo un largo compendio epistolar olvidado, desconocido y ninguneado.

Esta selección epistolar presenta las cartas según un eje temporal: antes, durante y después de la consumación erótica. Cada parte indaga en los meandros, matices y lugares (in)sospechados del erotismo, vivido como ilusión y plenitud, pero también como catástrofe o problemática. Esta exploración epistolar pretende ser una celebración del erotismo.

I

CONTACTLESS: PRELUDIOS ERÓTICOS



Ante todo, ningún gesto y pocas palabras, salvo el silencio del esplendor erótico que se despierta, vuela en el aire, que cambia por completo, para, antes de elegirnos como presas de su rapto, filtro o encanto, irrumpir en nuestra vida. El erotismo no solo como atracción o imán, sino como fuente del amor, origen de la vida misma, ese es el camino que proponen estas cartas.

1

EROS: ORIGEN Y SENTIDO DE LA VIDA

«Vivir y escribir en celo».

Rainer Maria Rilke a Franz Xaver Kappus

El poeta Rainer Maria Rilke (1875-1926), maestro de la fusión de las almas y de la comunión mística con el universo, unía, en una de sus cartas a un joven poeta, la creación con el Eros.

Viareggio, 23 de abril de 1903

Los libros de Richard Dehmel me afectan (por cierto, también el hombre, a quien conozco de manera informal) de tal modo que cuando me encuentro delante de una de sus hermosas páginas siempre temo la siguiente, que puede volver a alterarlo todo de nuevo y convertir lo atractivo en algo indigno. Lo ha caracterizado a la perfección con la frase: «Vivir y escribir en celo». De hecho, la experiencia artística se encuentra tan increíblemente cerca de la del sexo, de su dolor y su éxtasis, que ambas manifestaciones no son más

que diferentes formas de un mismo anhelo y deleite. Y si en vez de celo se pudiera decir sexo, sexo en el gran, amplio, limpio sentido de la palabra, exento de cualquier insinuación de error eclesiástico, entonces su arte sería en verdad grandioso e infinitamente importante. Su poder poético es excelente, fuerte como un instinto primitivo; tiene sus propios ritmos implacables en sí mismo y brota de él como de las montañas.

No obstante, parece que este poder no siempre es honesto y sin pose. (Aunque también esta es una de las pruebas más difíciles para el individuo creador: debe permanecer siempre inconsciente, sin sospechar de sus mejores virtudes, si no quiere despojarlas de su ingenuidad e inalterabilidad). Y luego, cuando al recorrer su ser llega a lo sexual, no encuentra un hombre tan puro como podría requerir. No hay aquí un mundo sexual completamente maduro y limpio, sino uno que no es lo bastante humano, que es solo masculino, es celo, intoxicación e inquietud, y repleto de los viejos prejuicios y arrogancias con los que el hombre ha desfigurado y cargado el amor. Porque ama solo como hombre, no como ser humano; por este motivo hay en su deseo sexual algo limitado, que parece salvaje, malicioso, temporal, finito, que apaga su arte y lo hace ambiguo y dudoso. No es inmaculado, está marcado por el tiempo y la pasión, y poco de él sobrevivirá y perdurará (¡pero así es la mayor parte del arte!). Sin embargo, uno puede regocijarse en lo que hay de grandeza en él, solo que no hay que perderse en él y convertirse en un defensor de ese mundo dehmeliano tan indeciblemente aprensivo, lleno de adulterio y confusión, y tan alejado de los verdaderos destinos que provocan más sufrimiento que estas aflicciones temporales, pero que también ofrecen mayor oportunidad a la grandeza y más valor para la eternidad.

«Hay algo de testículo en el fondo
de nuestros sentimientos más sublimes».

Denis Diderot a Étienne Noël Damilaville

El espíritu observador del fundador y principal autor de la *Enciclopedia*, el filósofo y novelista Diderot (1713-1784), fascinado ante la cópula que protagonizaron dos perros, relaciona en esta carta la acción de las hormonas sexuales con la vida misma, sentimental y comportamental de las personas, presentando así al Eros como origen de la vida entera.

3 de noviembre de 1760

Sería vano en mi manera de amar si no hubiese recibido en el campo, durante ocho días seguidos, una lección de humildad. Ante mis ojos tuve a un amante que, en medio de la lluvia, el viento, el tiempo horrible que hacía, olvidaba su descanso, su casa, todas las necesidades de la vida para acudir a gemir, suspirar, acostarse y pasar las noches bajo la ventana del objeto de su deseo.

Podrías pensar que el galán en cuestión es un español. Para nada. Es un perro. Aunque, si he de decirte lo que pienso, no creo que hiciera todo eso llevado por un sentimiento puro y delicado. Creo que había cierta lujuria en la manera de obrar de Taupin; así se llama el galán. Pero, si nos examinaran a nosotros, descendientes de Celadón, con sumo cuidado, quizá descubrirían algún interés impuro y taupinería en nuestras empresas más desinteresadas y en nuestra conducta más dulce. Hay algo de testículo en el fondo de nuestros sentimientos más sublimes y de nuestra ternura más depurada.

«Resulta interesante que no puedas tratar
la masturbación por escrito».

Virginia Woolf a Ethel Smyth

La inmensa escritora Virginia Woolf (1882-1941), víctima de abusos sexuales en su infancia por parte de sus hermanos y maltratada por un padre autoritario, encontró la felicidad en el amor por alguna mujer, así como en el equilibrio basado en el apoyo indefectible de su esposo morganático y en la creación literaria. Reivindica en esta

carta el autoerotismo como eje central de la vida sexual femenina, al que no se debe silenciar más.

12 de enero de 1941

Resulta interesante que no puedas tratar la masturbación por escrito, eso lo entiendo [...], aunque, en la medida en que la sexualidad gobierna gran parte de nuestra vida —al menos eso dicen—, la autobiografía corre el riesgo de verse truncada de manera significativa si se omite ese aspecto. Y en lo que se refiere a las mujeres, en mi opinión, corre el riesgo de seguir así durante generaciones.

2

EL SURGIR DEL DESEO

«El flirteo es aquí un furor».

Juan Valera a su hermana

A los sesenta años, el diplomático y escritor Juan Valera (1824-1905), autor de *Pepita Jiménez*, enviado a Estados Unidos, descubre contra todo pronóstico el intenso bullicio de seducción que impera allí.

Delegación de España en Washington D. C.
1 de febrero de 1885

Querida hermana:

[…] Fuera del disgusto de estar separado de mis hijos y de mis amigos de toda la vida, aquí me va bien. Esta gente es amabilísima, sociable y hospitalaria; las mujeres sobre todo. Por dicha o por desgracia, según quiera considerarse, tengo ya sesenta años. Si no, correría gran peligro mi virtud. Pero como ni la virtud padece ni la ancianidad es grave inconveniente para el flirteo, siempre tengo

damas que gustan de flirtear conmigo; y, dicho sea en sigilo, Misses también, que no reparan en que estoy cansado, ni ven en ello obstáculo a sus inocentadas. Por lo demás, el flirteo es aquí un furor.

Mi mujer, por censurarlo todo en España, hallaba que allí nadie piensa en más que enamorar, ni criados, ni señores. Si viera esto se pasmaría. En España no se enamora la vigésima parte de aquí. Desde la negra más negra hasta la rubia más blanca y honrada, todas traen un jaleo de mil diablos y una de enredos con galanes que no tiene término. Juanito me divierte mucho con las rabietas, los celos y los furores que le proporcionan las jugarretas que le hacen.

«Un hombre empalmado ya no tiene palabra».

Guy de Maupassant a un amigo

El escritor naturalista Maupassant (1850-1893), el fauno incansable e insaciable que alardeaba de poder dirigir su pene a voluntad, nunca se entregó a ninguna mujer del todo ni conoció el amor de verdad. Su afán sexual, su debilidad por los placeres de la carne o su adicción sexual quedan manifiestos en esta carta, donde rechaza celebrar una Nochevieja con un amigo porque, por fin, una mujer le ha dado el sí.

¿Cómo contarte esto? Me da tanta vergüenza que mi pluma se sonroja. Bueno, debo explicarme. Me veo obligado, absolutamente obligado, a dejarte plantado mañana por la noche. Prefiero contarte la verdad a inventarme algún cuento. Una mujer por la que se me empina desde hace bastante tiempo y que se ha cerrado en banda a todos mis intentos de acercamiento, sin apenas libertad, además, bajo la potestad de marido y de familia [...] quiere cenar conmigo el 31 de diciembre y promete... Eso es, lo sabes, ¿verdad?, «un hombre empalmado ya no tiene palabra», y no me lo reprocharás. No obstante, debe estar de vuelta en su casa a las 10.15 como muy tarde. Así pues, yo estaré en la tuya a las 10.15.

Perdóname.

«El pensamiento de la carne me llevó a las puertas
de verme superado por el deseo».

Piotr Ilich Chaikovski a Modest Ilich Chaikovski

La sensibilidad del compositor ruso Chaikovski (1840-1893) resplandece en esta carta al describir cómo las sensaciones que le produce el despertar de la naturaleza en primavera avivan el deseo erótico.

Brailov, 18[-20] de mayo [1878]

Los árboles son viejos y gruesos. La abundante hierba está alta, lo que es una auténtica delicia. Se trata de un lugar que me gusta más que cualquier otro que haya visto nunca. Da rienda suelta a la imaginación. Me senté bajo un enorme roble y me puse a imaginar a los monjes que una vez caminaron por aquí y cómo mortificaban su carne. El pensamiento de la carne me llevó a las puertas de verme superado por el deseo, y empecé a tener pensamientos lujuriosos sobre Ast[apka] y sentí un deseo abrumador de deleitarme con sus encantos, y... «¡Nada..., nada..., silencio!».

Alyosha es un encanto; pero ya te hablaré de él mañana.

3

EPÍSTOLAS POÉTICAS

«Eres lo mejor que hay para mí».

Federico García Lorca a Salvador Dalí

Su pasión con Salvador Dalí (1904-1989) fue el acmé de sus pasiones oscuras: sin que se cumpliera, este amor dejó huellas epistolares de algún gesto equivocado del poeta hacia el pintor. Sin llegar a romperse, la relación tan íntima entre los dos genios se distanciará tras este incidente secreto: durante los ocho años posteriores no se verán ni una sola vez.

Barcelona, 31 de julio de 1927
Cafè de la Rambla

Mi querido Salvador:

Cuando arrancó el automóvil, [...] estuve a punto de tirarme del coche para quedarme contigo en Cadaquès [...].

Me he portado como un burro indecente contigo, que eres lo mejor que hay para mí. A medida que pasan los minutos lo veo claro

y tengo verdadero sentimiento. Pero esto solo aumenta mi cariño por ti y mi adhesión por tu pensamiento y calidad humana.

«Sé que Jacinto, a quien Apolo amó con locura,
fuiste tú en la época griega».

Oscar Wilde a Alfred Douglas

Oscar Wilde (1854-1900), uno de los mayores escritores británicos, desafió el puritanismo victoriano y conoció el final más trágico que se podía imaginar: denunciado por sodomía por el padre de su amante, Alfred Douglas, perdió el juicio, que lo deshonró a ojos del mundo y lo condenó a la cárcel. Nunca llegó a recuperarse de esa caída, que dio lugar, sin embargo, a su obra más lírica, profunda y terrible: *De profundis*. Murió dos años después de salir libre, en un hotel parisino, como un paria, arruinado y solo. Todo empezó por una iluminación poética en la que convertía a su joven amante en la reencarnación de Apolo, como relata esta carta.

Enero de 1893

Mi muchacho:

Tu soneto es encantador, y es una maravilla que esos labios tuyos, rojos como pétalos de rosa, estén hechos tanto para la locura de la música y el canto como para la de los besos. Tu esbelta alma áurea camina entre la pasión y la poesía. Sé que Jacinto, a quien Apolo amó con locura, fuiste tú en la época griega.

[...] Siempre, con amor imperecedero, tuyo.

«Ven... Estoy tan solo, tan solo de besitos...».

Fernando Pessoa a Ofélia Queiroz

De la vida íntima de Fernando Pessoa (1888-1935) solo se supo de sus amoríos con Ofélia. Darse un beso será la mayor expresión de su deseo íntimo, la extrema oposición al desasosiego tan suyo que revelará al mundo.

[5 de abril de 1920]

Mi Bebé pequeño y travieso:

[...]

¿Sabes? Te estoy escribiendo, pero no estoy pensando en ti...

¿Cuándo podremos encontrarnos a solas, en cualquier parte, mi amor? Siento la boca extraña, sabes, por no recibir besitos desde hace tanto tiempo... ¡Mi Bebé para sentar en mi regazo! ¡Mi Bebé para dar mordiscos! Mi Bebé para... (y después el bebé es malo y me pega...). «Pequeño cuerpo de tentación» te llamé; y lo sigues siendo, pero lejos de mí.

Bebé, ven aquí; ven a los pies de tu Nininho; ven a los brazos de tu Nininho; pon tu boquita contra la boca de tu Nininho... Ven... Estoy tan solo, tan solo de besitos...

Quién pudiera tener la seguridad de que me echas de menos de verdad. Al menos eso sería un consuelo... ¡Pero tú piensas menos en mí si cabe que en el chico del galanteo, en D.A.F. y en el contable de C.D.&C.! ¡¡Mala, mala, mala, mala, mala...!!!

Azotes es lo que tú necesitas. [...]

Un solo beso que dure todo el tiempo que aún tiene que durar el mundo, de tu siempre muy tuyo.

«Mis caricias te envuelven deseando
penetrar en tu corazoncito».

Aleksandra Kolontái a Pável Dibenko

La revolucionaria bolchevique Aleksandra Kolontái (1872-1952), quien lo abandonó todo por la causa del pueblo y fue una de las pocas y pioneras mujeres dirigentes

bolcheviques, no pudo separar en su vida y en su combate políticos su vida íntima del destino colectivo. En medio de la lucha, escribe esta carta tan romántica a su querido Pável.

Febrero de 1918

Mi pequeño Pável:

Querido, adorado, ¿sientes que mis pensamientos vuelan hacia ti? Mis caricias te envuelven deseando penetrar en tu corazoncito. [...] Cómo me gustaría rodearte el cuello con los brazos, apretujarme toda contra ti, acariciar tu amada cabeza, unir mis labios a los tuyos y escuchar tus palabras dulces y cariñosas, que hacen que mi corazón se estremezca y se derrita de felicidad. ¡Cariño! ¡Mi amor! Tu paloma está deseando echar a volar para ir a refugiarse en tus adorados brazos.

«Mi cuerpo se ondula sometido a la voluntad de tus caricias».

Marguerite Burnat-Provins a Sylvius

La escritora y artista suiza Marguerite Burnat-Provins (1872-1952), demasiado poco conocida, es la mujer que escribió los versos más eróticos y libres de la historia a principios del siglo XX, a Sylvius, nombre ficticio empleado por la autora para no nombrar a Paul de Kalbermatten. ¿Esbozan estas cartas, sin límite sensual, cósmico o amoroso, un erotismo específicamente femenino?

[En *Cantique d’été*, 1910]

Tú, que haces de mi vida un himno que se reproduce del

amanecer a la noche, Sylvius, ¿lo conoces?

Recito: He aquí la flor de la hierbaluna y la del mimbre que he recogido en el bosque; he aquí la orquídea nacida al pie de los abedules puros como ceras blanqueadas por el rocío y sueños en gavillas que ascienden rectos como el humo recto cuando hace buen tiempo.

Toda mi alma en un ramo para ti; ¡tómalo!

Recito: He aquí las alegres cerezas, las grosellas negras como mis ojos, las moras que sangran y las voluptuosidades más rojas que los tomates insolentes.

Todo mi cuerpo perfumado para ti: ¡tómalo!

Tu aliento me evapora el alma, vuela a través de jardines de delicias y después, en tu boca fresca, va a posarse.

Mi cuerpo se ondula sometido a la voluntad de tus caricias, se arquea y se yergue, como la espiga cargada al viento del sur, y después, sobre tu pecho, vuelve a caer aplacado.

Apoya la oreja en mi labio mudo, si quieres seguir escuchando el himno que continúa por ti.

4

CONSEJOS

«Se trata de beneficiarse por primera vez a una mujer decente».

Stendhal a Prosper Mérimée

Si el erotismo puede ser un asunto de lo más sentimental, refinado y sutil, también puede tratarse como una mera cuestión técnica, con sus trucos y secretos. Sorprende que Stendhal (1783-1842), el adalid del amor, se muestre tan concreto, casi como un científico neutro que hablara fríamente del acto sexual, absolutamente antirromántico en sus consejos al autor de la ópera *Carmen*, Prosper Mérimée (1803-1870).

3 de agosto de 1801

Me siento, como muchos otros, incómodo, ya que se trata de beneficiarse por primera vez a una mujer decente. He aquí un método muy sencillo: mientras está acostada, la magreas, etcétera; ella empieza a tomarle gusto. La costumbre, sin embargo, siempre la

lleva a resistirse. Entonces, sin que se dé cuenta, debes apoyarle el antebrazo izquierdo en el cuello, por debajo del mentón, de manera que la ahogues; el primer movimiento consiste en llevar la mano ahí. Entretanto, debes coger el miembro entre el índice y el pulgar de la mano derecha y meterlo en la máquina: por poca sangre fría que le pongas, es infalible. Hay que disimular el movimiento decisivo del antebrazo izquierdo por los remilgos.

Fue Percheron quien compartió este método conmigo, es un experto.

«En todos tus amoríos te decantes por las mujeres mayores y no por las jóvenes».

Benjamin Franklin a un amigo

El hecho de que Benjamin Franklin (1706-1790), uno de los padres de la Constitución estadounidense, diplomático y político, dé algún consejo erótico es ya un atrevimiento inusual. Pero que sean recomendaciones a un joven desesperado por buscar una amante para que elija a una mujer madura, y no a una joven virgen, constituye un elogio antes de tiempo a las *cougars* y sus virtudes.

25 de junio de 1745

Mi querido amigo:

No conozco ninguna medicina que disminuya las violentas inclinaciones naturales que mencionas; y, si la conociera, creo que no debería comunicártela. El matrimonio es el remedio adecuado. Es el estado más natural del hombre y, por lo tanto, aquel en el que con mayor probabilidad encontrarás una sólida felicidad. Me parece que tus razones en contra de contraer matrimonio en este momento, carecen de fundamento. Las ventajas circunstanciales que mencionas para posponerlo no solo son inciertas, sino que son pequeñas en comparación con la cosa en sí, con el casarse y establecerse. Es la

unión entre hombre y mujer lo que hace al ser humano estar completo. Separados, a ella le falta la fuerza del cuerpo y la fuerza de la razón; a él, su dulzura, sensibilidad y agudeza de discernimiento. Juntos tienen más posibilidades de triunfar en el mundo. Un hombre solo no tiene ni de lejos el valor que tendría en ese estado de unión. Es un animal incompleto. Se parece a la mitad de un par de tijeras. Si consigues una esposa prudente y saludable, tu laboriosidad en tu profesión y su buena economía os garantizarán fortuna suficiente.

Pero si no aceptas este consejo e insistes en pensar que es inevitable comerciar con el sexo, entonces te reitero mi anterior consejo de que en todos tus amoríos te decantes por las mujeres mayores y no por las jóvenes. Tú llamas a esto paradoja y exiges mis motivos. Son los siguientes:

Porque como tienen más conocimiento del mundo y sus mentes, están mejor preparadas para la observación, su conversación es más agradable y duradera.

Porque cuando las mujeres dejan de ser guapas, estudian para ser buenas. Para mantener su influencia sobre los hombres, suplen la merma de belleza con un aumento de la utilidad. Aprenden a hacer mil servicios pequeños y grandes, y son las amigas más cariñosas y útiles cuando uno está enfermo. Siguen siendo amables, y, por eso, difícilmente se puede encontrar una mujer mayor que no sea buena.

Porque no hay peligro de tener hijos, lo que puede ser inconveniente si se producen de forma irregular.

Porque, debido a su mayor experiencia, son más prudentes y discretas a la hora de llevar a buen puerto una intriga para evitar sospechas. El comercio con ellas es, por tanto, más seguro en cuanto a tu reputación. Y con respecto a la de ellas, si resulta que la aventura acaba por descubrirse, las personas consideradas se mostrarán más inclinadas a disculpar a una mujer mayor que amablemente cuida de un joven, lo educa en sus modales con sus buenos consejos y evita que arruine su salud y su fortuna con prostitutas mercenarias.

Porque en todo animal que camina erguido, la deficiencia de los fluidos que llenan los músculos aparece antes en la parte alta: primero el rostro se afina y arruga; luego el cuello; después el pecho y los brazos; las partes bajas continúan hasta el final tan rollizas como siempre. De modo que, si se cubre la parte superior con una

cesta, y se considera solo lo que está por debajo del corsé, es imposible distinguir entre una mujer mayor y una joven. Y como en la oscuridad todos los gatos son pardos, el placer del disfrute corporal con una mujer de mayor edad es por lo menos igual, y a menudo superior, ya que todos los trucos pueden mejorar con la práctica.

Porque el pecado es menor. Corromper la inocencia de una virgen puede ser su ruina y hacerla infeliz de por vida.

Porque el remordimiento es menor. El hacer miserable a una joven puede llevarte a frecuentes y amargas reflexiones; nada de lo cual acompaña al hecho de hacer feliz a una mujer mayor.

Octava [y última]: ¡¡¡Son muy agradecidas!!

Hasta aquí mi paradoja. Pero aun así te aconsejo que te cases directamente; tu amigo, con sinceridad y afecto.

«Encadenarle más que mediante los placeres».

Ninon de Lenclos a Louis de Mornay

Ninon de Lenclos (1620-1705), la gran cortesana francesa del siglo XVII, expresa en esta carta la ley del Eros que gobernó su vida: los placeres, sin rivales, son lo que une a las personas.

En Picpus, 23 de diciembre de 1650

¿Es un crimen ser inconstante? Es, a lo sumo, un error necesario. Le he dicho mil veces que no quería encadenarle más que mediante los placeres. Es un amante lo que quiero, no un esclavo… Le pareceré muy indulgente. Siempre es culpa nuestra si nos son infieles; seguramente se nos olvidó añadir algunas flores a la cadena, que había que embellecer con todo el prestigio del amor, para hacerla eterna.

Hablemos claro. Si la señorita D'Aubigné me roba su corazón, solo me culpo a mí misma. Hace mucho que descubrí el fuego secreto que le consume por ella. Me di cuenta incluso antes que usted, marqués. Alcanzamos la iluminación cuando tememos perder un objeto tan preciado en la vida. Lo confieso, he hecho lo imposible por retenerle; he convertido el conocimiento del carácter de la señorita D'Aubigné en un estudio personal. No he parado de compararme con ella. Nuestros defectos, nuestros encantos, todo lo he comparado mil veces; todo lo he calculado, combinado con vuestros gustos, con vuestro tipo de espíritu y de carácter. Pretendía descubrir ese atractivo secreto que hacía triunfar a mi rival; y digo más, tomarlo prestado, arrebatárselo, incluso, y combatirla con sus propias armas. Ya sea por amor propio, ya sea por falta de luces, no he logrado descubrirlo; pero eso no significa que no exista… La gracia, el atractivo, cambian tanto según las perspectivas que el espíritu mismo puede captar todos los matices… Es, pues, ese no sé qué que no se puede definir; esa nada, que sería todo para mí de haber conseguido adivinarla, y que un velo tupido me oculta sin cesar.

¡Ah! Cuando el amor me haya iluminado, quizá me haya esforzado en vano por rodearme del encanto que os atrae… Prefiero creerlo así, es un pesar menos para mi corazón; porque, pese a mi filosofía, os añoro, marqués; sí, le añoro como a los sueños llenos de encantos cuyos recuerdos son aún muy dulces, y que impotentes deseos no pueden restablecer. Quien puede dejar de gustar ha perdido el derecho a reprochar; pero tendría motivos para quejarme si ya no fuese nada para usted. Adiós, marqués; si el tiempo marchita las flores que había arrojado en mi vida, quiero recoger lo que queda, y hurtarle al menos algunos restos de la felicidad con la que me había embriagado. Estaré en París pasado mañana; me siento con el valor para verle.

«En la actividad sexual un pedacito de lo que suele ocurrir en los cuentos de hadas».

Lou Andreas-Salomé a un joven varón, Bubi

Lou Andreas-Salomé (1861-1937) fue una mujer tan mítica como indescifrable del siglo XIX, a la que genios como Nietzsche, Freud y Rilke rindieron homenaje. En una carta a un joven poeta, sus consejos hacia el misterio del Eros, al cual dedico este libro, traslucen todas sus facetas: la mujer libre, la psicoanalista, que vivió el amor sin sucumbir a sus daños.

Alvastra, verano de 1911

Querido Bubi:

[...]

Lo sexual nos sobrecoge desde un lugar en el que la vida se ha contraído a su núcleo más imperceptible, apenas diferenciado a simple vista de la materia inerte y fragmentaria, para liberar eternamente nueva vida desde dentro de sí misma, desde un lugar en el que yace más invisiblemente oculta, para que entre en vigor de la manera más asertiva. Por eso parece que aquí, de forma inesperada, rige algo de milagro, de magia, de brujería; como si hubiera en la actividad sexual un pedacito de lo que suele ocurrir en los cuentos de hadas: donde el amor puede volver a convertir a una rana en príncipe, puede transformar el polvo en flores, donde el amor puede pronunciar su «¡Ahí está!» sobre el mundo, y la palabra de resurrección del amor resuena imparable, en todas las generaciones, a perpetuidad. Por esta razón, el mero aprendizaje de los procesos fácticos, incluso el más detallado y extenso, no logra una mayor comprensión. La vida puede llevar al aprendiz a la maravilla de la vida solo a través de su propia maravilla, que entonces se convierte en lo más obvio, lo que solo es evidente a través de ella misma.

5

PROPUESTAS INDECENTES, INVITACIONES E INSINUACIONES

«Estoy enamorado de ti y no deseo más que unirme a ti».

Fernando VII a María Cristina de Borbón

Casados por arreglo diplomático, es decir, a la fuerza y sin su consentimiento, esta carta de Fernando VII (1784-1833) a María Cristina de Borbón da muestras de su pasión naciente por su amada, sin haberla visto jamás; manifiesta el poder erótico de las cartas y de la imaginación humana.

28 de septiembre de 1829

Yo ya me había informado de tus prendas personales y todo esto ha hecho que, sin conocerte, ya estoy enamorado de ti y no deseo más que unirme a ti, pues todo el día no pienso más que en mi amada Cristina [...] Mi anhelo ahora es si yo te gustaré a ti, porque tengo el genio muy vivo y algunas veces me impaciento [...] Espero, o por mejor decir, estoy persuadido del mismo modo de ti, no

mezclándote en cosas del gobierno ni dando oído a pretensiones; de este modo seremos felices y no habrá más que una voluntad.

«Había pensado volar contigo sobre el mar».

Emilio Prados a Federico García Lorca

Emilio Prados (1899-1962), poeta malagueño de la generación del 27, mantuvo más que una intensa amistad con Federico García Lorca, esa mariposa sin alas, a quien propone volar en el mar juntos, unir sus manos para dar rienda suelta al dardo retenido que llevan dentro...

1922

Yo he pensado tanto en ti, te quiero tanto, ¡mariposilla sin alas!, que, aunque si no me hablas de tu vulgar tragedia material, yo la he adivinado al contemplar la mía. ¡Yo me había unido tanto a ti! Mira, había pensado —seriamente— unirnos para siempre y sacudirnos de los hombros sentimientos, trabas y romper las ligaduras de la responsabilidad. Había pensado volar contigo sobre el mar. ¿Tienes valor? Nos iríamos ¿cómo? Nos iríamos ya sabes a dónde, a donde nuestra cuna de estambres rojos y troncharíamos —tu mano y la mía en una— los más hermosos tulipanes. La enorme dalia azul es nuestra madre, rompamos con la bandera de nuestro sentimiento la ligadura que tenemos en el pie.

«Me gustas más que ningún libro».

Emilia Pardo Bazán a Benito Pérez Galdós

Casada con José Quiroga, Emilia Pardo Bazán (1851-1921) empezó en 1881 una correspondencia con la estrella de las letras españolas de la época, Benito Pérez Galdós (1843-1920), y, poco a poco, su relación se volvió amorosa, pasional. Esta declaración de intenciones de Emilia al autor de los *Episodios Nacionales* recuerda los inicios de una relación íntima que la dejó hambrienta y llena de un amor conmovedor por Pánfilo.

[La Coruña, abril de 1889]
Domingo

En cuanto yo te coja, no queda rastro del gran hombre.

[La Coruña, 7 de mayo de 1889]
Hoy martes

Pánfilo de mi corazón, rabio también por echarte encima la vista y los brazos y el cuerpote todo. Te aplastaré. Después hablaremos dulcemente de literatura y de la Academia y de tonterías. ¡Pero antes morderé tu carrillito!

[Madrid, 5 de octubre de 1889]
Valle de Mantua.—5

Sí, yo me acuesto contigo y me acostaré siempre, y si es para algo execrable, bien, muy bien, sabe a gloria... porque tienes la gracia del mundo y me gustas más que ningún libro.

[Madrid, 12 de octubre de 1889]
Sábado

Espero que se repitan aquellas escenas deliciosas. No hemos hecho más que arrimar la manzana a los dientes, esta es la verdad, no hemos agotado, ni siquiera bebido a boca llena el dulce licorcito que nos podemos escanciar el uno al otro. Y cuento con que lograremos el bis que tiene toda canción bonita. Calma y demos al tiempo lo suyo.

[Madrid, 16 de octubre de 1889]

Ven a tomar posesión de estos aposentos escultóricos. Aquí está una buitra esperando por su pájaro bobo, por su mochuelo.

«Por Lesbos, no vayas tan (cómo decirlo)...
lanzada como con aquella de la Ópera».

Guy de Maupassant a Gisèle d'Estoc

Guy de Maupassant (1850-1893) encontró en la artista Gisèle d'Estoc (1845-1894) su *alter ego* en muchos sentidos; artista, mujer bisexual, atrevida y liberada, fue su gran compañera de juegos eróticos. En esta invitación a una orgía con una mujer, acompañada de otro amigo poeta, el escritor le pide que temple sus ardores lésbicos.

Septiembre de 1858

Mi querida amiga:

Es imprescindible que vengas a cenar el viernes a mi casa. Allí te encontrarás con Catulle Mendès junto con una hermosa joven, amiga

suya, asolada por deseos femeninos [...] ha dejado de dormir [...] y nunca ha... Pero, por Lesbos, no vayas tan (cómo decirlo)... lanzada como con aquella de la Ópera. Si interpretas un papel masculino, sé un hombre, demonios, ¡y reservada en público!

Hel, [...] que no pedía más, como pudiste ver, reculó enseguida ante tu... violencia. Cómo fuiste capaz de ser tan atrevida también ante aquellos hombres, que lo contaron por todas partes, de manera que el amante de Hel [...] al enterarse, la sermoneó y la reconquistó. La del viernes es una inocente, pero una inocente dispuesta a sucumbir —casada— madura. Y ese deseo arde en ella de tal manera que en sus horas de amor le grita a su amante: «¡Una mujer, una mujer, dame una mujer!».

Sí que puede ser adorable.

En cuanto a mí, hace tres semanas que vivo casado con una docena de sanguijuelas que apenas me abandonan. Tengo una migraña tras otra y vivo en castidad, inapetente de amor. Mi médico me grita: «¡Mujeres!». Prefiero las sanguijuelas. Encuentro decididamente monótonos los órganos del placer, esos agujeros sucios cuya verdadera función consiste en llenar las fosas de alivio con facilidad y en sofocar las nasales. La idea de desnudarme para realizar ese pequeño movimiento ridículo me aflige y me lleva a bostezar de aburrimiento. Me asombra ver a esas personas que adoptan aires exaltados porque se pasan unas pocas babas, de una boca a la otra, con la punta de la lengua. Todo eso me molesta.

¡Unas palabras, por favor! Pero ven el viernes. Invéntate cualquier excusa. ¡Nunca nunca volverás a encontrarte con esto!

Mil besos.

«Deseando ofrecerte un giro lingüístico en el clítoris».

Théophile Gautier a la Presidenta

El salón de placeres que dirigía la muy famosa Presidenta (1822-1890), pseudónimo de Aglaé Joséphie Savatier y también conocida como Apollonie Sabatier, atraía a todo París: políticos, artistas, escritores como el defensor del romanticismo francés

Théophile Gautier (1811-1872). Este le pide a la directora, la Presidenta, que les conceda, a él y a su amiga Ernesta, el privilegio de darle placeres íntimos y orales, lo que recompensará con una dotación del Palacio de los Diputados.

10 de septiembre de 1858

Presidenta de mi corazón:

¿Nos nutrimos en tu casa hoy? Ernesta está deseando ofrecerte un giro lingüístico en el clítoris, y lo mismo yo, que parto el martes o el miércoles a tierras extrañas.

Tuyo.

Que tu cámara de representantes [*sic*] pueda concederte tres millones de dotaciones.

«Necesito verle».

Josefina de Beauharnais a Napoleón Bonaparte

De Josefina (1763-1814), la emperatriz de medio mundo a comienzos del siglo XIX, pocos documentos quedaron, lo que incrementó el fascinante misterio de esta mujer, soberbia y despectiva, que dominó al hombre que aterrorizó a todo Europa, Napoleón (1769-1821). Convertido en un juguete roto entregado a su figura, solo la razón de Estado y la necesidad de tener una descendencia imperial que ella no podía darle lo llevarían a romper su unión, en 1809. Esta carta, que proviene de sus primeros años de noviazgo, demuestra toda su malicia: necesita hablar de los intereses del joven Bonaparte.

[París] 6 de vendimiario del año IV
[28 de septiembre de 1795]

Ya no viene usted a ver a una amiga que le ama, la ha dejado completamente abandonada; está muy equivocado, porque ella sigue muy encariñada con usted. Venga mañana por la mañana a comer conmigo. Necesito verle y conversar con usted sobre sus intereses.

Buenas noches, amigo mío, y un abrazo.

«Tu ensoñación me envuelve en el deseo febril
de mis noches de delirio».

Simón Bolívar a Manuela Sáenz

En plena guerra de la liberación de América, Simón Bolívar (1783-1830) recuerda y piensa en su íntima amante, Manuela Sáenz (1797-1856), la Libertadora, embriagado por una emoción intensa.

Cuartel general en Tunja, junio 16 de 1825

A la dulce, muy dulce y adorada Manuelita, mi amor:

Sé que tienes mucha disposición hacia mí y que has aprendido todas las artes de la estrategia en el amor. Esto ha creado una deliciosa intimidad de pensamiento y afectos mutuos, que son ahora para mí un grato motivo de felicidad. ¿Sigues siendo la joya sagrada y sensual llena de encantos y atributos de belleza? Pues bien, querida amiga, yo sigo pensando y gozando de mi imaginación, aunque sé que no ignoras la magnitud de tu sacrificio si resuelves venir acá. Sí, yo invito. ¡Viva el amor en el raso y la seda, las camas mullidas con blandos colchones, los terciopelos rojos, las alfombras, la gloria de ver a una mujer más linda que Cleopatra, ejerciendo todo el poder de sus encantos sobre mis sentidos; el ludibrio de rasgar tus vestidos sin importar su costo, deshaciendo al mismo tiempo tu laborioso peinado de tocador!

Me atraen profundamente tus ojos negros y vivaces, que tienen el encantamiento espiritual de las ninfas; me embriaga, sí, contemplar

tu hermoso cuerpo desnudo y perfumado con las más exóticas esencias, y hacerte el amor sobre las rudimentarias pieles y alfombras de campaña.

Todo esto es una obsesión, la más intensa de mis emociones. ¿Qué he de hacer? Tu ensoñación me envuelve en el deseo febril de mis noches de delirio. La moral, como tú dices, en este mundo es relativa; la sociedad que se gestó y ha surgido en esa desastrosa época de colonialismo es perniciosa y farsante; por eso no debemos actuar, como tú bien dices, sino al llamado de nuestros corazones.

Soy tuyo de alma.

«La mujer más profunda y la más estrecha».

George Sand a Alfred de Musset

Resulta que la carta más famosa de la historia ¡es un *fake*! Sin embargo, fue escrita, aunque no vivida, por unos amigos de George Sand (1804-1876) a su muerte, para que la fama la acompañase siempre. ¡Éxito absoluto de esta carta —dirigida a su amante de aquel entonces, el escritor Alfred de Musset (1810-1857)—, cuyo sentido secreto y pícaro aparece al leer una estrofa de cada dos!

Querido amigo:
Me conmueve decirle que
el otro día comprendí perfectamente que
tenía todavía unas ganas locas de llevarme a
bailar. Conservo el recuerdo de su
besar[1] y me gustaría que fuese
una prueba de que puedo ser amada
por usted. Estoy dispuesta a mostrarle mi
afecto muy desinteresado y sin cál-
culo, y si quiere verme
desvelarle, sin artificio, mi alma,
del todo desnuda, le ruego que me haga una visita.
Conversaremos y, como amigos, con franqueza
le demostraré que soy la mujer

más sincera, capaz de darle la afección
más profunda, como la más estrecha
amistad; en una sola palabra: la mejor esposa
con la que usted pueda soñar. Ya que su
alma es libre, piense que el abandono que me a-
pene es muy largo, muy duro y muchas veces muy
insoportable. Mi dolor es demasiado
grande. Acuda muy rápido y venga a
hacerme olvidarlo. A usted quiero so-
meterme enteramente.

6

POR LOS CINCO SENTIDOS

VISTA

«Me dejó verle la pierna hasta el ombligo».

Eugène Delacroix a George Sand

Si la vista fue el sentido canónico de la cultura occidental hasta el siglo XX, esta carta deja constancia no tanto del *coup de foudre*, sino del deslumbramiento erótico que siente el pintor Delacroix (1798-1863) al cruzarse con una joven coqueta, tal cual una diosa bajando de su altar, para ofrecerse a su mirada conquistada.

21 de noviembre de 1844

Estoy muy contento con la idea de ser su vecino. [...] Este nuevo barrio está hecho para embriagar a un joven tan ardiente como yo. El primer objeto que me apartó de mi virtud, al llegar, fue una Loreto

magnífica, completamente vestida de satén y terciopelo negro, que, al bajar del cabriolé, y con la despreocupación de una diosa, me dejó verle la pierna hasta el ombligo. Omito el resto de los encuentros a los que ya me he visto expuesto y que quizá me hagan tropezar en el camino de la sabiduría.

OLFATO

«No te laves».

Napoleón Bonaparte a Josefina de Beauharnais

El olfato desencadena a veces una atracción insuperable por el olor mismo, salvaje y propio del amante. Napoleón (1769-1821), entre dos batallas, cruza media Europa para reunirse con su amante, a la que transmite una petición especial y erótica: que no se quite su olor corporal.

[Fecha incierta]

No te laves, parto y en ocho días estoy ahí.

«No me beses ahora, porque todavía no me he bañado».

Frédéric Chopin a Tytus Woyciechowski

El poder de atracción de los olores convirtió el arte del perfume en uno de los templos de la estética universal. Sin embargo, como señala Chopin (1810-1849), el

magnetismo de la atracción sexual supera todos los logros de este arte.

4 de abril de 1830

Querida Tycia:

Voy a lavarme. No me beses ahora, porque todavía no me he bañado, ¿y tú? Aunque me untara con aceites bizantinos, no me besarías si no te obligara de forma magnética a ello. Hay una fuerza en la naturaleza. Hoy, soñarás con besarme.

GUSTO

«Se trata de un remedio extraordinario».

Pierre Jartoux al procurador general de las misiones en India y China

La fascinación por los productos afrodisíacos, las recetas culinarias secretas para hechizar, seducir o satisfacer a alguien, con su componente mitológico y científico a la vez, es una constante universal e histórica. El descubrimiento del ginseng en China por parte de un jesuita, y de sus propiedades milagrosas casi oníricas, da fe de ello.

[12 de abril de 1711]

El mapa de Tartaria, que redactamos por orden del emperador de China, nos proporcionó la ocasión de ver la famosa planta del ginseng, tan apreciada en China y poco conocida en Europa. [...] Los médicos más hábiles de China han dedicado volúmenes enteros a las

propiedades de esta planta; la introducen en prácticamente todos los remedios que administran a los grandes señores, pues su precio es demasiado elevado para el pueblo llano. Según ellos, se trata de un remedio extraordinario para el agotamiento causado por el exceso de trabajo del cuerpo o de la mente, disuelve las flemas, cura la debilidad de los pulmones y la pleuresía, contiene los vómitos, fortalece la boca del estómago y abre el apetito, alivia los sofocos, mitiga la respiración débil y acelerada fortaleciendo el pecho, reanima los espíritus vitales y produce linfa en la sangre, y, por último, es bueno para el vértigo y los mareos, y prolonga la vida a los ancianos.

OÍDO

«Envidio a esas personas, que son capaces
de soltar tales alaridos».

Marcel Proust a su casero, Jacques Porel

El silencioso escritor Marcel Proust (1871-1922), entregado a la escritura paciente de *En busca del tiempo perdido*, y que recibía contadísimas visitas en su habitación de letrado soltero, se queja con humor a su casero, Jacques Porel, del ruido ensordecedor de sus vecinos.

[Sin fecha, pero escrita probablemente después del 15 de julio de 1919]

Por otra parte, los vecinos, de los cuales me separa un tabique, hacen el amor todos los días con un frenesí que me da celos. Cuando pienso que para mí esa sensación es más débil que la que me produce un vaso de cerveza fría, envidio a esas personas, que son capaces de

soltar tales alaridos que la primera vez que los oí creí que se trataba de un asesinato. Aunque enseguida el grito de la mujer, retomado por el hombre una octava más bajo, me tranquilizó respecto a lo que pasaba. [...] Lamentaría que su madre me atribuyera todo ese alboroto, que debe de oírse a distancias tan grandes como las del grito de esas ballenas enamoradas que Michelet refleja vestidas como las dos torres de Notre-Dame. [...] Os ruego que reparéis mi prestigio ante vuestra señora madre por el amor y por el piano. No conozco otra cosa que el asma.

TACTO

«Mi boca sabe besar de todas las formas».

De una burguesa francesa a un señor

Autopresentación de los labios de una burguesa parisina anónima, sugerente y seductora, con la descripción de sus usos y placeres posibles.

Señor:

Es cierto, nunca os he descrito mi boca [...], así pues ¿cómo es? No es ni demasiado grande ni demasiado pequeña; es justo como debe ser para tener un aire goloso. Los labios, de piel translúcida, son de un rosa suave y parecen siempre a la espera de un beso. Tengo los dientes bien colocados, pequeños y brillantes. Como ya me han dicho, mi boca, señor, es «fresca». Este retrato podría resultarle anodino, ¿verdad?; sin embargo, estoy segura de que, si la conociese usted, lo entendería. [...] Sabe besar de todas las formas que se le presentan o que ha fantaseado con probar. Sus besos pueden ser tiernos, apenas se entreabre y la lengua no es más que una caricia dulce y lenta; pueden ser apasionados, impacientados por el deseo, voraces y siempre insaciables; lascivos, la transforman en un sexo

abierto que tomar, que forzar y colmar [...].

Suya...

«Estremeciéndote bajo la caricia de los besos más dulces, te despiertas sobresaltada».

Constant a Gabrielle M.

Escrita durante la Primera Guerra Mundial, esta correspondencia entre un soldado y su prometida contiene, además de muchos fragmentos sentimentales y otros crudamente sexuales, un elogio a las caricias, una llamada al erotismo del tacto, a la suntuosidad del baile de dos pieles.

Heken, 5 de julio de 1915

Cariño mío, mi amor, mi tesoro, a la que quiero y adoro:

[...]

El ideal para mí sería quedarme cerca de ti, no volver a dejarte, vivir únicamente de tu vida y compartir todos los instantes. Mi tesoro, hoy soy tuyo más que ningún otro día, deberíamos estar contentos y te noto triste, quizá. Te noto cansada de tus innumerables quehaceres. Esta mañana quizá te encuentre en ese sofá en el que tan bien sienta descansar. Me gustaría verte dormir sobre tu pastelito; piensas en mí, te duermes, oh, cariño, y quizá tengas un sueño dorado que me encantaría ver realizado. Y, estremeciéndote bajo la caricia de los besos más dulces, te despiertas sobresaltada. Soy yo, preciosa, quien se acerca a ti, soy yo quien te besa, soy yo, en fin, quien, embriagado por los besos y el amor, te estrecho y te abrazo y querría morir. Qué hermoso, cielo, y qué dulce.

7

SUEÑOS ERÓTICOS

«Invoco el calor de su presencia».

Claretta Petacci a Benito Mussolini

La verdadera mujer del líder fascista Benito Mussolini (1883-1945) fue Claretta Petacci (1912-1945), quien permaneció a su lado desde 1933 hasta que murió al interponerse entre el Duce y el tiro final que iba destinado a él. Ella tenía veinte años, casi tres décadas menos que él, cuando se conocieron, y de inmediato la maquinaria inconsciente se puso en movimiento para propiciar sueños eróticos como este.

22 de febrero de 1933

He soñado con usted [...] y por entre mis extremidades entumecidas ha pasado un soplo de vida y de belleza.

Me habla en sueños, su voz es dulce como una melodía, y su sonrisa es como la cálida caricia del sol. Su soberbia figura vuela y fluctúa transformada en ternura a través de la rosada neblina del sueño.

No me regañe… Pienso en usted. En los momentos de mayor tristeza, por la noche, cuando el mar ondulante se tiñe de negro, tengo frío, e invoco el calor de su presencia…

Cuando las olas iridiscentes de pequeñas centellas derraman, presas de un transparente estremecimiento, un azul inverosímil, me siento más cerca de usted.

«Para ocultarle el hecho de que no se me levantaba…».

Piotr Ilich Chaikovski a Anatoli Ilich Chaikovski

Como la vida misma, los sueños pueden devenir pesadillas, incluso siendo eróticos, tal como lo relata el compositor Chaikovski (1840-1893) en esta carta.

Clarens, 21 de enero de 1879

El segundo sueño fue que Annette Merkling dormía conmigo en la misma cama y era un mar de lágrimas, suplicándome que me la follara. Para ocultarle el hecho de que no se me levantaba, fingí que rompía a llorar y le dije que lo sentía por ella, pero que, a pesar de mi ardiente deseo por satisfacerla, no podía cometer incesto. Entonces ella empezó a agarrar con fuerza mi miembro lastimosamente caído y me asusté tanto que me desperté, y ahí mismo decidí contarte a ti o a Modya todo sobre ambos sueños en mi primera carta. Un poco raro, ¿no te parece?

«Vibrabas de un modo extraño
y no me pedías clemencia».

Mademoiselle S. a Charles

La pasión de Mademoiselle S., obra hallada por casualidad en una mudanza por un investigador, reúne la correspondencia de dos personas desconocidas, Simone y Charles. Su anonimato y la conservación de las cartas de la mujer realzan aún más su valor literario, erótico y cultural; por su tono y la libertad que se desprenden de estas cartas, se trata de la mayor correspondencia erótica de la historia. En esta carta, la pregunta será: ¿qué superará al otro? ¿La realidad o la ficción?

Lunes a las cuatro y media

Amor mío querido:

[...] Nos encontrábamos en un apartamento enorme, tú y yo y otro joven. Bebíamos champán a grandes tragos, desnudos los tres. Tú me acariciabas con ternura, con la verga erecta invadida por un deseo violento mientras nuestro acompañante te lamía el culo hasta quedarse sin aliento. De repente, te vi tumbado sobre unos cojines, él te chupaba la verga mientras yo se la meneaba vigorosamente a él. Tú, con la cabeza entre mis muslos, te tragabas toda mi leche.

A continuación, fuiste tú quien le devolvió la caricia. Su nabo soberbio desaparecía entre tus labios, y yo te la meneaba de forma tan vigorosa como a él mientras con la otra mano me frotaba el coño.

Después, él y yo hicimos una apuesta, la de hacer que te corrieras. ¿Quién de nosotros dos lo haría mejor? Entonces vi en mi sueño esta locura. Nuestro joven compañero te plantó en el culo el nabo tieso. Yo te veía enculado por él. Estaba loca de celos, pero tú no te corrías bajo su caricia brutal, cuando vi un consolador enorme encima de la mesa. Lo cogí y, sin tardar, te enculé a mi vez. Con el vientre apretado contra tu culo, te metí aquel miembro formidable en el agujero mientras mi mano meneaba tu verga. Vibrabas de un modo extraño y no me pedías clemencia. Dos veces, tres veces, te poseí así y pronto caíste destrozado en el diván.

8

PLANES Y FANTASÍAS

«El lunes a tal hora en tal sitio».

Emilia Pardo Bazán a Benito Pérez Galdós

Manual de preparación de una cita íntima y secreta, en esta carta Emilia Pardo Bazán despliega toda su ingeniosidad y disponibilidad, prevé todas las situaciones y ahonda en detalles para que pueda ocurrir la reunión de los amantes.

La Coruña, 7 de mayo de 1889
Hoy martes.

Miquiño mío del alma:

[...] En tu cartita de hoy me dices que me volverás a escribir el lunes o martes. Si es así, y la carta contiene las instrucciones referentes al asilo nuevo, el número, calle y demás circunstancias de ese *cabinet régence*, el sábado (fíjate bien), el sábado por la tarde, entre cuatro y cinco, te daré a besar mi escultural geta gallega. Si la anunciada carta y las necesarias instrucciones no llegan a tiempo, he

aquí una idea providencial: entre cuatro y cinco de la tarde, recorreré la calle Claudio Coello (el sábado, siempre el sábado) examinando esos habitáculos de que me hablas, sitos en los números 48 y 52 de la expresada calle. Al entrar, al salir, al pasear por allí, te será bien fácil verme y decirme en dos palabras «El lunes a tal hora en tal sitio».

No omitamos precaución alguna, y vamos a hacer otra combinación, por si falla esta del encuentro en la calle Claudio Coello. Si por una circunstancia cualquiera no nos vemos a esas horas en esa calle de los habitáculos, haces lo siguiente: tomas un coche y te sitúas (a las seis y media o cosa así, un poco antes de las siete) en la Ronda de Atocha, *loco citato*, esquina al paseo de Santa María… Yo salgo allí; y aunque solo sea media hora, hablamos y nos convenimos. ¿Te parece bien?

Más precaución todavía. Si el sábado te ha dado a ti (supongamos) un ataque de… de cualquier cosa, o a mí un dolor de muelas, o ha descarrilado el tren…, en fin, cualquier barbaridad, te pongo por el interior dos letras avisándote de mi llegada y dándote cita para la Ronda, el día que me fuera posible. Repito que esto es hipotético, pues saldré el jueves, y el sábado, por un orden natural, nos veremos.

Esta mañana, al leer tu cartita, se me derretía el corazón de cariño. Ayer pasé soñando contigo toda la noche. Ya ves si necesitaré hacerme violencia para tratarte con amor y apretarte con delirio.

«Que te las ingenies para hacerme feliz».

Catalina II de Rusia a Grigori Potemkin, y respuesta

El cruce de estas cartas entre Catalina II (1729-1796) y Potemkin (1739-1791), su amante diez años menor, duró casi tres décadas y sobrevivió a todas las intrigas, peripecias históricas y obstáculos que separaban a la emperatriz de Rusia de un humilde teniente. ¿Sería su secreto esa manera de reconciliarse?

[Segunda mitad del siglo XVIII]

De mano de Potemkin

Permíteme, querida mía, que te diga en último lugar cómo creo que terminará nuestra disputa. No te extrañe que esté inquieto con respecto a nuestro amor. Además de los innumerables favores de los que me has colmado, me has hecho sitio en tu corazón. Quiero estar solo en él, por encima de todos los que me han precedido, porque ninguno te ha querido como yo te quiero. Y como soy obra de tus manos, deseo deberte todavía el descanso; deseo que disfrutes viéndome bien; que te las ingenies para hacerme feliz y que encuentres descanso en los trabajos serios que te impone tu alta dignidad.

Amén.

De mano de Catalina

Cuanto antes mejor.

No te inquietes.

Una mano lava la otra.

Fuerte y sólidamente.

Así es y así será.

Lo veo y lo creo.

Mi alma se regocija.

Es lo que me ha dado mi primera alegría.

Vendrá solo.

Acepta que la calma entre en los pensamientos, por que los sentimientos recuperen su libertad; son cariñosos y encontrarán solos el mejor camino. Fin de la disputa.

Amén.

«Todos los torrentes de mi ser discurrirán en ti».

Guillaume Apollinaire a Lou

La tornada epistolar que el poeta y soldado de la Primera Guerra Mundial Guillaume Apollinaire (1880-1918) le enviaba a su amante, Lou, con poemas eróticos incluidos, es un caso histórico de mezcla de alta poesía con la expresión de deseo salvaje, como desatado por la inminencia de la muerte, que sorprendería al escritor al final de la guerra.

[9 de enero de 1915]

Mi adorada Lou:

Por fin ha llegado el día del examen de cadete a oficial. [...]

En medio de este aluvión de imprevistos y emociones, tus dos cartas de hoy, en las que adivinas la mía del 3 y respondes a ella, me han producido una alegría increíble. No hago caso de todos esos escritos porque me quieres y me lo demuestras de forma tan amable, tan completa. Te tomo, mi Lou, eres mía, te adoro, te quiero, no quiero nada más que a ti. Sí, eres yo mismo y yo estoy siempre en ti como tú estás siempre ahí. Besos, mi Lou, me exaspero. [...]

Sí, mi Lou, eres mi Lou, mía, mi cosa viva, que amo de forma infinita, mi joya preciosa, mi pequeña perla redonda como tu trasero, como tus dos pequeños pechos infinitamente hermosos con dos hermosas rosas florecidas sin espinas. Te entregas por entero y yo te tomo tal como te das, cariño mío; sí, estamos juntos para siempre, me lo has dicho todo, y eres tan mía y estás tan dentro de mí que lo adivinas todo de mí. Existe una correspondencia única e increíble entre nuestras almas. No, después de tus cartas ya no hay negrura alguna y me haces infinitamente feliz. No estés triste, mi querida Lou. No estés triste porque yo ya no estoy triste.

Esta noche estoy un poco inquieto por todo este jaleo de examen, por la mudanza a una habitación de suboficial. Mañana por la mañana veremos si he dormido mejor. Lou, cuando pienso en ti, me empalmo de un modo inefable, todo mi ser clama amor, el amor eres tú, tú en todo: tus cabellos de fuego, tus queridos ojos profundos y dulces, la ternura consentidora de todo tu cuerpo, la dulzura maravillosa, deliciosa, de tu saliva, el sabor de tu carne secreta tan inflamada, las torsiones de tu cuerpo. Me parece que te penetro por todas partes, incluso donde te da miedo; me parece ver tus

sobresaltos cuando te hago sentir que me perteneces, que tengo derecho sobre ti, derecho a someterte, a hacerte sufrir, derecho a arrasar tu amor propio y tu voluntad; me parece ver cómo se doblega tu orgullo y tu boca me rinde homenaje por delante y por detrás. Me parece verte ya cuando ascendamos en la escala del amor y todas las locuras abran sus esclusas para arrastrarnos en la corriente de la pasión.

Lou, todos los torrentes de mi ser discurrirán en ti; quiero cansarte de todas las formas posibles y que pidas clemencia a tu amante, que solo te la concederá si le place.

Te adoro, te beso.

«Te follaré, sí, te follaré con toda mi alma».

El marqués de Sade a su mujer, Renée-Pélagie

El marqués de Sade (1740-1814), el aristócrata francés famoso por sus escándalos sexuales, que pasó media vida entre rejas y produjo una obra tan violenta y cruel que la posteridad creó a partir de su apellido la perversión llamada «sadismo»; tuvo una relación contrastada con su mujer. Repudiada al inicio de su matrimonio, ella acabó convirtiéndose en su gran apoyo durante su vida en la cárcel hasta ser, como lo expresa en esta carta, deseada con «toda su alma».

Diciembre de 1787

Tengo unas ganas increíbles de reprenderte. Esa manera de huir, sin decir una palabra, es espantosa y en verdad ocurre todo lo que cabe imaginar. Contigo nunca se sabe qué creer y, cuando lo piensas, es una atrocidad. Entiendo que tampoco es de sorprender, amiga mía, puesto que te has formado desde que no estamos juntos. No obstante, te confieso que no veo motivo alguno para tu comportamiento y que eres la mujer más singular que existe. ¿Acaso imaginas que te perdonaría todo esto? No te equivocas si piensas que

estoy muy indignado con tu comportamiento. Adiós. Esta noche estoy escribiendo como una bestia, como un burro, como un semental español, así que me despido. Ven a verme, te lo ruego. Ven cuando quieras, siempre será un placer y un honor, y puedes estar segura de que, a pesar de todos los disgustos que me das, te follaré, sí, te follaré con toda mi alma.

«El granuja está que arde».

Wolfgang Amadeus Mozart a su esposa, Constanze Weber

La trepidante vida del genio Mozart (1756-1791), su alegría infinita, su temperamento infantil, inocente y lírico, encontró en su relación matrimonial con su prima Constanze el lugar idóneo donde dar rienda suelta a sus deseos más locos, como lo expresa aquí.

[Berlín, 23 de mayo de 1789]

Querida, amadísima y preciosa mujercita:

Salgo para Dresde el jueves 28 y pasaré la noche allí. El 1 de junio dormiré en Praga, y el 4 —¿el 4?— lo haré con mi queridísima mujercita; asea tu adorable nido para mí, ya que mi pequeño tunante se lo merece, se ha portado bien y solo quiere poseer tu más hermoso… Imagínate al granuja: incluso mientras escribo, se acerca sigilosamente a la mesa y me mira de manera inquisitiva, pero no lo tolero y le doy un cachete rápido, pero el chaval es simplemente… El granuja está que arde, ahora aún más, y apenas puedo contenerlo por más tiempo. ¿Espero que salgas corriendo hasta el punto de parada para reunirte conmigo? Llegaré allí a mediodía del 4 de junio.

Adiós por ahora. Te beso millones de veces y soy siempre tu más fiel esposo.

«Quiero chuparlo, meter la lengua
en sus profundidades».

León Trotski a su esposa, Natalia Ivánovna Sedova

De Trotski (1879-1940), la historia ha conservado, entre otras cosas, su duelo con Stalin (1878-1953), su liderazgo comunista y su muerte (fue asesinado en su exilio mexicano). Pero el hombre que cautivó a escritores y artistas, y que fue el amante de Frida Khalo, guardaba tesoros y pensamientos íntimos que desvelaba muy a menudo, como en esta carta a su mujer.

19 VII 1937

He almorzado. Me he tumbado y he leído. Me he dormido (no mucho rato). Ahora son las tres y media. En media hora, el té. ¿Posponer el paseo? Y si llueve. Probablemente vaya ahora. Natalochka, ¿qué estás haciendo tú ahora? ¿Descansas (de mí)? ¿O tienes una operación? ¿Otra inflamación? Me gustaría que te recuperases pronto. Querría para ti fortaleza, tranquilidad, un poco de alegría.

Desde que llegué aquí, mi pobre verga no se ha levantado ni una sola vez. Como si no estuviera. Ella también descansa de la tensión de estos días. Pero yo, y no ella, pienso con ternura en un coño muy dulce que conozco. Quiero chuparlo, meter la lengua en sus profundidades. Natalochka, cariño, te follaré fuerte con la verga y con la lengua. Lo siento, Natalia, me parece que es la primera vez en la vida que te escribo unas líneas como estas.

«Permíteme besar tu dulce boca
y la punta de tu nariz».

Rosa Luxemburgo a Leo Jogiches

Mujer excepcional de comienzos del siglo xx, Rosa Luxemburgo (1871-1919) cautivó tanto a las masas de trabajadores que la eligieron para liderar la revolución espartaquista en Alemania como a su círculo más íntimo, parejas, amigos... Esta carta da cuenta de su sensibilidad erótica, de la expresión tan peculiar de su personalidad a través del amor esperado.

[París]
[5 de abril de 1894]
Jueves por la noche

¡Amado, mi único tesoro!

¡Estoy empezando a perder la paciencia, y no es por el trabajo, sino por ti! ¿Por qué no has venido hasta aquí? Si ahora pudiera besar tu dulce boca, no temería ningún trabajo. Cariño, hoy en casa de los Warski, en medio de la discusión sobre la proclamación, sentí tal cansancio en el alma y tal anhelo de ti que casi me puse a gritar. ¡Recelo de que el viejo demonio —el de Ginebra y Berna— se abalance sobre mí una de estas noches y me lleve directamente de la estación de París Este a Dyodyo, a mi Dyodyo, a mi Chuchya,[2] a todo mi mundo, a toda mi vida!

Para animarme, me imagino yendo hacia ti; me despido de los Warski, la locomotora silba, el tren sale y me marcho. Dios mío, me siento como si toda la cordillera alpina me separara de ti. Dyodyu, cuando el tren llegue a Zúrich, me estarás esperando, y yo saldré del tren con dificultad y me dirigiré a toda prisa hacia la entrada, donde estarás de pie entre la multitud. Pero no debes correr hacia mí, ¡yo correré hacia ti! No nos besaremos a la vez, eso lo estropearía todo, y no diremos nada. Caminaremos rápidamente hasta casa, mirándonos, ya sabes cómo, y sonriéndonos mutuamente. En casa nos sentaremos en el sofá y nos abrazaremos, y yo me echaré a llorar como lo estoy haciendo ahora.

¡Qué ganas tengo, Dyodyo! ¡No veo el momento! Mi amado, no puedo más [...] ¡Permíteme besar tu dulce boca y la punta de tu nariz, Dyodyushky! ¿Puedo tocarla con mi dedo meñique? No volverás a echar al gato de la habitación, ¿verdad que no? ¿Me lo prometes?

Tu polaco es horrible, ¿lo sabías? Tu mujer te dará una lección, ¡ya lo verás!

«¡Quiero esa posesión que me causa tanto dolor y tanto miedo!».

Lou a Guillaume Apollinaire

Las cartas de Apollinaire (1880-1918) a Lou (1883-1961) solo fueron superadas, en cuanto a libertad de tono, atrevimiento y asunción del deseo, por las pocas cartas de Lou a este. Son todo un hito en la historia de los textos eróticos y, aún más, en la escasa producción femenina de escritura erótica, rescatada y publicada.

Viernes noche, 5 de febrero

Mi querido Gui, estoy enferma de excitación... y te quiero con locura... Tus versos titulados «Un sueño», ¡en los que soy el muchacho al que azotas tan bien!, ¡esos versos me hacen estremecer de amor y deseo! No puedo más...; te escribo rápido, con la tremenda impaciencia que me produce estar sola en mi pequeña cama, con la luz apagada, y amarte perdidamente y tocarme toda la noche..., toda la noche hasta que me desmayo... [...] Poséeme por completo, totalmente, profundamente... Te quiero con locura..., y me encuentro en tal estado de deseo y de pasión que, si estuvieses aquí esta noche, no necesitarías tomar a la fuerza ni esta caricia..., me tendería sobre el vientre con docilidad, amorosamente... Tú me abrirías las nalgas, demasiado sensibles, demasiado nerviosas, y muy suavemente, con suavidad pero con firmeza, una firmeza que no conmoverían ni mis gritos ni mis súplicas..., me penetrarías voluptuosamente, profundamente... Y yo moriría de dolor, de goce y de amor bajo esa caricia nueva..., y nos desvaneceríamos los dos, mi amor, en el espasmo demasiado violento... ¡Gui, esta noche no puedo más!...

«Doy besos a uno y a otro».

Luis I de Baviera a Lola Montes

Subyugado por Lola Montes (1821-1861), bailarina y cortesana irlandesa exiliada en su reinado, el príncipe Luis de Baviera (1786-1868) emplea hasta palabras en castellano para expresar su deseo absoluto de dicha amante.

[agosto de 1848]

El dibujo de tu carta que se supone que representa tu boca (cada vez que le doy un beso), al principio creí que representaba tu *cuño*[3] [vagina], y mi *jarajo* [pene] comenzó a ponerse erecto. Por mucho placer que tu boca me haya proporcionado, tu *cuño* me hubiera complacido sobremanera. Doy besos a uno y a otro.

«Siempre he echado en falta al hombre capaz de comprender mi deseo».

Gisèle d’Estoc a Guy de Maupassant

Las propuestas, fuentes de excitación y de goce, que le hace Mademoiselle S. a Charles son un magma transgresor en permanente ebullición: ejemplos epistolares.

[Finales del siglo XIX]

Amante mío:

Hace días que tengo una idea disparatada, una idea primaveral, una idea de amor. Que vayamos a amarnos a alguna parte, en plena

naturaleza.

¿Te acuerdas de aquella verdadera alcoba de vegetación que descubrimos cerca de Bezons, Sena arriba? En el fondo, siempre me ha horrorizado hacer el amor en una habitación, en una cama, como todo el mundo.

Lo encuentro tremendamente banal y burgués, y me veo obligada a ahogar esos gritos que aumentan mi placer aún más. Siempre he soñado con hacer el amor un día de verano en pleno campo, acostados en la hierba alta, con los olores de la tierra, el zumbido de los insectos. Debe de dar realmente la impresión de formar parte del sol, la tierra y el viento. Siempre he echado en falta al hombre capaz de comprender mi deseo. Pero tú, Guy, el verdadero fauno, ¿no querrías tú compartir mis sensaciones? ¿No sabes que soy tu hermana en deseos «prohibidos»?

«Húndelo entre tus nalgas, mis besos
han preparado el camino».

Mademoiselle S. a Charles

Ejemplo vanguardista de una intimidad liberada de los supuestos límites de la sexualidad normativa heterosexual y patriarcal, en esta carta la fantasía heroica compite con la pasión desenfrenada y la excitación sentidas por su autora al compartirlas con su amante.

Lunes a las once

Te recuerdo completamente desnudo, tendido de espaldas, con los muslos en alto dejando al descubierto el pequeño agujero oscuro de tu culo, que ofreces al ardor de mis besos. Tu verga vibra al contacto de mis labios calientes, pero mi caricia no es para ella. No, es tu culo lo que quiero, tu bonito culo firme. Quiero sumergir en él mi lengua impaciente, quiero pegar mi boca, ávida, a él... Toma,

toma, dale, dale. ¡Ah! Qué maravilla, mi dulce amor, chupar esta carne que se ofrece, y qué visión más sugerente que el cuerpo de un amante tan querido que tiembla de placer bajo estos besos experimentados.

[Sin fecha]

Pero quiero verte disfrutar todavía más. Ven sobre mi vientre, mira entre mis muslos el hermoso nabo que te espera… Apunta hacia tu agujero su cabeza roja y formidable… ¡Está tieso, es incansable y un juguete precioso para tu culo! Húndelo entre tus nalgas, mis besos han preparado el camino, mira con qué facilidad entra, mira cómo desaparece en tu carne… Golpea las paredes de tu culo, lo ocupa por completo, hurga sin descanso en esa cavidad misteriosa y tu vientre se estremece bajo sus asaltos…

Y mientras te enculo así, tengo otra verga en mi culo. ¡Me proporciona el mismo éxtasis y experimentamos juntos el mismo vértigo voluptuoso! Y es tu mano la que guía esta verga al interior de mi culo y la mantiene tensa, tensa por debajo de mi vientre. En un último arrebato, te corres con locura y tu leche espesa fluye por el vello rizado de mi coño mientras te abates vencido entre mis muslos.

Es en todo esto en lo que pienso lejos de ti. Es todo lo que deseo, y tu ausencia me duele.

Jueves a las diez

Una noche, cuando seas libre, completamente libre, buscaremos juntos al bello amante digno de poseer tu carne excitada, y, delante de mí, ofrecerás tu culo a la verga dura que él te presentará. Veo toda la escena con una precisión sorprendente: ese hombre está ahí, completamente desnudo. Tu boca chupa con avidez su verga blanda, que pronto, bajo el ardor de tus besos, yergue la cabeza fiera y, cuando está a punto, eres tú quien la sustituye. Sobre el gran diván,

reposa tu cuerpo soberbio. Con la cabeza entre los brazos, los muslos en alto, tiendes hacia ese macho varón enérgico el pequeño agujero oscuro de tu culo. Él penetra tu cuerpo y, con una acometida brutal, aferrándote los hombros para sujetar mejor a su presa, hunde en tu carne vencida su miembro triunfante. Te encula, mi querido Charles, ese hermoso amante con el que sueñas, y puedes sentir cómo baten sus huevos repletos entre tus muslos. Bajo el abrazo enloquecedor, tu cuerpo se tensa y estremece. Cumplo por fin tu deseo más loco y recibo entre mis brazos a un amante extenuado y vencido, jadeante aún por el gozo extremo que le invade.

Debes comprender, querido Charles, hasta qué punto te adoro para ofrecerte esta prueba de amor. Debes comprender lo inmenso que es mi deseo de complacerte para consentir esta cosa sin sentido: darte un amante. Y me pregunto con angustia si no cogerás demasiado gusto a este abrazo, y si no querrás repetirla a continuación. Pero no, ¿verdad, cariño mío? Y volverás a mí con la misma ternura que me demuestras desde hace dieciocho meses. Confío en tu amor y creo todas las cosas dulces que me dices en tu carta.

Si me quieres ante todo como la amante viciosa que soy, no me da miedo decepcionarte, porque mi deseo de ti es más violento que nunca.

Sábado por la noche

Sí, somos muy marranos, amor mío, pero ¡cuánto hemos disfrutado también! Hemos probado todas las caricias perversas y nos hemos quedado con las mejores. Ya no ignoramos nada, creo, de los secretos del amor, porque desde hace quince meses ascendemos en los niveles de la escala del vicio con una calma pasmosa. Creo que ya no nos queda nada que aprender, mi tesoro. Dentro de un año, ¿qué más vamos a hacer? Lo ignoro; pero, sin duda, nada a menos que de aquí a entonces me hayas convencido y hayamos descubierto a la amiga deliciosa que aceptará asistir a nuestros encuentros y que se prestará a participar con nosotros. Pero ¿por qué no encontraría yo a

otro amante tan apasionado como tú que podría darte la ilusión que te falta? Un chico guapo y bien tenso, que te encularía o a quien yo podría chupar la verga. ¿No te complacería, Lotte? Volveremos a hablar de ello, ¿te parece? Yo lo preferiría a una mujer, porque podría hacerme encular al mismo tiempo por ti. De esa manera, tu gozo sería doble, ¿quieres?

9

EROS EN LLAMAS

Anaïs Nin y Henry Miller

Anaïs Nin y Henry Miller fueron los dos enfants terribles de la literatura erótica, transgresora y escandalosa, tanto más que su obra fue en gran parte una narración de sus vidas. Su pasión absoluta queda reflejada en estas cartas.

«No veo cómo puedo seguir viviendo
lejos de ti; estos intervalos son la muerte».

Henry Miller a Anaïs Nin

[14 de agosto de 1932]

No esperes que siga estando cuerdo. No seamos sensatos. Fue un matrimonio en Louveciennes; no puedes discutir eso. Salí con trozos de ti pegados a mí; camino, nado, en un océano de sangre, tu sangre

andaluza, destilada y tóxica… No veo cómo puedo seguir viviendo lejos de ti; estos intervalos son la muerte. ¿Qué te pareció la vuelta de Hugo? ¿Seguía yo ahí? No puedo imaginarte moviéndote con él como lo hacías conmigo. Piernas cerradas. La fragilidad. Dulce y traicionera aquiescencia. Docilidad de pájaro. Te convertiste en una mujer conmigo. Casi me aterrorizó. No tienes solo treinta años, tienes mil.

Aquí estoy de vuelta y ardiendo todavía de pasión, como el vino ahumado. Ya no un deseo por la carne, sino un hambre total por ti, un apetito devorador.

«Yo nunca siento el freno. Yo me desbordo».

Anaïs Nin a Henry Miller

[26 de marzo de 1932]

Solo en ti he encontrado el mismo aumento de entusiasmo, el mismo rápido ascenso de la sangre, la plenitud… Prácticamente solía pensar que había algo malo en mí. Todos los demás parecían andar con el freno puesto… Yo nunca siento el freno. Yo me desbordo. Y cuando siento tu entusiasmo por la vida enardecido, junto al mío, entonces me da un poco de vértigo.

«Déjame gritar».

Marguerite Burnat-Provins a Sylvius

Poder gritar para liberar el deseo transformado en placeres infinitos, sin ninguna otra palabra; esa es la única súplica de Burnat-Provins a su amante, Sylvius.

[En *Cantique d'été*, 1910]

Deja que grite. Más, más.

Yo no soy hermana de esas mujeres de mirada gélida que se callan.

Yo tiendo las manos imperiosas para estrujar y retorcer, la boca voraz para saborear esencias embriagadoras.

Lanzo mis pupilas voluntariosas hacia la vida, hacia el amor y hacia ti; arrojo mi deseo como el pescador, en el río, lanza el esparavel.

Nunca me saciaré de tu carne luminosa.

No me digas nada. Extiende los brazos.

Déjame gritar.

«Se me empina al escribirte».

Voltaire a Marie-Louise Denis

Tras fallecer la mujer de su vida, Emilie du Châtelet (1706-1749), científica y traductora de Nerón al francés, el filósofo Voltaire (1694-1778) pudo amar, sin esconderse, a quien era su amante secreta, su sobrina Marie-Louise Denis, ya viuda. Ni la pertenencia a una misma y vasta familia ni los dieciocho años de diferencia de edad pudieron acabar con ese amor final del intelectual, en absoluto exento de deseos.

3 de septiembre de 1753

¡No quererte yo! Mi niña, te adoraré hasta la tumba. […] Me gustaría ser el único que tenga el placer de follarte, y ahora mismo querría no haber tenido nunca más que tus favores y no haberme corrido más que contigo. Se me empina al escribirte, y beso mil veces tus hermosas tetas y tus bonitas nalgas.

«Y me comparo con el Vesubio, que parecía extinguido hasta que de repente volvió a entrar en erupción».

Luis I de Baviera a Hernich von der Tann

Cuando Eros se apodera de una persona, poco queda por hacer o decir, sino dejar que las olas del deseo vayan siguiéndose una tras otra, ocupando todo el espacio vital. De ese movimiento da constancia Luis I de Baviera al describir el fuego que arde en él por Lola Montes.

[1846]

Hace más de doce años, me dijiste que qué alegría sería haber conquistado un corazón a los cuarenta y ocho años (entonces mi edad). ¿Qué tiene que decir mi querido Tann cuando le cuente que el de sesenta ha despertado una pasión en una preciosa mujer del sur, inteligente, llena de vida, de buen corazón, buena cuna y veintidós años? ¡Su primerísimo amor! [...] Todo cuanto yo había logrado la llenó de admiración (no está bien repetirlo, pero es lo que dijo), el amor llegó después. Y me comparo con el Vesubio, que parecía extinguido hasta que de repente volvió a entrar en erupción una vez más... Creía que ya no podía sentir la pasión del amor, que mi corazón se había extinguido, que ya no era lo que había sido una vez; era una sensación inquietante. No soy como un hombre de cuarenta, no, sino como un apasionado muchacho de veinte años; me encuentro bajo el yugo de la pasión como nunca. A veces no podía comer, no conseguía dormir, mi sangre hervía febrilmente, estaba en el cielo, mis pensamientos se volvieron más puros, me convertí en una persona mejor. Era feliz; soy feliz. Mi vida cuenta con una resurgida vitalidad, vuelvo a ser joven, el mundo me sonríe.

«Se levanta y arde y se enrojece y se extiende

y crece y me hace sufrir toda la noche…».

Alfred de Vigny a Marie Dorval

El poeta y escritor romántico Alfred de Vigny (1797-1863) describe con elocuencia el surgir de su deseo por su amante, la actriz Marie Dorval (1798-1849), y las travesuras que le llaman.

7 de enero de 1833

No, no, no quiero responderte en la cama. Al contrario, me levanto rápido y, sabes qué hago, imito a una niña a la que conoces, me tiro al agua fría para que toda esta sangre que hierve y que va hacia ti vuelva a su sitio y se esconda en las dos prisiones ovaladas que tienes en la mano.

¿Es eso lo que quieres que te diga? ¿Te acuerdas? Si vieras cómo te desea todo esto, y se levanta y arde y se enrojece y se extiende y crece y me hace sufrir toda la noche… Mira, mientras lo digo, vuelve y no puede contenerse más. Me sirvo de este papel. Mira, esto es lo que debería hacer tu mano, o más bien tu cuerpo, tus muslos morenos, y debería sentir mi cabello sobre el tuyo, y sobre mi vello, ese pequeño botón, y, dentro de ti, subiendo hasta tu corazón, hasta el fondo de ti, lo que es de mí allí, brotando, discurriendo, mezclándose con lo tuyo, esto, esto es…

«Ojalá estuvieras, mi Susie, no tendríamos
que hablar en absoluto».

Emily Dickinson a Susan Gilbert

Emily Dickinson (1830-1886), inmensa poetisa estadounidense del siglo XIX, apenas salió de su ciudad nativa, Amherst, y vivió gran parte de su vida recluida en su

habitación escribiendo poesía. La gran relación amorosa que se le conoce fue con su cuñada, Susan Gilbert, casada con su hermano William Austin, a quien escribió cartas llenas de deseos cumplidos, ya que fue su gran amiga, confidente y amante.

11 de junio de 1852

Tengo un solo pensamiento, Susie, esta tarde de junio, y es sobre ti, y tengo una sola plegaria, querida Susie, que es para ti. Que tú y yo, juntas de la mano, como lo estamos de corazón, podamos deambular como niñas por los bosques y los campos, y olvidar todos estos años y estas apesadumbradas preocupaciones, y que cada una vuelva a ser una niña — Ojalá fuera así, Susie, y cuando miro a mi alrededor y veo que estoy sola, vuelvo a suspirar por ti; un pequeño y vano suspiro que no te traerá a casa.

Te necesito cada vez más, y el mundo extraordinario se hace más grande, y los seres queridos son cada vez menos, cada día que pasas lejos de mí — Echo de menos mi más grande corazón; el mío va de un lado a otro, y llama a Susie — Los amigos son demasiado queridos para separarlos. ¡Oh, son demasiado pocos, y qué pronto se irán donde tú y yo no podamos encontrarlos; no permitas que olvidemos estas cosas, pues su recuerdo ahora nos ahorrará muchas angustias cuando sea demasiado tarde para amarlos! Susie, perdóname querida, por cada palabra que digo — mi corazón está lleno de ti, nadie más que tú está en mis pensamientos, pero cuando intento decirte algo que no es para el mundo, las palabras me fallan. Si estuvieras aquí — y ojalá estuvieras, mi Susie, no tendríamos que hablar en absoluto, nuestros ojos susurrarían por nosotras, y tu mano estrecharía entre las mías, y no apelaríamos al lenguaje —, trato de acercarte, ahuyento las semanas hasta que se van del todo, y fantaseo con que has venido y que voy de camino por el verde sendero para encontrarme contigo, y mi corazón se dispara de tal manera que me cuesta traerlo de vuelta, y aprender a ser paciente, hasta que llegue la querida Susie. Tres semanas — no pueden durar para siempre, ¡porque seguro que van con sus hermanitos a su largo hogar en el oeste!

Me impacientaré cada vez más hasta que llegue ese querido día, porque hasta ahora solo te he llorado; ahora empiezo a esperarte.

«Largos y salvajes escalofríos corrieron por mis venas».

Gabriele D'Annunzio a Barbara Leoni

Amante capital del escritor D'Annunzio (1863-1938), Barbara Leoni, joven romana culta, infeliz y maltratada en su matrimonio, recibió durante cinco años cartas sublimes del poeta italiano en las que describe su amor y su asumido erotismo.

Roma, 28 de marzo del 82

Ya ves, terrible y pequeño tigre, ya ves, cuando leí la crepitante y deslumbrante letra de tu canción y me embriagué con tu infantil alegría y con tu más divino amor, ya ves, me invadió un furioso frenesí, largos y salvajes escalofríos corrieron por mis venas, y me devoró el alma un deseo tan ardiente que, si hubieras estado allí, para tu desgracia, no habrías salido viva, te lo juro…

¡Qué locuras pensé! Hubiera querido estar allí contigo, a solas, en esta espléndida luz dorada de marzo, en un verde campo infinito y lleno de resplandecientes flores; seguirte jadeante, y alcanzarte e incendiar tu cuerpo con mis besos ardientes como el sol, y cubrirte con un montón de flores, enterrarte en una tumba fresca y fragante, ¡oh, tentadora; oh, diosa; oh, mi suprema alegría y mi supremo tormento!

«Puedes ver que me he rendido
y he cedido a un deseo salvaje».

Warren G. Harding a Caroline Phillips, Carrie

Warren G. Harding (1865-1923), vigesimonoveno presidente de Estados Unidos, desde marzo de 1921 hasta agosto de 1923, no quedó en la historia por su obra política, pero quizá merecería una mención aparte y excepcional por su producción epistolar erótica a su amante Carrie.

[15 de septiembre de 1913]

Sinceramente, me duele el anhelo insaciable, y siento que no habrá nunca alivio hasta que dé una larga, profunda y salvaje bocanada a tus labios y luego entierre mi cara en tus pechos turgentes. ¡Oh, Carrie! Quiero el consuelo que solo tú puedes brindar. Es horrible desear así y ser rechazado por completo... ¿No te gustaría oírme preguntar si nos atrevemos y responder: «Nos atrevemos», mientras las almas regocijadas cantan el más dulce de los coros en la sala de música? ¿No te gustaría mojarte en Superior —no el lago— para disfrutar de enardecidas caricias y fundirnos en besos? ¿No te gustaría dar celos al presunto ocupante de la habitación de al lado por las alegrías que no podría conocer, como hacíamos en la comunión matinal en Richmond?...

¡Oh, mi Carrie! Puedes ver que me he rendido y he cedido a un deseo salvaje. Podría suplicar. Y Jerry vino y no se irá, dice que te ama, que eres el único, el único amor que vale la pena en todo este mundo, y debo decírtelo y una veintena o más de otras cosas afectuosas que sugiere, pero te las ahorro. No debes molestarte. Siente tanta devoción por ti que solo existe para dártelo todo. Me temo que hoy encontrarías a un intenso amante.

«Te deseo vorazmente, frenéticamente, apasionadamente».

Violet Trefusis a Vita Mary Sackville-West

Las cartas de Violet Trefusis (1894-1972) a Vita Sackville-West (1892-1962) conforman la mayor correspondencia erótica publicada entre mujeres, no solo del siglo XX, sino probablemente de la historia. Siendo adolescentes, Violet declaró su amor a Vita. Se reencontraron ya de adultas, ambas comprometidas antes de la guerra, y dieron rienda suelta a su pasión incluso hasta después de casarse y ser madres. Al finalizar la guerra, sus respectivos maridos pusieron fin a ese idilio. El romance de las dos escritoras fue novelado por la siguiente amante de Vita, nada menos que Virginia Woolf, en *Orlando*. Esta carta da testimonio de la simbiosis absoluta de sus vidas, en un amor pleno.

Clovelly, 25 de agosto de 1918

Esta impotente ansia de ti consume mis días y unos sueños insufribles llenan mis noches. Te deseo. Te deseo vorazmente, frenéticamente, apasionadamente. Me muero por ti, si quieres saberlo. No solo por tu físico, sino por tu amistad, tu comprensión, los innumerables puntos de vista que compartimos. No puedo existir sin ti, tú eres mi afinidad, mi complemento intelectual, mi alma gemela. ¡No puedo evitarlo! ¡Y tú tampoco! *Nous nous complétons.*

«Podría besarte hasta que sangraras».

Radclyffe Hall a Evguenia Souline

La escritora inglesa Radclyffe Hall (1880-1943) causó escándalo con su novela *El pozo de la soledad* (1928), centrada en la vida lésbica de su protagonista principal, y se convirtió en una de las primeras defensoras de la homosexualidad femenina en el mundo. Esta carta a su amante, Evguenia, muestra el origen íntimo de su lucha política y arroja luz sobre el erotismo entre mujeres.

[1935]

Evguenia —amada—, mi vida, mi todo, escribe rápido, y dame algo de paz hasta que vengas. Te quiero —ardo de anhelo por ti, estoy loco por sentirte en mis brazos—, por sentir tu cuerpo contra mi boca, por oírte gritar con el dolor de la pasión. Oh, Dios mío —no es [*sic*] seguro jugar conmigo en estos momentos. Sufrir —sufrir—, ¿por qué no? ¿Acaso no tengo que sufrir? Quería ahorrártelo y no escribir de estas cosas, pero ya no tengo ahora el deseo de evitártelas. Hay veces en las que podría despedazar mi cuerpo por la nostalgia que siente por ti. Ocasiones en que la añoranza tortura mis nervios. Momentos en que no puedo dormir por el deseo. No sé qué hacer conmigo mientras esto escribo, por el anhelo que siento de tener tu mano sobre mí, tu cuerpo apretado con mucha fuerza contra el mío, tu boca en mi boca. Podría besarte hasta que sangraras —podría hacerte trizas, Evguenia.

«Tengo un apetito terrible de tu amor y de tu persona».

Juliette Drouet a Victor Hugo

Juliette Drouet (1806-1883), actriz francesa, fue la gran y verdadera mujer de Victor Hugo (1802-1885), al que conoció mientras el matrimonio del escritor con su esposa, Adèle, hacía aguas. Fue la amante pública del sátiro francés, por quien lo sacrificó todo: su trabajo, su libertad (él le prohibía salir sola a la calle), su corazón y su vida entera. Lo acompañó en sus varios exilios, sustituyendo poco a poco a su legítima esposa hasta que esta falleció, en 1868. Pocos años de vida en común le quedaron hasta su propia desaparición en 1883, y estos estuvieron marcados por las múltiples infidelidades del escritor. Mujer vital, sentimental y sensual, expresa todo su deseo a su amor en esta carta llena de apetitos.

24 de noviembre de 1835, lunes por la mañana, 11 h.

Buenos días, mi querido hombrecillo fugitivo:

[…]

Mi querido Victor, te quiero tanto, me gustaría tanto hallarme en buen estado de salud y vivir algunas horas contigo y de ti.

Tengo un apetito terrible de tu amor y de tu persona. Te aconsejo que no bajes la guardia ante mi gran amor, mi gran boca y mis grandes dientes. Porque estas extraordinarias dimensiones son solo para quererte mejor, para besarte mejor y para comerte mejor, caperucita negra mía. Hasta la tarde, tu ogresa.

«Estoy enamorada, sintiendo en mis carnes el alivio de sus caricias».

Manuela Sáenz a Simón Bolívar

Manuela Sáenz era una mujer casada cuando conoció al Simón Bolívar, a quien le lanzó una corona de rosas en su pecho mismo. Se convirtió en su pareja hasta la muerte del libertador en 1830, fueron amantes y combatientes hasta el final.

[Sin fecha]

Muy señor mío:

Mi genio, mi Simón, amor mío. Amor intenso y despiadado. Solo por la gracia de encontrarnos daría hasta mi último aliento, para entregarme toda a usted con mi amor entero; para saciarnos y amarnos en un beso suyo y mío, sin horarios, sin que importen el día y la noche, y sin pasado, porque usted, mi señor, es el presente mío, cada día, y porque estoy enamorada, sintiendo en mis carnes el alivio de sus caricias.

Le guardo la primavera de mis senos y el envolvente terciopelo de mi cuerpo, que son suyos.

«Libado por mi lengua que se anudaría con la tuya hasta morir en un derrame de perlas».

Leopoldo Lugones a Emilia Cadelago

La relación pasional que unió al escritor argentino Leopoldo Lugones (1874-1938) a Emilia Cadelago (1901-1981) tuvo todos los ingredientes de un drama social y literario. Al conocerse en la Biblioteca Nacional, el poeta queda encandilado con la joven maestra, casi tres décadas menor que él. Al empezar una relación secreta, Lugones describe en esta carta el deseo que se nutre del recuerdo y de ofrendas en la ausencia, de palabras encargadas de transmitir a la amante la fiebre erótica que se apodera del escritor, hasta el siguiente encuentro.

[Sin fecha]

Mi amor, mi vida, mi dulzura, mi dolor, mi todita:

Te escribo con la cinta atada, pero no a dos vueltas, porque tu tobillo es tan fino que casi se iguala al tallo de un lirio. Y la pantera ruge sin cesar, sedienta de tu sangre, loca por devorar la azucena y los pimpollos que la regalaban. El rocío ha llegado hasta mi alma, húmedo de mis besos, libado por mi lengua que se anudaría con la tuya hasta morir en un derrame de perlas. ¿Te acuerdas, mi encanto? [...]

Rugidos de amor —¿te acuerdas?— ahogados en suavidad de leche y dulzura de miel que nos dejaban su sabor en la boca y en las entrañas. Juegos locos que enredaban tus pies con lirios y besos, mordedura que florecía luego en violetas sombrías, caricias profundas que te extenuaban con ojeras de divino desvelo. La olita tibia y fragante que encerraba perlas. La llamita que martirizaba tan intensa. Los pichoncitos cuya sangre devoraba el halcón en el pistilo delicioso. Ponte a lo menos estas palabras mías en que se me está viniendo el alma allá donde guardes mejor la delicia que supe darte. [...]

Te adoro, mi alma, y me muero..., me muero.

«Yo seré tu deseo, tú serás el mío y nos saciaremos el uno del otro, para ver si podemos hartarnos».

Gustave Flaubert a Louise Colet

Las cartas del escritor Gustave Flaubert (1821-1880) a su único amor, la poetisa Louise Colet (1810-1876), muestran al escritor atormentado por el amor y consumido por el deseo. Las respuestas de Louise fueron destruidas. ¿Acaso por ser íntimamente incorrectas, o bien por resultar humanamente o literariamente superiores a esta carta?

Noche del sábado al domingo, medianoche, 9 de agosto de 1846

¡Por cierto!, estrenaremos el vestido azul juntos. Procuraré llegar una tarde, hacia las seis. Tendremos toda la noche y el día siguiente. ¡Haremos arder la noche! Yo seré tu deseo, tú serás el mío y nos saciaremos el uno del otro, para ver si podemos hartarnos. ¡Nunca, no, nunca! Tu corazón es una fuente inagotable, me haces beber de él a borbotones, me inunda, me penetra, me ahogo en él. ¡Oh, tu rostro estaba tan hermoso, todo pálido y tembloroso bajo mis besos! ¡Pero qué frío fui yo! Estaba demasiado ocupado mirándote; estaba sorprendido, cautivado. Ahora, si te tuviera aquí… Por favor, voy a volver a ver tus pantuflas. ¡Ah! ¡Ellas nunca me abandonarán! Creo que las quiero tanto como a ti. Quienquiera que las hiciera no tenía ninguna duda de que mis manos se estremecerían al tocarlas. Las respiro; huelen a hierbaluisa y a un aroma tuyo que me expande el alma.

II

IN FRAGANTI: EL INFINITO ERÓTICO



Desde el surgir del deseo, cuando nacen las fantasías —asumidas o tapadas—, a su cumplimiento, desde el simple roce de las pieles, el imán de las miradas, el acercamiento de los labios, el temido esbozo de una caricia hasta las más inconfesables perversiones, en todas sus versiones, el infinito erótico despliega el infinito de sus variedades, vivencias y matices.

1

PRIMERA VEZ

«Hace ya más de ocho días que mi matrimonio
se consumó perfectamente».

María Antonieta a su madre, María Teresa I de Austria

Tras ochos años de una espera que se convirtió en un asunto de Estado —una operación de cirugía al rey Luis XVI (1754-1793)—, por fin María Antonieta (1755-1793) puede gritar su felicidad a su madre: ¡el matrimonio real se ha consumado!

30 de agosto de 1777

Vergennes me ha comunicado que va a hacer partir el correo de Breteuil. Es una ocasión dichosa para mí. Siento la alegría más esencial de toda mi vida. Hace ya más de ocho días que mi matrimonio se consumó perfectamente. La prueba ha sido reiterada, y ayer mismo de forma más completa que la primera vez. Primero pensé en enviar un correo a mi querida madre. Me dio miedo que no

hubiese nada que celebrar. Reconozco también que quería estar absolutamente segura de haberlo hecho bien. No creo que esté embarazada todavía, pero al menos tengo la esperanza de poder estarlo de un momento a otro. He recibido tantas muestras de ternura de mi querida madre…, ¡cuál será su alegría! Disfruto de ella como de la mía propia. ¿Me permite que le envíe un fuerte abrazo de todo corazón?

«Su miembro viril es fino como un bastón de cera
en la base y grueso como el puño en la punta,
y tan largo como un palo de billar».

Prosper Mérimée a Stendhal

La primera vez del rey Fernando VII, con detalles muy escabrosos y asuntos diplomáticos de por medio, contada por el escritor Prosper Mérimée (1803-1870) a Stendhal (1783-1842).

[Finales de 1830]

Voy a escribirte una historia muy sucia que me contaron en Madrid. La reina sajona con la que se casó el rey Fernando era una princesa cándida y devota, y la habían criado de un modo tan cristiano que ignoraba hasta las cosas mundanas más sencillas, y que en España saben las niñas de ocho años. Es una costumbre antigua que, cuando el rey se casa con una princesa supuestamente virgen, la princesa casada y de sangre real más cercana en parentesco al rey mantenga con la reina una conversación de un cuarto de hora para prepararla para la ceremonia. A falta de princesa de la misma sangre, la *camarera mayor*[4] se encarga de dicha instrucción. Ahora bien, cuando llegó la sajona, la cuñada del rey, esposa del infante don Carlos y hermana de la difunta reina María Isabel, a quien la reina sajona sucedía, declaró sin rodeos que por nada del mundo

prepararía a esa alemana para reemplazar a su hermana. Por otra parte, la *camarera mayor*, vieja puta devota, protesto, pues, según dijo, ella nunca había prestado suficiente atención a lo que su marido le hacía para poder explicárselo a otras. Resultó que metieron a la reina en la cama sin ninguna preparación. Entra Su Majestad. Imagínate a un gordo con aire de sátiro, morado y con el labio inferior colgando. Según la dama que me contó la historia, su miembro viril es fino como un bastón de cera en la base y grueso como el puño en la punta, y tan largo como un palo de billar. Es, además, el vividor más burdo y descarado de su reino. Ante esa horrible imagen, la reina pensó que se desvanecía, y fue cuando S. M. C. se puso a revolver con ella sin miramientos. (N. B. La reina solo hablaba alemán, del que S. M. no sabía ni una palabra). La reina se escapa del lecho y corre por la habitación dando grandes gritos, el rey la persigue, pero como ella era joven y ágil, y el rey está gordo, torpe y gotoso, el monarca se cayó de bruces y chocó contra los muebles. En pocas palabras, encontró el juego muy tonto y entró en una cólera espantosa. Toca la campanilla, llama a su cuñada y a la *camarera mayor* y las trata de p. de i. con esa elocuencia tan suya. Finalmente, les ordena que preparen a la reina y les deja un cuarto de hora para esta negociación. Después, en camisa y pantuflas, se pasea por una galería fumándose un cigarrillo. No sé qué diablos le dijeron esas mujeres a la pobre reina, lo que es seguro es que le metieron tal miedo que se descompuso. Cuando el rey regresó y quiso retomar la conversación donde la había dejado, no encontró más resistencia; pero en su primer intento de abrir una puerta, la de al lado se abrió de manera natural y manchó las sábanas de un color muy distinto del que se espera tras una primera noche de bodas. Un olor espantoso, porque las reinas no disfrutan de las propiedades del cebollino. ¿Qué habrías hecho en el lugar del rey? Este salió blasfemando y se pasó ocho días sin querer tocar a su real esposa. Si tuviese más papel, te enviaría la relación de su primera noche con la reina portuguesa, pero eso lo dejo para otra ocasión. Adiós, trata de divertirte más que nosotros.

«Pero él era más fuerte que yo y no pude detenerlo».

Marcel Proust a Raoul Versini

La primera vez del escritor Marcel Proust (1871-1922), contada con picardía, falsa inocencia y ya mucho talento literario.

26 de octubre de 1888

Oh, mi querido Raoul, eres muy amable y no merezco ni tu tristeza tan afectuosa ni tus escrúpulos exagerados. No es que crea haber caído muy bajo. Lo que he hecho (tengo intención de hablar con sinceridad, pues a ti nunca te he fallado en eso, ¿verdad?) no ha sido llegar al extremo de una larga decadencia moral. Tengo la conciencia de ser el mismo que antes. Además, si en un momento de sorpresa y locura, ante las súplicas de ese muchacho, me rendí, luego, cuando creí que aún estaba a tiempo, me arrepentí, se lo dije, se lo supliqué. Pero él era más fuerte que yo y no pude detenerlo. Sabes que solo soy culpable a medias. [...] No soy en absoluto un ser ideal, como pareces creer, pues estoy lleno, y quizá aún más que los demás, de nervios y de sentidos. Es posible que diera mi consentimiento (no lo hice por plena voluntad, pero consentí antes, eso fue todo: soy sincero, ya lo ves) a una gran bajeza. Me atrevo a decir, sin embargo, que no soy en absoluto vicioso. [...] Era culpable: una hora más tarde, Abel [Desjardins] ya lo sabía, y esa misma noche, mi padre. Está triste por verse reducido a hacer así su apología. No obstante, me gustaría mostrarte que no soy totalmente indigno de tu afecto puro y sincero, que yo también siento por ti. No quiero que te dé miedo apenarme; quiero que tus palabras sean la expresión de lo que sientes.

Pero que ese sentimiento sea clemente conmigo. Mi buen amigo Raoul, gracias por tu ternura y tu franqueza. Todo el tiempo, te lo juro, lejos de estar enfadado, te he estado infinitamente agradecido. No seas más severo que mi padre, que no me ha hecho reproches y que, conociendo mi temperamento, sin estar al corriente siquiera de los atenuantes que te he mencionado, no ha considerado mi falta más que una «sorpresa» (en el sentido del siglo XIX) que me habrían dado

mis sentidos. Solo me ha chocado una palabra de tu carta. Es cuando dices que mi falta es un efecto de mi «bondad». Entonces, habrá que hacer travesuras.

2

CONFESIONES GOZOSAS, HEDONISTAS Y RECUERDOS IMBORRABLES

«Lo que he sentido, lo que he querido,
lo que he deseado es mi felicidad».

Juliette Drouet a Victor Hugo

Atrevida, entregada a su hombre, Juliette Drouet (1806-1883) no puede acordarse de los detalles de aquella noche memorable, inmersa en la plenitud de este sentimiento oceánico llamado Amor.

4 de agosto [de 1848], viernes por la mañana, 11 h.

No tengo la disparatada pretensión de esperar que se repita mi felicidad de ayer, mi dulce amado, sé demasiado bien que las cosas buenas no se prodigan todos los días. Aunque me consideraría muy feliz si pudieses concederme unos instantes de intimidad bajo los árboles de la explanada. A eso se limitan mis deseos por el momento.

Pido poco a Dios con el fin de que me lo conceda, una discreción que no siempre redunda en mi favor, para mi gran decepción. Pero cuánto te quiero, Victor mío, cada vez más, aunque nunca te haya querido menos en los cerca de dieciséis años que hace que dura esto. ¿Has pensado en mí desde ayer? ¿Me has deseado? ¿Me has añorado? Yo no he salido de la contemplación de mi felicidad. Mientras mi cuerpo iba y venía, se levantaba o se estiraba, mi pensamiento y mi alma estaban contigo y no te abandonaban. Lo que he hecho, lo que he visto, no me acuerdo. Lo que he sentido, lo que he querido, lo que he deseado es mi felicidad, eres tú, es mi amor. Nunca un alma despojada de su cuerpo ha vivido de una manera tan independiente las cosas de este mundo como la mía desde ayer. Mi querido Victor, te adoro; a tus pies.

«La delicia, perla que yo encontré en
tu tesoro por ti misma ignorado».

Leopoldo Lugones a Emilia Cadelago

Recuerdos literarios de una tarde en la que el escritor argentino cubrió a su joven amante de besos y caricias, poetizados por su estilo, a veces farragoso pero siempre soberbio.

Jueves 13

Mi tortolita:

[...] ¡Mi jardín! He rehecho en él, con la mente, lo que tú llamabas la peregrinación. Paso a paso, caricia a caricia, extravío a extravío. Y para no estrangularme con aquel nudo de dolor que era delicioso porque tú lo desatabas, resisto al deseo de escribírtelo como ya lo está en aquellos versos locos que deshojaron más de una vez tus piececitos de princesa. He oído arrullar los pichoncitos en su nido de amor y me he atardado en el sendero de los lirios. Allá donde el cetro

imperaba en el jardín y la azucena desbordaba de rocío. La tórtola agonizaba y el panal se derretía en miel. Y el capullo de la flor se derramaba en perfume. Pero después quedaba sola entre las espinas de la soledad de la pantera rugiente, con su sed mortal que era la de tu sangre. Mordía la hojarasca en su delirio estéril. Sangraba ella también, pero sola, con su nudo tremendo. El nudo que es mi reliquia dolorosa y terrible. [¿]Te acuerdas, mi dulzura? Cuando tú vengas —déjame la ilusión de creerlo un instante—, sabrás que no lo desaté. La fuente, seca desde entonces, te entregará el oro de sus arenas. El torrente de oro que no pueden recoger sino tus manos. Y así como entonces, te desbordará de ellas y será tus pulseras, tu collar, tus ajorcas, tu regalo de leoncita extraviada de amor desde la garganta adorada hasta el desfallecimiento de los pies deliciosos. [¿]Te acuerdas de aquella tarde lluviosa cuando yo te enjuagué con mis manos y te los entibié con mis besos? [¿]Has repetido como yo en las noches —¡tantas!— las palabras de tu delirio? Ahora mismo estoy diciéndomelas, las más abandonadas, las más íntimas, que eran también las más dulces. Pero ellas son el tesoro de nuestro silencio. Aquel silencio lleno de arrullos que sobrevenía «después de la tempestad». ¡Y me contentaría con tan poquito! Con verme inclinado de rodillas, besándote los pies. Los armiñitos mimados que solía manchar el desborde de la delicia. La delicia, perla que yo encontré en tu tesoro por ti misma ignorado. Cuando la tortolita abatida agonizaba gimiendo.

«¿Te acuerdas de aquella tardecilla en que sin malicia alguna fuimos tan dichosos?».

Emilia Pardo Bazán a Benito Pérez Galdós

En medio de declaraciones de amor tan arrolladoras como la personalidad de su autora, Pardo Bazán da detalles de los encuentros íntimos con Galdós, las «tardecillas» donde al éxtasis le seguía la melancolía, ilustrando la petite mort que espera a los amantes después de...

[A Coruña, 27 de abril de 1889]
Hoy, sábado 27

Miquiño, mi bien: me están volviendo tarumba tus cartitas. Creo que jamás escribiste con tanta sencillez, con una gracia más bonita y más tierna. No sé las veces que he leído esta última epístola, ni el bien que me hizo, ni cuánto se me humedecieron los ojos...Un beso del fondo del alma.

No dudes que te amo: será raro raro, será incompleto, pero es grande mi cariño, muy grande.

Siento al recibir cartas como la de hoy esa misma «alegría triste» de que tú hablas. Pero acaso esta misma tristeza es sana y fortalecedora. En tan extraña situación como la nuestra, un regocijo brutal o una tosca indiferencia probarían que éramos un par de almas de cántaro; y ciertamente que no lo somos. Solo tú y yo podemos comprender hasta qué punto es disculpable y hasta loable este modo de sentir nuestro: la absolución por consiguiente tiene que venir de nosotros mismos, pues el público no es capaz de entender en qué consiste la bula que disfrutamos.

Yo imagino que en medio de todo te he proporcionado instantes de felicidad en esta última temporada. ¿Te acuerdas de aquella tardecilla en que sin malicia alguna fuimos tan dichosos? Aquella tarde puede titularse «los extasiados sin éxtasis», no tiene más defecto el título que parecerse a la receta del «trufado sin trufas». No, formal; yo estuve en la gloria aquella tarde, y las demás también.

Pero bueno, esas venturas tienen que hacerse con algunas melancolías. ¿No es cierto?

Voy a contestar a tus tres plieguecitos encantadores.

Eres tan indulgente conmigo, que por encontrarme algo bueno te fijas en que pongo cuidado en no herir a nadie con una apreciación indebida o injusta. ¡Bonito papel sería el mío si además de mis gatadas amorosas cometiese delitos groseros, de lesa gratitud! El agradecimiento a los beneficios materiales ya impone deberes muy estrictos; cuanto más el de los bienes morales, el del cariño que a uno le tienen y que uno no merece.

Yo haría por ti no sé qué barbaridad. Ahora conozco que no había frialdad en ti durante aquella época en que se me figuró verte un poco desaborío; pero también yo he de reconocer la verdad de los

hechos: cuando adquirí el convencimiento de que te inspiro verdadera pasión, con todos los caracteres de tal, ha sido de dos meses acá.

«Algo fervorosamente apasionado que ardía en secreto y no esperaba más que la ocasión de manifestarse».

Claude Debussy a Rosalie Texier, Lili

Con los labios entumecidos por haberse dado tantos besos con Lili, el compositor Claude Debussy (1862-1918) recuerda el fuego interior que sentía cada uno, esperando el estallido final.

Lunes, 24 de abril de 1899

Mi pequeña Lili:

¡A Claude aún no se le han curado las mordeduras de tu querida boquita! Y apenas puede pensar en otra cosa que no sea la velada en la que recibió tanta felicidad inesperada por tu parte, de la manera más hermosa y con el abandono más absoluto que existe en el mundo.

Verás, preciosa Lili, había en nosotros, casi a nuestro pesar, algo fervorosamente apasionado que ardía en secreto y no esperaba más que la ocasión de manifestarse.

Y tú experimentaste una alegría tan alocada y tan grave como la mía, pues reconociste que habría sido una pena que esa velada no llegara, para demostrarnos lo que pensamos el uno del otro.

Recibe mi agradecimiento infinito por todo el amor que siento por ti. Procura por tu parte darme todo el que puedas. [...]

Créeme también cuando te digo que ese sábado en el que he de volver a verte me parece terriblemente lejano...

Impaciente por tu boca, por tu cuerpo y por amarte.

Tuyo.

«Resumiendo, forniqué una vez».

Nicolás Maquiavelo a Luigi Guicciardini

El gran pensador de la real política, de la razón de Estado y de la maldad humana, Nicolás Maquiavelo (1469-1527) confiesa a un amigo una aventura sexual sórdida con una criada.

8 de diciembre de 1509

Al respetable Luigi Guicciardini de Mantua, al que quiero tanto como a un hermano:

Demonios, Luigi, mirad hasta qué punto, en asuntos de la misma índole, la fortuna concede a los hombres distintos finales. Vos, que acababais de burlaros de ella, quisisteis volver a hacerlo y aún aspiráis a repetirlo. Por mi parte, tras varios días allí, cegado por las frustraciones del matrimonio, me encontré con una anciana que me hacía la colada. Vivía en una casa medio soterrada a la que solo entraba luz por la puerta. Un día, al pasar por allí, me reconoció y, tras recibirme bien, me pidió que entrara un momento en su casa, donde tenía unas bonitas camisas para enseñarme, por si quería comprárselas. Con la idea de hacer un buen negocio, una vez en el interior, a una débil luz vi a una mujer cuya cabeza y rostro se hallaban ocultos por un manto, que se hacía la vergonzosa, relegada a un rincón de la habitación. La vieja arpía me tomó de la mano y, tras llevarme hasta esta última, me dijo: «Ahí tiene la camisa que quiero venderle, pero pruébela primero, ya pagará después». Yo, con lo tímido que soy, desconfié por completo, pero me quedé a solas con ella en la oscuridad, pues la vieja había salido y había cerrado la puerta. Resumiendo, forniqué una vez con ella y, si bien encontré sus muslos flácidos y su coño húmedo, y que le apestaba un poco el aliento, no me veía por ello menos imbuido de un celo tan desesperado que la poseí. Una vez concluido el asunto, me dieron ganas de ver la mercancía, así que tomé una brasa del hogar y prendí

un farolillo que había colgado; pero en cuanto hube alumbrado, la lámpara estuvo a punto de caérseme de las manos. Ay, estuve a punto de caerme muerto al suelo de lo fea que era aquella mujer.

Lo primero que se le veía era un mechón de pelo a medio camino entre el negro y el blanco, de un gris sucio, y aunque lo tenía encima del cráneo calvo, sobre cuya calvicie se veían pasearse algunos piojos, raros cabellos, cuya implantación descendía hasta encima de los ojos, iban a juntarse allí. Su pequeña cabeza arrugada se hallaba atravesada por el medio por una marca de fuego, como si la hubiesen marcado a hierro cerca de la columna del mercado. Las pestañas, a la altura de las raíces, formaban ramilletes de pelos llenos de liendres. Los ojos, uno más grande que el otro, no estaban a la misma altura y tenían las comisuras llenas de legañas y los párpados recubiertos de emplastos. La nariz, toda arrugada, se le hundía en el rostro y una de sus narinas, hendida, estaba llena de mocos. Su boca se parecía a la de Lorenzo de Médici, pero torcida a un lado, y le salía un hilo de baba porque a falta de dientes no podía retener la saliva. Un bigote ralo le recubría el labio superior de pelos bastante largos, y desde el pronunciado mentón, largo y puntiagudo a un tiempo, le bajaba un colgajo de piel hasta la base de la garganta. La visión de aquel monstruo me dejó estupefacto y me sentí completamente perdido; la mujer se dio cuenta y trató de decirme: «¿Qué os ocurre, señor?». Pero fue en vano, porque era tartamuda y, cuando abrió la boca, se le escapó un aliento tan pestilente que se vieron ofendidas por aquel hedor las puertas de dos sentidos muy desdeñosos, mis ojos y mi nariz, y llevadas a un desdén tan grande que mi estómago, incapaz de soportar tal ofensa, se vio tan afectado que se abrió y vomité sobre la anciana. Tras pagarle de ese modo lo que valía, me fui. Y pongo al cielo por testigo de que no creo que, mientras permanezca en Lombardía, vuelva a dominarme el celo. En vuestro caso, dad gracias a Dios por la esperanza que tenéis de volver a experimentar tanto placer; yo le doy gracias por tener la certeza en adelante de no querer volver a sentir jamás tanto asco.

«Dentro de treinta años, tú seguirás siendo hermosa;
dentro de treinta años, yo seguiré estando enamorado».

Victor Hugo a Léonie Biard

La gloria y las responsabilidades públicas y políticas de Victor Hugo (1802-1885) no frenaron nunca sus ardores sexuales y sus proezas, que consignaba en su cuaderno secreto día tras día. Cuando sus aventuras eran demasiadas escabrosas, las escribía en castellano, idioma que aprendió de pequeño en Madrid. Léonie Biard (1820-1879) fue una de las decenas de amantes del escritor; casada, su marido celoso mandó a un policía para vigilarlos: los pilló in fraganti. Protegido por su inmunidad política, el escritor escapó de la cárcel, pero su joven amante fue encerrada en un convento antes de que su marido le pidiera el divorcio por adulterio. Si fuera un consuelo, esta misiva es la única carta erótica que se conserva de Victor Hugo.

[1644]
Sábado, 3 de la mañana

Llego a casa. Tengo tu carta. Había leído esta dulce carta hoy en tus ojos. Qué guapa estabas esta tarde en las Tullerías bajo el cielo de primavera, bajo los árboles verdes, con esas lilas en flor por encima de la cabeza. Toda esa naturaleza parecía celebrar una fiesta a tu alrededor. ¿Te das cuenta, cariño mío? Los árboles y las flores te conocen y te saludan. Reinas en ese mundo encantador de cosas que se abren y desprenden agradables aromas del mismo modo que reinas en mi corazón.

Sí, había leído en tus deslumbrantes ojos esta carta exquisita, delicada y tierna que releo esta noche con tanta felicidad. Lo que tu pluma escribe tan bien, tu mirada adorable lo dice con un encanto que me embelesa. ¡Qué orgulloso estaba de verte tan guapa! ¡Qué contento estaba de verte tan dulce!

Aquí tienes una flor que he cogido para ti; te llegará marchita, pero todavía perfumada; dulce emblema del amor en la vejez. Mírala, me la mostrarás dentro de treinta años.

Dentro de treinta años, tú seguirás siendo hermosa; dentro de treinta años, yo seguiré estando enamorado. Nos querremos, ¿verdad, cariño mío?, como hoy, y nos postraremos para dar gracias a Dios.

¡Todo el día de mañana domingo sin verte! No vendrás hasta el

lunes. ¿Qué voy a hacer yo hasta entonces? Pensar en ti, quererte, enviarte mi corazón y mi alma. ¡Oh! ¡Por tu lado, sé mía!

¡Hasta el lunes!

¡Hasta siempre!

«Todavía siento entre mis labios los pequeños y suaves pliegues de la rosa, que chupé golosamente».

Gabriele D'Annunzio a Barbara Leoni

Recuerdos poéticos de una unión lasciva y sensual, quizá de las mejores descripciones del orgasmo femenino que se pueda leer, de la mano de Gabriele D'Annunzio (1863-1938).

19 de mayo de 1891

¿Te acuerdas? Te recordé el telón de fondo de la historia durante la cena, en el gran salón de la via Gregoriana, en los viejos tiempos, cuando tus ojos ya reflejaban la promesa del placer delante del fuego, sobre los cojines de damasco. ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de las caricias sin control, cuando estabas completamente desnuda bajo el traje blanco y yo te tomaba en todas las actitudes más lascivas? ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de cuando te quedaste plantada, apoyada en los brazos del gran sillón, y yo me coloqué debajo de ti, con la cabeza entre los muslos y la boca pegada con avidez a la *robriante*? Mientras escribo, febril (¡cómo tiemblo!), todavía siento entre mis labios los pequeños y suaves pliegues de la rosa, que chupé golosamente como si se tratase de una fruta jugosa.

Y cuando me habías dado toda la vida, entonces te tumbé en el sofá y, de rodillas, te poseí mirando el movimiento voluptuoso de tu vientre y de tus caderas. La rosa, muy ardiente, parecía succionarme a su vez, me apretaba como una boca, y me pareció alcanzarte el corazón. E intercambiamos palabras apasionadas, palabras

desprovistas de sentido… ¿Te acuerdas? Y tú, a medida que crecía la tensión del placer, te agitabas, levantando las rodillas, dejando el torso y la cabeza sobre el sofá, gimiendo de lujuria. Y finalmente tuvo lugar el grito divino y terrible; sentiste en tus entrañas el chorro violento de mi juventud; y gritaste, pálida como la muerte…

¿Te acuerdas?

«Lejos de gemir por las faltas que he cometido,
pienso en las que ya no puedo cometer».

Eloísa a Abelardo

Eloísa (1092-1164) y Abelardo (1143-1144), los amantes eclesiásticos que se amaron en las orillas del Sena, antes de sufrir las consecuencias de esta unión prohibida y de ser relegados a un destino trágico: Eloísa fue encerrada en un monasterio y él fue castrado, destituido de sus cargos en la Iglesia. Para Eloísa, el recuerdo de estos placeres oscuros —y no solo del amor— perdura sin que pueda borrarlo; es más, quisiera retomarlos y prolongarlos.

[Siglo XII]

Encuentro los placeres amorosos de los que hemos gozado juntos tan exquisitos que no consigo aborrecerlos, tampoco borrarlos de mi memoria. Dondequiera que mire, se presentan ante mis ojos y despiertan mis deseos. Su ilusión no respeta mi sueño. Incluso durante las solemnidades de la misa, cuando la oración debería ser aún más pura, las imágenes obscenas asaltan mi pobre alma y la ocupan mucho más que el oficio. Lejos de gemir por las faltas que he cometido, pienso en las que ya no puedo cometer. Nuestros gestos no son lo único que ha quedado grabado profundamente, con tu imagen, en mi recuerdo; también los lugares, las horas que fueron testigo, hasta el punto de que vuelvo a encontrarme contigo, repitiendo esos gestos, y tampoco hallo descanso en mi cama. A veces los

movimientos de mi cuerpo traicionan los pensamientos de mi alma, se me escapan palabras reveladoras...

«Esperanza de recompensa en tus queridos brazos,
en tus emocionantes labios, en tus pechos sin igual,
en tu incomparable abrazo».

Warren G. Harding a Caroline Phillips, Carrie

Confesión tórrida del vigesimonoveno presidente de Estados Unidos, Warren G. Harding, sobre el ardor pasional que su amante le inspira y su devoción absoluta por ella.

Nochebuena de 1910

Querida mía:

No hay palabras suficientes a mi alcance para expresar la magnitud de mi amor por ti —un amor loco, tierno, devoto, ardiente, ansioso, apasionado, celoso, reverente, anhelante, hambriento y feliz—, indeciblemente abarcador, inconmensurablemente absorbente, inefablemente adorador, inconscientemente exaltado, desganadamente exigente, involuntariamente expansivo, eternamente compensador... Es la oración y bendición de mi corazón; la pasión sin par de mi cuerpo, la convicción y consagración de mi mente, y la esperanza y el cielo de mi alma. Te amo así, y más. Te amo más que a nada en el mundo, y no tengo esperanza de recompensa en la Tierra o en el más allá tan preciosa como la que obtengo en tus queridos brazos, en tus emocionantes labios, en tus pechos sin igual, en tu incomparable abrazo. Tenerte y sostenerte en la felicidad, exclusivamente en el amor satisfactorio y satisfecho, sería el triunfo de vivir y amar.

«Recibí un placer inmenso,
placer incomparable a todo lo demás».

Alejandro II de Rusia a Ekaterina Dolgorúkaya

Con apenas veintiún años, Ekaterina Dolgorúkaya (1847-1922) se convirtió en la amante del emperador ruso Alejandro II (1818-1881). A pesar de los veintinueve años de diferencia, la pareja adulterina tuvo cuatro hijos; y, cuando falleció la emperatriz María, se casaron enseguida. Su felicidad fue corta, puesto que Alejandro murió un año después.

Enero de 1868

Jamás olvidaré lo que sucedió en el sofá de la sala de los espejos, cuando nos besamos en la boca por primera vez y me hiciste salir mientras te quitabas el miriñaque que nos estorbaba. Me sorprendió encontrarte sin tus bombachos. *Oh, oh, quelle horreur!* Casi enloquezco ante semejante sueño, pero era real y sentí que «él» estaba henchido. Sentí un frenesí. Fue entonces cuando encontré mi tesoro. [...] Daría cualquier cosa por volver a sumergirme en él. [...] Me entusiasmó que tu descarada crinolina me dejara tocar tus piernas, que solo yo había visto. [...] Nos arrojamos el uno en brazos del otro como gatos salvajes. [...] Sabes que te deseo. Recibí un placer inmenso y me siento abrumado por él, placer incomparable a todo lo demás, y suele responder: Saludos de *mon bingerle*; que está totalmente armado.

«¡Siento una necesidad disparatada
de entregarme a ese desconocido!».

Lou a Guillaume Apollinaire

Sin que nada se cumpla, la mera confesión de una fantasía surgida de una situación banal, en una carta a su amado ausente, le provoca a su autora, Lou, un orgasmo solitario in situ.

En el tren [corregido en] Tolón
Lunes, 2 h., 8 de febrero [de 1915]

Tres oficiales ingleses conmigo... Uno de ellos, un pelirrojo guapísimo..., me mira fijamente. Me entretengo sosteniéndole la mirada, haciendo lánguida la mía... Las sacudidas del tren me excitan..., acabaré gozando... Seguro que él me ve. Posaré mi mirada en la suya en ese momento exquisito... Es poca cosa, porque ni siquiera me toca..., pero resulta infinitamente voluptuoso... ¡Siento una necesidad disparatada de entregarme a ese desconocido! Si no te amase, ¡creo que lo haría! ¡Creo que quiere hipnotizarme! Estoy tan nerviosa que no puedo más... Acabo de gozar ante la mirada dominadora del inglés..., ¡y sé que me ha visto! Ya no me quita ojo... Estoy completamente trastornada..., descompuesta... ¡Maldita sea! ¡También recibiré unos azotes por esto! Pero ¡es tal mi voluptuosidad en este momento que, por más que me esfuerzo, no puedo sustraerme! ¡Oh, mi querido Gui! Quiero regresar pronto a tus brazos para que castigues esta furiosa excitación, para que me destroces. No puedo más, ¡te adoro! El tren galopa y la lluvia cae... Estoy demasiado alterada para seguir escribiendo... ¡Te adoro, Gui mío! Soy toda tuya..., terriblemente vibrante y apasionada... ¡Necesito que me destroces, que me derrotes! Te adoro.

3

SEXADICT@S Y PERVERTID@S: AUTORRETRATOS Y PROFESIONES DE FE ERÓTICOS

«Me separarás las nalgas ensangrentadas...
y me penetrarás profundamente sin piedad...».

Lou a Guillaume Apollinaire

Lou, la amante insuperable de Apollinaire, recuerda una noche imborrable y todos los rincones del placer en los que se perdió y gozó. La excitación sigue viva en esta carta sin pudor ni vergüenza, que pide a gritos seguir.

En el tren [corregido en] Tolón
Lunes, 2 h., 8 de febrero [de 1915]

Mi pequeño querido, adorado, ¡estoy destrozada, molida, agotada!... No he pegado ojo ni un segundo..., ¡me encontraba en un estado nada pervertido! Y dentro de un rato voy a leer los versos del muchacho al que azotas tan bien... Cerraré los ojos... y gozaré de la

forma más completa..., como dos veces esta noche...; ¡ya no puedo más! Oh, mi Gui, necesito tus caricias más dulces y embriagadoras... ¡Necesito sobre todo tu severidad más salvaje!... Te quiero con locura y me tienes toda en tu corazón y en tu carne... Los dos hacen uno conmigo... ¡Nunca he estado tan excitada! Oh, mi Gui, si estuvieses aquí... ¡Me gustaría abrazarte, tomarte, beberte..., abrazarte, acariciarte con mi lengua por todas partes! Por todas partes... Todas las cochinadas... y todos los vicios corren por mi sangre en este momento. ¡Gui, mi Gui, ámame! Quiero todo el vicio y toda la voluptuosidad. He sido un poco viciosa esta noche y nada prudente. Aunque no he hecho nada malo, creo que, cuando te confiese todo al oído, me azotarás muy fuerte... No vas a estar contento... y me corregirás hasta que la sangre aparezca bajo los golpes severos que me merezco... Te veo sujetándome bajo el brazo, presionando mi pequeño botón ya duro, para que al sufrir el placer sea más intenso y muera de goce bajo la soga... Me siento casi como en ese momento, que será doloroso pero en el que te amaré hasta adorarte... Tú me obligarás a levantar bien mi pequeño trasero en señal de sumisión..., y a separar bien mis gruesas nalgas para que tu mirada de amor alcance todo mi cuerpo... y para que el látigo me corrija por todas partes, sobre todo allí donde te habré desobedecido excitándome como tú me prohíbes... Estarás muy enfadado y me corregirás como nunca cuando te lo haya contado todo... Mi pequeño trasero vicioso se pondrá primero rojo... y en ese momento ya suplicaré clemencia... pero tú me rodearás la cintura con más fuerza... tu querida voz se volverá más colérica..., y me golpearás aún más fuerte... Mi pequeño trasero se pondrá violeta y azul... Gritaré de dolor... Te suplicaré... Cuando no pueda más, haré esfuerzos desesperados por sustraerme al castigo, tan duro pero merecido... Pero tú eres más fuerte. Me mantendrás por la fuerza en esa postura de sumisión..., con tus dedos entrando en mi intimidad, que se estremecerá de placer bajo esa violenta acometida, mi culito no podrá huir más de los terribles azotes... Tendré arrebatos de un sufrimiento terrible, mis gruesas nalgas magulladas se abrirán y se cerrarán en una voluptuosidad infinita..., y tú las verás sin piedad... Tu mano se retirará de mi coño enardecido y sentirá las oleadas de placer... Gritaré de gozo aún más que de dolor mientras me flagelas más y más fuerte..., y la sangre aparece bajo tus últimos azotes... ¡Entonces quedarás satisfecho!

Tirarás el látigo vengador… Me tenderás sobre el vientre…, infinitamente vencida…, agitada… ¡Me dejaré hacer! Sin fuerzas ya para suplicarte siquiera…, me separarás las nalgas ensangrentadas… y me penetrarás profundamente sin piedad…, mientras yo me desvanezco en un último espasmo… Mi Gui, veo toda esta escena… Sé que tendré que sufrirla… y me siento sometida a ti hasta la adoración. Me da miedo ese dolor espantoso…, y lo necesito…, y estoy embriagada de voluptuosidad solo de pensarlo… Nunca había sentido con semejante violencia el vicio de la flagelación, que has desarrollado en mí hasta el extremo… antes de ser tu objeto, no pensaba en ello más que rara vez…, nunca me he sentido el objeto de nadie como siento que te pertenezco a ti… ¡Gui! ¡Mi Gui, al que adoro! Y de ti ¡quiero todas las locuras y todos los placeres!… ¡Mi amante querido! ¡¡Mi hombre!! Mi espíritu aventurero se encuentra en su elemento. ¡Tengo mi *browning* conmigo! En caso de que cayese en manos de sucios *boches* que quisieran violarme!… ¡Lo ves! Apuesto a que también sería azotada por eso… ¿Aunque no fuese culpa mía…?

«Sí, somos putas y queremos serlo, porque nos divierte».

Isabel Carlota del Palatinado

Isabela Carlota del Palatinado (1656-1722), conocida como la «Princesa Palatina», cuñada del rey Luis XIV, escandalizada por las intrigas de palacio y el hedonismo sin fin que reinaban en la corte francesa, plasmó sus críticas en sus cartas. En esta, relata una conversación con unas señoras nobles que confesaban su gusto por «ser putas».

París, 14 de mayo de 1722

No sé si compartí con vos el bonito diálogo que tuvo lugar, hace algunos meses, entre madame de Polignac, madame de Sabran y dos

duquesas. Las duquesas no eran de tan buena familia como las dos damas, quienes no querían que en el baile del ayuntamiento las duquesas se pusieran por encima de ellas: «Queréis poneros por encima de nosotras para enseñar vuestros bonitos trajes, que salen de la tienda de vuestro padre». Las duquesas, ofendidas por estas palabras, respondieron: «No venimos de tan buena familia, pero al menos no somos putas como vosotras». Y las damas respondieron: «Sí, somos putas y queremos serlo, porque nos divierte». ¿No son buenos propósitos para tan altas damas? La princesa de Siegen podría decir lo mismo. Apruebo vivamente que en Fráncfort no quieran verla; si aquí hiciésemos lo mismo, las mujeres serían más reservadas y no se expresarían con el descaro del que dan muestras, como veis.

No creo que exista nación más ingrata y más interesada que la francesa; si no lo hubiese visto con mis propios ojos, no me lo creería.

«Tus caricias son la cima de mi vida».

Richard Wagner a Mathilde Wesendonck

El compositor alemán Richard Wagner (1813-1883) conoció la cúspide del amor con Mathilde Wesendonck (1828-1902), mujer casada con quien tuvo un flechazo. Ella le inspiró nada menos que la pasión de *La valquiria y de Tristán e Isolda*, tal como esta carta da cuenta.

1 de enero de 1859

¡Corazón! No eran brotes de vida: así huelen las maravillosas floraciones de la muerte celestial, de la vida eterna; así engalanaban antaño el cadáver del héroe, antes de ser quemado hasta las cenizas divinas. ¡A esa tumba de llamas y perfumes saltó su amada, para

mezclar las cenizas de su amado con las suyas y ser uno! ¡Un elemento, no dos mortales amantes: una divina sustancia original de eternidad! ¡No, nunca se arrepintieron esas llamas; su fuego era radiante, puro y blanco! Ningún morboso resplandor, ni humo, ni vapor acre lo mancilló, la clara y casta llama que brilló para nadie y, sin embargo, tan pura y transfiguradora como para nosotros, y por eso también nadie puede saberlo. Tus caricias son la cima de mi vida, las dulces rosas que florecieron de la corona de espinas que ceñía mi frente. ¡Ahora me siento orgulloso y feliz! ¡Ni un deseo, ni un anhelo! ¡Delicia, conciencia suprema, fuerza y aptitud para todo, para cada tormenta de la vida! ¡No! ¡No te arrepientas! ¡No te arrepientas nunca!

«Mi querido amor, soy viciosa, pero me
gustaría serlo aún más para complacerte,
para conservarte, porque te adoro, lo sabes».

Mademoiselle S. a Charles

¿Existe algún límite al desenfreno erótico? Mademoiselle S. lo desconoce, tal como lo afirma en esta carta.

Viernes a las cuatro

Me dices que soy yo quien ha hecho de ti el vicioso que eres, quien te arrastra poco a poco por la pendiente resbaladiza del vicio todopoderoso. Es posible, pero ¿no eres tú también quien ha imbuido en mí este deseo de disfrutar cada vez más, quien me hace buscar caricias extrañas, inesperadas? Verás, nuestro amor nació de un encuentro, del choque de nuestras miradas, de la llamada de nuestra carne. Nos rozamos durante días y días, y ambos intuíamos que había que perseverar, que la felicidad estaba allí, en la fusión de nuestros dos seres. Nos entregamos el uno al otro antes de conocernos, y el

tiempo nos ha dado la razón. Desde que somos amantes, no hemos vivido más que felicidad juntos y nuestra posesión mutua nos aporta un éxtasis infinito. Sí, quedémonos los dos, mi querido amor, nada más que nosotros dos. Probemos, si quieres, la experiencia que nos obsesiona, pero no creo que encontremos más dicha que en el abrazo de nuestros cuerpos, cada vez más ardientes ante el placer.

Mi querido amor, soy viciosa, pero me gustaría serlo aún más para complacerte, para conservarte, porque te adoro, lo sabes. Tu cuerpo me proporciona éxtasis infinitos y disfruto en tus brazos de placeres ardientes. Si yo te los proporciono también, mi amor, soy feliz, pero mi tarea es más pesada, porque no soy tu única amante y tú puedes comparar, por desgracia, con otras caricias. Por eso me las ingenio para buscar el refinamiento, o gestos nuevos para intentar luchar, para que las horas que vivas entre mis brazos sean las mejores, para que sean las que tus sentidos prefieren y desean, pero ¿lo conseguiré algún día?

Busca, amor mío, busca tú también y dime lo que quieres. ¿Soy la amante ardiente con la que sueñas? ¿O me quieres más dulce y más pasiva?

4

ENTRE MUJERES

«Mi querida zozobra, no deseo otra cosa que abrasarme los labios con tu primer beso…».

Renée Vivien a Kérimé

Renée Vivien (1877-1909), escritora inglesa exiliada en Francia, figura del París emancipado a comienzos del siglo xx, vivía sus amoríos lésbicos a ojos del mundo entero. Al recibir una carta de una misteriosa lectora llamada Kérimé, esposa de un diplomático turco, empieza un intercambio epistolar clandestino, que desembocará en una relación real y excepcional.

Ámsterdam, 1904

Pienso en ti ardiente, fijamente, Hadidja, mi rosa misteriosa. Eres mi dulce y constante zozobra. [...]

Querida, querida amiga mía, ¿piensas en mí, que te amo con mi alma y mi mente sin conocerte? ¿Y qué te parecería que fuera a verte, en octubre?

Mi querida zozobra, no deseo otra cosa que abrasarme los labios con tu primer beso…

Tomaré los tuyos con violencia y una ternura infinita al mismo tiempo. Serás mía, toda mía, y yo seré a la vez tu amiga y tu amante. Beberé de tu carne todos los perfumes de allí y te haré todas las caricias de aquí… Mi querida dulzura, ya sufro por amarte…

No sé qué impetuoso impulso me lleva hacia ti sin resistencia posible… Tan solo sé una cosa: que te amo con un amor extraño y misterioso.

Tomaré tus labios, querida mía…
Tomaré tus labios.

Y ya, te doy mentalmente el beso de amiga y el beso de amante.

Tuya…, ¡ah!, perdidamente tuya.

«Estoy tan ansiosa que siento que no puedo esperar, siento que debo tenerte ya».

Emily Dickinson a Susan Gilbert

El amor de Emily Dickinson (1830-1886) por Susan Gilbert (1830-1913) fue múltiple. Confidente de la poetisa confinada, lectora y transcriptora de sus poemas, Susan fue el objeto de su deseo más salvaje y declarado.

[27 de junio de 1852]
Sábado por la tarde

Susie, ¿vendrás a casa el sábado que viene para volver a ser mía y besarme como solías hacer? […] Tengo tantas ganas de verte, estoy tan ansiosa que siento que no puedo esperar, siento que debo tenerte ya — la expectativa de ver tu cara una vez más me produce un estado febril, y mi corazón late desbocado — me voy a dormir por la

noche, y lo primero que sé es que estoy ahí sentada, completamente despierta, apretando las manos con fuerza, y pensando en el próximo sábado [...]. Porque, Susie, me parece que, como mi amante ausente pronto volverá a casa — mi corazón debe estar ocupado, preparándose para él.

«Tu belleza, tu edad, están hechos para el placer del amor».

Safo a Faón

De Safo (c. 650/610-580 a. C.), la amante de las mujeres de la Antigüedad, nos quedan unos fragmentos poéticos y su aura legendaria y mítica. Ovidio (43 a. C.-18 d. C.), el poeta romano defensor del amor libre e igual entre sexos, la incluyó en sus *Heroidas*, que recogen cartas imaginarias de mujeres famosas. Esta carta ilustra la leyenda asociada a Safo, al expresarse libre y felizmente su deseo por otra mujer.

[En *Heroidas*, fecha incierta, *c.* i a. C.-i d. C.]

¿Tus ojos, al ver esta carta, escrita por una mano dotada, han reconocido enseguida la mía o, de no haber visto el nombre de Safo, su autora, no podrías saber de dónde viene esta breve obra? Quizá te preguntes también por qué he escogido versos de una medida irregular, cuando me caracterizan más los modos líricos. He de llorar por mi amor; la elegía es un canto quejumbroso; a mis lágrimas no les conviene ningún laúd.

Ardo como el campo fértil en el cual el indomable Eurus alimenta el fuego de una cosecha. Faón habita los prados lejanos en los que el Etna pesa sobre Tifón; yo ardo en llamas no menos abrasadoras que las del Etna. No me vienen versos que pueda casar con los acordes sabios de mi lira; mis cantos son obra de un espíritu libre. Ni las mujeres de Pirra ni las de Metimna, ni todas las bellezas de Lesbos son de mi agrado: Anactoria es a mis ojos despreciable,

como también lo es la blanca Cidno; Atis ya no me parece tan bella como antes, como es el caso de otro centenar de objetos de mi amor culpable. Ingrato, lo que han deseado tantas mujeres lo posees tú solo. Tu belleza, tu edad, están hechas para el placer del amor. ¡Oh, belleza pérfida para mis ojos! Tan pronto tomas la lira y el carcaj te conviertes en Apolo; dos cuernos se alzan sobre tu cabeza y eres Baco. Febo amaba a Dafne; Baco, a la doncella de Cnosos; ni la una ni la otra, sin embargo, supieron sacar sonidos de la lira; pero a mí las Musas me dictan los cantos más dulces; mi nombre ya es conocido en todo el mundo; y Alcea, quien, nacida en mi patria, canta como yo a la lira, no tiene más gloria, aunque alcance un tono más sublime.

Si la naturaleza, rigurosa, me negó la belleza, compenso ese fallo con mi genio; soy menuda, pero poseo un nombre capaz de llenar la Tierra entera: llevo conmigo una gran reputación. No soy blanca, pero Andrómeda, hija de Cefeo, supo complacer a Perseo, aunque el cielo ardiente de su patria hubiese oscurecido su rostro. A menudo, palomas blancas se unen a otras cuyo plumaje difiere del suyo, y la tórtola negra recibe el amor de un pájaro verde. Si, a menos que parezca digna de ti por su belleza, ninguna mujer puede ser tuya, ninguna lo será.

«¡Oh!, cómo me gustaría ser hombre
para que me amara una mujer».

Flora Tristán a Olympe Chodzko

Abuela del futuro pintor Gauguin, peruana exiliada en Europa, casada por conveniencia para dar de comer a su familia, Flora Tristán (1803-1844) se convirtió con una voluntad heroica en la primera militante feminista y socialista. Su recorrido vital la llevó a alejarse de los varones para probar, con una curiosidad reivindicada, como lo demuestra esta carta, los placeres entre mujeres.

Londres, 1 de agosto de 1839

Sepa bien, extraña mujer, que su carta me hace estremecer de placer… Dice que me ama, que la magnetizo, que la extasío. ¿Se burla usted de mí, quizá? Tenga cuidado. […] Hace mucho que albergo el deseo de que me ame apasionadamente una mujer. […] ¡Oh!, cómo me gustaría ser hombre para que me amara una mujer. Siento, querida Olympe, que he llegado al punto en el que el amor de ningún hombre me bastaría…, ¿quizá el de una mujer? La mujer posee tanta fuerza en el corazón, en la imaginación, tantos recursos en el espíritu… ¿Me dirá usted que, como no puede existir atracción física entre dos personas del mismo sexo, este amor, canto apasionado, exaltado, con el que sueño, no puede hacerse realidad entre mujer y mujer? Sí y no. Llega una edad en la que los sentimientos cambian de lugar, es decir, en la que el cerebro lo engloba todo.

«Te he entregado mi cuerpo para que lo trataras a tu antojo, para que lo hicieras añicos si tal es tu voluntad».

Violet Trefusis a Vita Mary Sackville-West

En esta carta, la explosión del deseo junto con el regalo de todo su ser —cuerpo, alma— sitúan el erotismo en su máxima expresión, parte luminosa de algo superior, el amor sentido por una persona. Del erotismo sin límites al amor absoluto, Vita enseña el camino luminoso.

Marzo 1919

Te deseo cada segundo y cada hora del día […] A veces me invade una agonía de ansia física de ti, un anhelo de tenerte y de que me toques. Otras veces tengo la impresión de que me contestaras con oír el sonido de tu voz. Intento con todas mis fuerzas imaginarme

tus labios sobre los míos. Jamás la imaginación me había causado tanta tristeza [...].

Nada ni nadie en el mundo podría matar el amor que siento por ti. Te he entregado toda mi individualidad, la esencia misma de mi ser. Una y otra vez te he entregado mi cuerpo para que lo trataras a tu antojo, para que lo hicieras añicos si tal es tu voluntad. Todos los tesoros de mi imaginación los he puesto desnudos ante ti. No hay ningún rincón de mi mente que no hayas penetrado. Te he abrazado y acariciado, he dormido contigo, y me gustaría decirle al mundo que clamo por ti. Tú eres mi amada y yo tu amante, y reinos, imperios y gobiernos se han tambaleado y han sucumbido a esa poderosa combinación, la más fuerte del mundo.

5

ENTRE VARONES

«Me arrebataría a irme contigo porque
es tanto lo que me gustas».

Francisco de Goya a Martín Zapater

Las cartas de Francisco de Goya (1746-1828) a su «amigo» Zapater (1747-1803) dieron mucho que hablar por la naturaleza de sus contenidos y de la relación que mantenían. Pese a la distancia y la diferencia de costumbres sociales y sexuales que nos separan de esa época, algunas cartas como esta prueban que no se trataba de una mera amistad.

[Posterior al 6 de octubre de 1781]

Martín mío, con tus cartas me prevarico [...], me arrebataría a irme contigo porque es tanto lo que me gustas y tan de mi genio que no es posible encontrar otro; y cree que mi vida sería el que pudiésemos estar juntos y cazar y chocolatear y gastarme mis veintitrés reales que tengo con sana paz, y en tu compañía me

parecería la mayor dicha del mundo (pero qué poltroncitos que nos volveríamos), y en realidad no hay otra cosa que apetecer en este mundo; con que si me escribes por ese estilo me revientas y me haces pasar unos ratos que me estoy hablando solo y contigo horas.

«Ven a que te joda aquí».

Honoré de Balzac a Henri de Latouche

Las cartas de Honoré de Balzac (1799-1850) a algunos «amigos», nunca publicadas del todo y celosamente guardadas en la Academia francesa de las letras, casi inasequibles, tienen detalles tan escabrosos como esclarecedores. Estos fragmentos revelan que este coloso de la literatura distaba, y mucho, del canon heterosexual imperante. Era más bien bisexual.

Octubre de 1828

Tú que me envías a que me jodan, si apelas a mis sentimientos, ven a que te joda aquí, ¡y lo más rápido posible!

«Admiro tu prepucio».

Honoré de Balzac a Eugène Sue

1833

¡El perineo es cosa tuya! Admiro tu prepucio y soy el tuyo.

«Confesamos la sodomía y hablamos de ella».

Gustave Flaubert a Louis Bouilhet

Gustave Flaubert (1821-1880) hizo de joven un largo viaje de dos años por Oriente, tras el cual se encerró en su casa de Croisset, en Normandía, para dedicarse en cuerpo y alma a su obra. Su larga correspondencia de viaje nos presenta a un joven hedonista abierto a todas las variedades del placer, incluso a los actos sexuales entre varones.

15 de marzo de 1850

Esta mañana, al mediodía, querido y viejo amigo, he recibido tu amable y larga carta, tan deseada. Me ha conmovido hasta las entrañas. Me he mojado. ¡Cuánto pienso en ti! ¡Tipejo inestimable! ¡Cuántas veces te recuerdo… y te lamento! Si te parece que me echas de menos, yo también te echo de menos a ti. […] Aquí lo llevamos muy bien: en la mesa de la pensión, confesamos la sodomía y hablamos de ella. A veces lo niegas un poquito, todo el mundo te echa la bronca y acabas por confesar. Viajando para la instrucción y con una misión encomendada por el Gobierno, contemplamos entregarnos a este modo de eyaculación como un deber. Pese a que aún no se ha presentado la ocasión, la buscamos. Es en los baños donde se practica: reservas el baño para ti, incluidos los masajistas, la pipa, el café, la ropa blanca, y se la metes al chico en una de las salas. Ya sabrás que todos los mozos que trabajan en los baños son bardajes; los últimos masajistas, los que van a frotarte cuando ha acabado todo, son por lo general muchachos jóvenes bastante amables. Tuyo, mi fuerte. Tu amigo.

6

¿GÉNERO?

«Siempre me he reprimido algo contigo
por miedo a causarte daño físico».

Emilia Pardo Bazán a Benito Pérez Galdós

En esta carta de una mujer a un hombre, las normas y los papeles de género están invertidos: Pardo Bazán teme hacerle daño a Galdós, persona de salud frágil. ¿Anticipación de una revolución por venir o revelación de una realidad que siempre existió, pero fue silenciada?

La Coruña, 7 de mayo de 1889
Hoy martes

¿Quieres que te diga la verdad? Siempre me he reprimido algo contigo por miedo a causarte daño físico; a alterar tu querida salud. Siempre te he mirado (no te rías ni me pegues) como los maridos robustos a las mujeres delicaditas y tiernamente amadas, que tienen con ellas *ménagements*. Por lo demás, y autorizada y rogada por ti, lo

fácil y lo agradable para mí es hacerte mil zalamerías. A eso me inclina no solo el cariñazo que te tengo, sino mi condición de gallega arrulladora y mimosa. Verás cuántas tonterías hago y digo. ¿Apostamos a que vas a reírte?

«A mí me desagrada un poco, con esos arrebatos perpetuos, ese aire atareado, esas grandes pasiones y esos adjetivos».

Marcel Proust a Robert Dreyfus

Los tesoros que aguarda el patrimonio epistolar parecen haber anticipado la revolución del género o haberlo reflejado antes de su irrupción política. En esta carta de Marcel Proust (1871-1922), ¿cuál es su verdadero género?

10 de septiembre de 1888

Mi querido amigo:

Hace tan buen día hoy que tengo veleidades de gran señor. Me gustaría hacer un poco de comedia. En mi caso consistiría en recibir o visitar a muchos amigos, salir de mí mismo, mostrarme tranquilo o apasionado o extravagante u obsceno, haciendo lo que me plazca, siguiendo lo que me dicte el cuerpo, y dar un espectáculo no solo con la tontería de muchos, sino también con la originalidad o simplemente el carácter de algunos. Me gustaría decirle a X o a Y que soy decadente. Como no puedo darme ese placer real hoy, quiero compensármelo yendo en coche a las Acacias. [...]

Hablar mal de nuestros amigos también sería un placer. Haciendo teatro, siendo otra persona, puedo chismorrear, sin crimen. También sobre mí. Incluso me retrataría con gusto: «¿Conoce usted a X, querida, es decir, a M. P.? Le confieso que a mí me desagrada un poco, con esos arrebatos perpetuos, ese aire atareado, esas grandes pasiones y esos adjetivos. Sobre todo, me parece muy loco o muy falso. Júzguelo usted misma...

«Si fuese un hombre, me arrojaría a vuestros pies, sumiso y languideciendo de amor».

Cristina de Suecia a la marquesa de Gange

La reina Cristina de Suecia (1632-1654), ilustrada antes de tiempo, curiosa e incansable viajera, rompió las costumbres reales al interesarse por la filosofía y las artes (se dedicó al mecenazgo después de su abdicación). Tuvo varios amantes, tanto mujeres como hombres. En su visita a la corte de Versalles cayó rendida a los encantos de la marquesa de Gange, y deseó ser un hombre para conquistarla; pide piedad para su estado de deseo total.

[¿1656?]

Adorable marquesa:

No me quejaría de la extraña costumbre de vuestra corte si todas las damas fueran tan hermosas y amables como vos. Pero ¿por qué tienen que besarme tanto las viejas como las jóvenes que vienen a saludarme? ¡Oh! ¿Por qué lo hacen con tanta pasión? Ese furor absurdo posee a toda vuestra corte; guapas y feas actúan con la misma vehemencia; no sé si se debe a que me parezco un poco a un hombre; de ser así, tienen un buen motivo, y las felicito encarecidamente.

Tras recorrer el mundo y admirar mil veces todas las obras maestras que embellecen la naturaleza, puedo deciros con franqueza que vuestras enemigas deberían morir de despecho, pues no ofrecen a los ojos de los mortales nada tan hermoso, tan agradable ni perfecto como vos.

¡Ah! Si fuese un hombre, me arrojaría a vuestros pies, sumiso y languideciendo de amor; me pasaría así los días y las noches, para contemplar vuestros encantos divinos y para ofreceros un corazón tierno, apasionado y fiel. Como eso no es posible, incomparable marquesa, conformémonos con la amistad más pura, la más firme y segura. Por mi parte, es todo lo que puedo; pero mis ardientes deseos no se ven satisfechos; vuestros bonitos ojos, ya lo sabéis, son los

culpables involuntarios de todos mis males; solo ellos pueden, en un instante, reparar el ultraje y hacerme feliz aliviándolos. ¡Por desgracia, me rechazaríais! ¿Una de vuestras miradas graciosas? No, no, tan sensible como bella; escucharéis con amabilidad las dulces quejas de mi profundo dolor, y me pasaré el resto de la vida en un dulce encantamiento.

A la espera de que una grata metempsicosis me cambie de sexo, quiero veros, adoraros y decíroslo a cada instante. Hasta ahora, he buscado el placer por todas partes sin encontrarlo; si vuestro corazón generoso quiere apiadarse del mío, a mi llegada del otro mundo, lo acariciaré con una voluptuosidad siempre nueva; lo saborearé en vuestros brazos victoriosos y lo haré durar eternamente.

Dirigid, pues, vuestras plegarias al cielo, bella marquesa, con el fin de que pronto sean atendidos mis anhelos, tanto por vuestra felicidad como por la mía, que depende por completo de vos en el presente y en el futuro.

«Yo como cirujano que he sido me lo curé e fui cortando poco a poco hasta que no quedó nada de él».

Eleno de Céspedes al Tribunal del Santo Oficio de Toledo

Antes de las posibilidades que ofrece ahora la ciencia, las personas trans ya vivían en un cuerpo equivocado y sus comportamientos, modales y cuerpo escandalizaban a la sociedad, a los poderes tradicionales, la Iglesia en primer lugar, sobre todo en tiempos de la Inquisición. Acusado de brujería, esta es la respuesta de Eleno de Céspedes al Tribunal del Santo Oficio de Toledo.

Presentada a diecisiete de noviembre de
mil quinientos ochenta siete años ante
el inquisidor Don Lope de Mendoza.

Yo con pacto expreso y tácito del demonio nunca me fingí hombre para casarme con mujer como se me pretende imputar e lo que pasa es que como en este mundo muchas veces se han visto personas que son andróginos que por otro nombre se llaman hermafroditos que tienen entramos sexos yo también he sido uno de estos al tiempo que me pretendí casar incalecía e prevalescencia más en el sexo masculino e naturalmente era hombre e tengo todo lo necesario de hombre para poderme casar y de que lo era hice información e probanza ocular de médicos e cirujanos en él ante los cuales me vieron e tentaron e testificaron con juramento que era tal hombre y me podía casar con mujer y con la dicha probanza hecha judicialmente me casé por hombre e con licencia del juez competente la cual dicha probanza de los dichos médicos e cirujanos pido e suplico a V.ds se traigan e se pongan en este proceso para que con ella determine mi causa porque así conviene a mi justicia.

Lo otro porque los dichos de mujeres que están en esta causa examinados con quien yo he tenido ayuntamiento carnal constatarán yo ser hombre y efectos de tal al tiempo que tenía dicho ayuntamiento y tenerme por tal hombre y así lo dice el primero testigo de los cuatro que se me dieron en publicación y no obstante por falta de efusión porque aquello no fue por falta de ser hombre sino por alguna de las causas por las cuales los hombres caen en esta falta examinados con quien yo he tenido ayuntamiento. [...]

Lo otro por que no me daña el haberme casado primero como mujer con hombre y después haberme casado como hombre con mujer porque cuando me casé con hombre prevalecía encalecía en el sexo femenino y muerto mi marido después prevalecía encalecía en el sexo masculino y me pude casar con mujer y así está determinado que se puede hacer.

Lo otro porque si ahora no parece en mi sexo masculino y mi miembro viril es porque me dio una enfermedad en él de la cual me vino a consumir e yo como cirujano que he sido me lo curé e fui cortando poco a poco hasta que no quedó nada de él y cuando me trajeron a este Santo Oficio traje unas llagas en las cuales vieron los médicos que me entraron a ver y dijeron que salidas las costras quedaba cicatrizado aquello donde este cuando e por la dicha razón e cuando ha venido a quedar con solo el sexo femenino.

«Porque tu aspecto y tu forma de hablar son los de una hermosa dama, pero te comportas como un paje».

Pietro Aretino a la Zufolina

El mayor, más famoso y temido escritor epistolar de la historia, poeta, político y escritor italiano del Renacimiento, el Aretino (1492-1556), tras varias desventuras políticas se hizo escritor profesional de cartas públicas a los grandes de ese mundo. Recogidas en un libro, fue la obra que le dio una fama incomparable. Afamado dramaturgo, su vida y sus cartas personales están llenas de una pasión por Eros que le valieron el apodo del «profeta de la sensualidad», como queda reflejado en esta sorprendente carta destinada a su amiga y famosa cortesana la Zufolina.

Venecia, marzo de 1547

A UNA DAMA LIGERA

Dos veces mi buena suerte ha enviado tu honrada persona a esa casa que es mía y de otros, la primera vez como una mujer vestida de hombre, y la segunda, como un hombre vestido de mujer. Eres un hombre cuando alguien se encuentra contigo por detrás y una mujer cuando te ven de frente. [...]

Cierto es que la naturaleza te ha dotado de ambos sexos. A veces te muestras como hombre y otras, como mujer. De hecho, el duque Alejandro [de Médici] únicamente desea dormir contigo para descubrir si en realidad eres hermafrodita o si solo es una broma. Porque tu aspecto y tu forma de hablar son los de una hermosa dama, pero te comportas como un paje. Cualquiera que [no] te conozca pensará que ahora eres el jinete ahora el corcel; a saber, ahora la ninfa y ahora el pastor; esto es, ahora activa ahora pasiva.

¿Qué más puedo decir? Incluso la ropa que llevas a la espalda, con la que siempre te cambias, deja la cuestión abierta: ¿es mi parlanchina en realidad un parlanchín? Por su parte, también los duques y duquesas se divierten con el entretenimiento de esa tu

cháchara tan salada y picante. Escapa vaporosamente de tus labios. A quienes les resulta divertida, tu conversación es como una tartaleta de piñones, como la miel del panal, como el mazapán. Ni Florencia ni Ferrara, que son un zorro astuto entre gallinas y gallos, querrían que fueras un gato doméstico.

El tiempo es el tipo que lo oxida, desgasta, consume, devora, corrompe, arruina, desquicia, escorza, rompe, recorta, abrevia, deshace, arruina y masacra todo, pero no se atrevería a entrar en una contienda contigo. En prueba de ello, ¡intenta recordar el rostro, la cara, el aspecto que tenías hace diez años! ¡Los sigues teniendo!

¡Fuera arrugas! ¡Aléjate de mí, resfriado! ¡Dejemos los ojos legañosos para los que los desean! ¿Acaso no tengo derecho a decírtelo? Anoche soñé que lo hacía contigo, te colgaba del gancho, atravesaba tu cucharón con mi barrena, con tal comedia deportiva, con tal farsa de pillería, con tal égloga de emociones que quién no habría intercambiado las notas de amor de su juventud por la conjugación de tu vejez con la mía.

Pero nuestros sueños nos harían estar frente al mundo como dos tontos si estuviéramos dispuestos a intercambiar nuestro auténtico placer por simples visiones. Pase lo que pase, todos acabaremos ante las puertas del infierno, y poco añadirá o restará el que nos hayamos entregado más o menos a ello. Así que sube a verme y entreguémonos a ello. ¡Y si alguien muere, que muera!

«Soy muy feliz, y en unos meses estaré bien,
una doncella en la flor de la vida».

Lili Elbe a Christian, su cuñado

En dos cartas dirigidas una a su cuñado y la otra a su médico, Lili Elbe (1882-1931), mujer transexual operada hace un siglo, relata la felicidad lograda al cambiar de sexo al mismo tiempo que expresa la extrañeza que sintió durante su proceso.

14 de marzo de 1930
Berlín

Querido Christian:

Ahora es Lili quien te escribe. Estoy sentada en mi cama vestida con un camisón de seda y adornos de encaje, con rizos, empolvada, luzco brazalete, collar y anillos. Incluso mi solemne profesor me llama Lili, y todo el mundo me felicita por mi aspecto; pero todavía me siento cansada después de la operación y de las terribles noches que la siguieron. Ha llegado Grete, y ha salido a comprarme un buen abrigo, para que la semana que viene pueda viajar a Dresde. La intervención me permite ingresar en la clínica para mujeres (solo para mujeres). Y ahora siento que tengo valor para llevar a cabo la operación principal. Mil gracias por el cheque. Cuando nos vayamos a Dresde nos remitirán todas las cartas allí. Ahora puedo decir con el corazón liviano: «No importan los dolores que me aguardan, ya que soy muy feliz, y en unos meses estaré bien, una doncella en la flor de la vida».

Tu Lili.

P. D.: Escribo esta carta con un gran secretismo. No menciones el asunto a nadie.

«Nada de lo que ahora se agita en mí nació en la casa de sus padres».

Lili Elbe a su médico, Kurt Warnekros

[1931]

Me siento tan cambiada que parece que me hubiera operado no el cuerpo, sino el cerebro. Y aunque mi rostro aún presenta señales de lo vivido, me siento rejuvenecer cada día que pasa. [...]

Ni siquiera el nombre de Andreas Sparre tiene ya un tono amargo para mí. Él tuvo su juventud primero, pero creo que ahora

me toca a mí tener la mía. Y a veces me parece injusto que conserve su edad y su fecha de nacimiento, pues mi edad biológica es muy diferente a la suya. Y también me resulta doloroso que sea su nombre, y no el mío, el que figure en los documentos oficiales. En realidad, Andreas y yo no tenemos nada que ver. [...]

He estado unas semanas en su casa natal, pero en todo momento me he sentido como una extraña. Nada de lo que ahora se agita en mí nació en la casa de sus padres. Soy de reciente creación. He nacido bajo su auspicio en Dresde, y mi cumpleaños es aquel día de abril en el que usted me operó. También mi temperamento es como el clima de abril. Río y lloro al mismo tiempo. Mi corazón está lleno de esperanza, como un día de primavera. Y cada vez que siento agitarse en mí esta nueva vida y juventud, como si fuera madre e hija al mismo tiempo, todos mis pensamientos se dirigen hacia usted con una gratitud ilimitada.

«Sentirás en tu culo adorable el dolor
que precede al placer».

Mademoiselle S. a Charles

Ejemplo vanguardista de una intimidad liberada de los supuestos límites de la sexualidad normativa heterosexual y patriarcal, en esta carta la fantasía heroica compite con la pasión desenfrenada y la excitación sentidas por su autora al compartirlas con su amante.

Viernes a las cuatro

Te me apareces, en todo el esplendor deslumbrante de tu desnudez, y mis labios buscan el lugar en el que los besos estimularán mejor esa carne que se entrega. Y conozco ese lugar, lo adiviné prácticamente el primer día. Mi amor me volvió perspicaz y, sin vacilación, dirigí mi lengua hacia el agujero oscuro de tu

adorable culo. Sí, ¿verdad?, es el mejor lugar para un beso desquiciante. Entrégalo rápido, tesoro mío, ese culito delicioso. Ah, me encanta y lo beso sin descanso mientras mis dedos te menean la verga. Y para alcanzar mi victoria, te enculo de manera irresistible. Eres mío, me perteneces, y quiero conservarte para siempre, para siempre.

[...] Ese día seré realmente feliz, cariño mío, y mis deseos más disparatados se cumplirán. Vivo a la espera del momento en que me convertiré en tu amante masculino. Sí, quiero ser tu amante como tú eres la mía. Quiero hacerte gozar como cuando tu lengua rosa estimula el pequeño botón de mi coño. ¡Ah, cómo me haces descargar, mi pequeña Lotte! Tengo unas ganas locas, ¿sabes?, de que me folles, de sentir en mi coño la gran verga de mi amante que va a buscar en lo más profundo de mí torrentes de leche. Sí, puedes estar orgulloso, porque me has hecho amar esta caricia hasta el punto de que ya no sabría vivir sin ella. Estamos en paz: yo te enculo, tú me follas y nos quedaremos así para siempre, ¿verdad, mi amor?, unidos por nuestras vidas comunes y nuestras pasiones todopoderosas.

[Sin fecha]

Te guiaré, con toda la fuerza de mi vicio, hacia la cima del éxtasis. Tú me entregarás, sin reservas, los tesoros de ese cuerpo que adoro y, como un amante apasionado, excitado por la belleza de su amante, me arrodillaré ante ti y te ofreceré, bajo mis besos, todos mis deseos. Te envolveré con toda la ternura infinita de mi corazón y, antes de embriagarme con tu carne firme y caliente, te adormeceré con mis caricias lascivas, que te harán sumirte en un duermevela, y al despertar mi miembro triunfante poseerá tu carne. Al despertar, la voluptuosidad estallará como una lluvia de tormenta, brusca y repentina. Sentirás en tu culo adorable el dolor que precede al placer. Y te desplomarás apasionadamente feliz sobre mi cuerpo palpitante, agotado por el esfuerzo de semejante posesión. Sí, mi único amor, mi querido amante al que adoro, violaré tu cuerpo

magnífico como tú violaste el mío un día. Pero, para ahorrarte el dolor lacerante de esa violación, mis besos profundos prepararán el camino para ese miembro sobrehumano. Mi lengua hábil y dulce se deslizará lentamente por tu pequeño agujero oscuro. Hurgará en esa carne tibia, mi boca aspirará ese culito tan amado. Lo mantendrá prisionero mucho tiempo entre sus labios y, cuando haya cedido, entonces tu querida y viciosa Simone, tu amante apasionada y cochina, pegará a tu carne conmocionada su carne delirante. En la locura de estas sensaciones en celo, te convertirás para ella en «la» amante y ella se convertirá en «el» amante. Verás, cariño, que nuestros dos deseos se confunden. Tú soñabas con un macho vigoroso que violase tu carne. Yo soñaba con una amante dulce y lasciva. Nuestro amor descabellado obra el milagro. Llevados por nuestras pasiones, cambiaremos de sexo y obtendremos así el doble de placer, el doble de gozo.

Jueves a las nueve de la noche

Sí, mi amor, cómo te gusta esta caricia pervertida y anormal, te la ofreceré siempre, porque no hay nada más dulce para mí que encularte. Me encanta darte la sensación extraña de que no soy una mujer, sino el bello amante que a tu vicio le encantaría descubrir. Mientras me sientes a tu espalda, mientras te mantengo prisionero entre mis muslos poderosos, olvida que soy una mujer. Es la verga de tu amante lo que te penetra el culo. Así, ¿la sientes? Mira qué grande y dura, y lo bien que conoce el camino de tu agujero. Mañana volverás a experimentar esta sensación depravada. Mañana te encularé apasionadamente, porque te adoro.

7

ORGASMO Y ÉXTASIS

«¡Una felicidad inmensa oculta en lo desconocido!».

Juliette Drouet a Victor Hugo

En tres cartas extraordinarias, Juliette Drouet (1806-1883), la gran mujer de Victor Hugo, su amante durante décadas, le explica con claridad y casi pedagogía la naturaleza del placer sexual femenino. Desde la diferencia sexual, describe y confiesa los secretos de su orgasmo femenino. Poco cambiarán sus relaciones íntimas con el gran escritor, que no supo o no pudo entender al otro, encarcelado en su dominación machista de la mujer, sordo a sus llamadas indirectas. Testimonio epistolar histórico sobre el goce femenino.

1861

Me preguntas qué clase de placer experimentamos nosotras, pobres mujeres. ¡Ya iba siendo hora de que te preocupases por eso, mi querido Toto, siempre tan apresurado! En lo que a mí respecta, despiertas muchos recuerdos en ese sentido. Al cabo de los años,

espero más a menudo el séptimo cielo gracias a mis deditos que por la gracia de tu gran mástil, ¡oh, marino atrevido! No sabría decirte hasta qué punto siento nostalgia de nuestras primeras navegaciones. ¡Qué enérgico eras! Demasiado, quizá; no te guardaste nada para después. Aquí estoy, en seco.

Primero aumenta el deseo. Por eso son importantes los preliminares, mi querido Toto. ¡Cuatro caricias y tres besos no bastan! La mayoría de los hombres no lo saben, pero el cuerpo de la mujer es sensible por entero, para quien posee la destreza. La piel se vuelve como una placa fotográfica, el corazón empieza a latir más rápido, la vulva se hincha, lentamente. Los tejidos de la vagina, del útero y del clítoris se dilatan cada vez más; es una erección interna, si me permites la imagen. En la pared de la vagina aparecen perlas de rocío, como una especie de transpiración que va a facilitar la penetración. Un poco antes del orgasmo, la respiración se acelera y a continuación se suspende unos segundos. Entonces el cuerpo se tensa. El placer asciende, invadiendo todo el cuerpo…

[…]

Me hago una idea de en qué consiste el orgasmo masculino, tengo algunos recuerdos, pero el parecido con el nuestro (el mío, en cualquier caso) es muy lejano. Nosotras no somos animales, debe haber confianza, ternura, armonía para que el placer sea completo en el caso de la mujer (dudo que sea aplicable a tu prostituta, pero dejémoslo). Necesitamos abandonarnos de verdad. Pero entonces es fuerte, es prolongado, es divino. No es el hipo tonto de placer que os da a vosotros antes de rodar de costado y se acabó. Para nosotras es más largo, más intenso. Es, como dirías tú, ¡una felicidad inmensa oculta en lo desconocido!

«Fue el polvo más sucio que te he echado nunca, cariño».

James Joyce a Nora Barnacle

Esta carta a su futura esposa, Nora, James Joyce (1882-1941) confiesa lo hecho y lo sentido, las escenas crudas y sus sensaciones físicas extremas, en ambos

protagonistas. Esta tormenta total, unida a su estilo descriptivo y lírico también, ¿será la marca del amor que les unió desde el primer día hasta la muerte?

Dublín, 8 de diciembre de 1909

Mi dulce putita Nora, he hecho lo que me has pedido, sucia muchachita, y me he masturbado dos veces mientras leía tu carta. Me encanta saber que te gusta que te follen por detrás. Sí, ahora recuerdo aquella noche en la que te follé por detrás durante tanto tiempo. Fue el polvo más sucio que te he echado nunca, cariño. Mi polla estuvo clavada en ti durante horas, entrando y saliendo de tu culo en pompa. Sentí tus rollizas nalgas sudorosas bajo mi vientre y vi tu cara sonrojada y tus ojos enloquecidos. Tu desvergonzada lengua asomaba a través de tus labios con cada una de mis arremetidas, y si te embestía más fuerte de lo habitual, gruesos y sucios gases afloraban balbuceantes de tu trasero. Aquella noche tenías el culo lleno de pedos, cariño, y te los saqué todos follando, grandes y gordos, largos y ventosos, rápidos y alegres, y un montón de pequeños y traviesos pedos que brotaron en un largo chorro de tu agujero. Es maravilloso follarse a una mujer que se tira pedos cuando cada embestida le saca uno. Creo que reconocería los pedos de Nora en cualquier lugar. Creo que podría distinguir los suyos en una habitación llena de mujeres flatulentas. Es un ruido bastante femenino, no como el pedo húmedo y ventoso que imagino se tiran las esposas gordas. Son repentinos, secos y sucios, como los que soltaría una chica atrevida para divertirse en el dormitorio de una residencia escolar por la noche. Espero que Nora no deje de soltar sus pedos en mi cara para que yo también conozca su olor.

Dices que me la vas a chupar cuando vuelva y quieres que te lama el coño, pequeña sinvergüenza depravada. Espero que alguna vez me sorprendas durmiendo vestido, me asaltes con un destello de puta en tu soñolienta mirada, me desabroches con cuidado un botón tras otro de la bragueta de mis pantalones y que saques con delicadeza la gruesa polla de tu amante, que te la metas en tu boca húmeda y que la chupes hasta que se haga grande y dura, y se corra

en tu boca. También yo te sorprenderé a veces dormida, te levantaré el camisón y abriré tus bragas con delicadeza, luego me tenderé con suavidad a tu lado y comenzaré a lamer con indolencia alrededor de tu sexo. Empezarás a revolverte inquieta y entonces lameré los labios del coño de mi amada. Comenzarás a gemir y a gruñir, a suspirar y a peerte de lujuria mientras duermes. Entonces lameré más y más rápido, como un perro famélico, hasta que tu coño sea una masa de babas y tu cuerpo se retuerza salvajemente.

¡Buenas noches, mi pequeña y pedorra Nora, mi pequeña folladora! Hay una palabra encantadora, querida, que has subrayado para que me masturbara mejor. Escríbeme más sobre eso y sobre ti, con dulzura y suciedad, mucha suciedad.

«Entrégate sin reservas a este mar de felicidad desconocido para los mortales ordinarios».

Pierre-Augustin de Beaumarchais a Amélie Houret de La Morinaie

El escritor, diplomático y dramaturgo Pierre-Augustin de Beaumarchais (1732-1799), autor de *Las bodas de Fígaro*, conoció al final de su vida rocambolesca a la joven Amélie Houret de La Morinaie, su último amor. Libertino, el escritor le propone multiplicar el resplandor del fuego sagrado que los anima, mientras que ella le habla y se queda con la necesidad de ganar su corazón.

[1788]

Eres, y no miento, una amante bonita, una criatura encantadora por haberme enviado mi dulce voluptuosidad de la mañana, no me lo esperaba, tras vernos anoche. Después de nuestros debates, nuestros placeres, tu carta tiene un efecto benéfico que mi alma no olvidará.

¡No te he entregado mi corazón, adorada mujer! ¿Acaso era mío para entregarlo? El dolor de secarse de amor cerca de una mujer con

hielo [*sic*] iba sin duda a alejarme de ti. Podría dejar de decirte que te quiero, pero no dejar de quererte. Todo queda olvidado, reparado. Reina mediante el amor y no destruyas tu imperio; reina mediante la voluptuosidad, eres celestial en la felicidad. Llorabas mientras, en tus ojos encantadores, tu espíritu renacía, expiraba, me decía: «¡Te adoro!». ¡Oh, espectáculo delicioso! ¡Mezcla exquisita de la sensibilidad del espíritu, de la sensualidad del corazón, eres el estado más deseable en el que una criatura humana pueda entrar! ¡Ah! La felicidad que das, que sientes, es de naturaleza divina. Creemos en la Tierra una felicidad que solo nos pertenezca a nosotros, compongámosla de todas las felicidades aisladas y dispersas, reunámoslas en nuestro santuario de amor, demos a esta unión sagrada todo el valor del que somos capaces. ¿Piensas no ser más que una mujer para mí? Tu belleza, tu forma, tu sexo son los intermediarios entre tu hermosa alma y la mía.

Sin este amor divino que los hace sublimes, nuestros cuerpos, dulces instrumentos de nuestro goce, solo disfrutarían de placeres comunes. Cree a tu amante, amiga celestial: cuando tenemos la suerte de amar, todo el resto es vil en la Tierra. Es ese estado privilegiado al cual me desolaba no haber podido arrastrarte. Te resistías. En lugar de reavivar el fuego sagrado, ¡dejabas que se apagara!

Inventemos, por el contrario, mil formas de multiplicar su esplendor. Rechaza la llamada de todo lo que te rodea, asombrosa mujer, flota por encima de la cabeza de tus compañeras y vivamos juntos en una región de fuego. ¿Quieres mi corazón? Es tuyo para toda la vida, que el tuyo sea mi recompensa. No añores tus veinte años, vales más vieja de lo que valías cuando te creías perfecta. Tu figura sigue siendo angelical, tu cuerpo hecho a placer y tu alma bien instruida, y en tu noble madurez, la hermosa mujer de treinta años sensible y espiritual es la obra maestra de la naturaleza. La juventud ardiente ama mucho, pero no ama bien, desconoce los deliciosos detalles de una unión amorosa. Es cuando el espíritu ha reflexionado, cuando ha sentido mil veces lo frágil que es la felicidad humana, lo fácil que es ver cómo se escapa, es entonces cuando se esfuerza por conservar esa dicha que se alcanza con tanta dificultad.

Medita, mujer pensadora, este texto esbozado que te presenta mi corazón. Entrégate sin reservas al amor que te espera con los brazos

abiertos, es a este mar de felicidad desconocido para los mortales ordinarios al que debes lanzarte con los ojos cerrados, tu amante está aquí para agarrarte.

Buenos días, deleite de mi corazón, alma que venero, rasgos encantadores que idolatro. No te dejo, me sigues a todas partes, adorado fantasma, estás constantemente ante mis ojos.

«La función básica de la vida: el orgasmo y el deseo orgásmico, la convulsión orgásmica de todos los organismos vivos».

Wilhelm Reich a Roger du Teil

Si alguien defendió el orgasmo a la largo de la historia, este fue el psicoanalista Wilhelm Reich (1897-1957), quien, desde la herencia crítica con Freud, sitúa la fuente de la vida humana en el orgón (mezcla de las palabras «orgasmo» y «organismo»), la energía vital que se puede medir a partir de la libido sexual. La pobreza emocional y el vacío íntimo son las fuentes de la violencia humana, que se puede combatir gracias a su invento en 1940, el acumulador de orgón, que llegaría a experimentar el mismísimo Einstein.

15 de octubre de 1937

Mi querido amigo:

¿Por qué debería callarme? Un biólogo o psicólogo que no comprenda con prontitud la función básica de la vida —el orgasmo y el deseo orgásmico, la convulsión orgásmica de todos los organismos vivos y la relación con los procesos de carga en la materia viva— o que nunca se haya acercado a este hecho fundamental no puede, al menos en mi opinión, ser considerado una autoridad absoluta en el campo de la biología. No se trata de vanidad por mi parte; al contrario, tiendo a ser demasiado modesto. Pero lo digo en la convicción absoluta, científica, clínica y experimental de que la aversión sexual no solo se desarrolla en los dogmas religiosos, sino

también en las disciplinas científicas mecánicas, materialistas y mecánicamente especializadas. He podido comprobar, una y otra vez, que las debilidades de carácter extremadamente personales tienen un efecto perjudicial en el trabajo científico de muchas personas, que debería ser objetivo.

8

MISTICISMOS

«Tú estás en mí y yo estoy en ti».

Vaslav Nijinsky a Sergéi Diáguilev

Las relaciones entre el creador de los ballets rusos, Sergéi Diáguilev (1872-1929), y su bailarín estrella, Vaslav Nijinsky (1890-1950), empezaron con un tango amoroso para convertirse, tras la boda del bailarín y las primeras manifestaciones de su locura, en una enemistad sin retorno. Entretanto, antes de las cartas de insulto, vinieron las del amor místico, cósmico, total, del maestro del movimiento en el aire a su mentor.

[1919]

Te quiero ahora. Te quiero siempre. Yo soy tuyo. Tú eres mío. Me encanta conjugarte. Me encanta conjugarme. Yo soy tuyo. Yo soy mío.

Tú eres mío. Yo soy Dios.

Tú has olvidado que Dios existe.

Yo he olvidado que Dios existe.

Tú estás en mí y yo estoy en ti.
Tú eres mío y yo soy tuyo.
Tú eres el que quiere la muerte.
Tú eres el que ama la muerte.
Yo amo el amor, el amor.
Yo soy amor y tú eres muerte.
Tú tienes miedo de la muerte, de la muerte.
Yo amo, amo, amo.
Tú eres muerte y yo soy sangre.
Tu sangre no es amor.
Te quiero, a ti, a ti.
Yo no soy sangre, soy espíritu.
Yo soy sangre y espíritu en ti.
Yo soy amor, soy amor.
Tú no quieres vivir conmigo.
Te deseo lo mejor.
Tú eres mío, eres mío.
Yo soy tuyo, soy tuyo.
Me encanta escribir con pluma.
Escribo, escribo.
Tú, tú no escribes, tú despachas.
Tú eres un despacho, yo soy una carta.

«Fui tu carne, tu sangre, tu pensamiento, tu alma transportada hacia el más allá, vasto e iluminado».

Marguerite Burnat-Provins a Sylvius

De ser o sentirse todo para su amante, Sylvius, a evocar a Dios, un paso da Marguerite Burnat-Provins. Pero ¿y si solo fuera Eros?

[En *Le livre pour toi*, 1907]

Durante ese minuto inolvidable en el que nos quisimos más lejos que la tierra, más alto que el cielo, en un mundo resplandeciente, conocí todos los amores.

Un fuego sobrenatural los fundió en mi corazón, como en un crisol devorador.

Fui la madre, la hermana, la amante; fui tu carne, tu sangre, tu pensamiento, tu alma transportada hacia el más allá, vasto e iluminado.

Tu frente se apoyaba en la mía; ¿qué acudió de tu vida hacia la mía en ese rayo de pureza radiante?

Dime, Sylvius, qué Dios poderoso nos prestó entonces un momento de su divinidad.

«Tu amor es violento y sublime, es divino como todo en ti».

Claretta Petacci a Benito Mussolini

El amor mitificado de Claretta por Benito Mussolini se hace más lírico, casi infinito para prolongar en ella el eco del amor sublime y violento del Duce, hasta la misma muerte.

8 de agosto de 1937

Iré a tu casa, un poco antes de mi partida. Estoy muy triste. Salgo para Nápoles. Comienzan las horas de tristeza y de ansiedad lejos de ti. Horas oscuras, horas de dolor y de lágrimas, de ansia atroz, de tormento y de sonrisa. Tu amor se ha abierto al sol como una fruta madura, como un torrente impetuoso ha destruido los muros de contención, ha invadido el mundo con su júbilo, ha inundado de alegría mi corazón, que vibra, se estremece, se siente feliz, aunque todavía sigue temblando y llora. Tú me amas. Tu amor es violento y sublime, es divino como todo en ti. Mi inmenso amor

ha sido el aliento, el impulso maravilloso de mi vida, la pura llama vívida que ha iluminado la senda de mi insignificante vida, consagrada a ti; al principio, a este sueño, y después, a esta sublime realidad. Siempre con la misma pureza absoluta, con el mismo entusiasmo.

9

PLACERES ORALES

«Te voy a decir el gusto que echan mis labios».

Miguel Hernández a Josefina Manresa

De la necesidad y del sentido mismo del beso, fundacional o pasional, entre dos personas, o para besar el retrato de la amada, Miguel Hernández (1910-1942) se explaya ante Josefina Manresa (1916-1987), su futura esposa y guardiana de su obra después de su fallecimiento en una cárcel tras la Guerra Civil.

23 de junio de 1936

Amor:

[...] No es ningún milagro que te besara al recoger tu retrato del suelo, porque duermo con él al lado de mi cabecera y los besos que le doy de mañana y de noche son la única oración que rezo para levantarme y acostarme, hermosísima de mis entrañas, que tengo unas ganas locas de que seas mi esposa. No sé cómo me dices que ha sido una casualidad que te besara, cuando la única casualidad es que

no te bese. Te voy a decir el gusto que echan mis labios y tú me dirás el gusto que echan los tuyos también: mira, loquica guapa, mis labios echan gusto a azufre y cuando besan echan lumbre como los del demonio. No te recomiendo que los beses nunca porque te van a envenenar. Me da mucha rabia eso de que tu padre se niegue a dejarte ir a Orihuela ni a Cox. No puedes imaginarte lo que me contraría eso y si pudiera darle un par de bofetadas al autor de tus días se las daría con todas mis fuerzas. [...]

Tengo unas ganas locas de vivir junto a ti siempre para no sentir frío nunca, porque tus ojos me darán calor siempre y tus labios también y tu aliento.

«Y nuestro beso será el sueño más hermoso
con el que nunca he soñado».

Renée Vivien a Kérimé

Esplendor del beso: el beso para sellar el amor entre su bella dama turca para quien Renée Vivien se hará su amante varonil, el sueño erótico más bello que se pueda concebir.

[1906]

Querida mía, tu preciada carta, impregnada de tu perfume, me ha llegado al alma... Eres exquisita más allá de todo lo que cabe imaginar sobre la Tierra...

Cariño mío, [...] hay que esperar, porque estoy desolada infinitamente, inefablemente, terriblemente, por prolongar esta separación ya tan terrible.

Mi dulce amante de ensueño y de quimera, ¿cuándo podré abrazarte, poseerte al fin? Quiero que conozcas y que te encante el sabor de mis besos, quiero que seas mía por entero, mía para siempre. Quiero sellarte, tomarte y poseerte, en el gozo perfecto. Yo

seré tu amante apasionadamente prendado, y tú, tú serás mi voluptuosa amante. Y nuestro beso será el sueño más hermoso con el que nunca he soñado.

Haré lo imposible por reunirme contigo cuanto antes, si es necesario cogeré un bote de pescadores, con el fin de ir más rápido hacia mi único amor.

¡Ah! Querida, querida, te adoro irrazonablemente.

«El pequeño bosque negro. Le doy mil besos».

Napoleón Bonaparte a Josefina de Beauharnais

Napoleón, indefenso, rendido a su Josefina, que pasa de sus cartas y protestas, entregada a otros placeres, recuerda su felicidad al adentrarse en «el bosque negro», impaciente por entregarle besos en todo el cuerpo, acaba con esta comparación militar y bella: ¡entrar en Josefina es estar en el Elíseo, ser el emperador del mundo!

Milán, 8 de frimario del año v
[28 de noviembre de 1796] 8 de la tarde

Recibo el correo que había expedido Berthier en Génova. No has tenido tiempo de escribirme, lo veo claro. Rodeada de placeres y de juegos, habría sido un error sacrificar un instante por tu pobre y desafortunado amante.

[…] Sería sumamente feliz si pudiese asistir al agradable baño: un pequeño hombro, un pequeño seno blanco, suave, rotundo; y, más arriba, esta carita con el pañuelo al estilo criollo, para comérselo. Sabes bien que no olvido las pequeñas visitas; sabes bien, el pequeño bosque negro. Le doy mil besos y aguardo con impaciencia el momento de adentrarme en él. Todo en ti, la vida, la felicidad, el placer son solo lo que tú haces de ellos. Vivir en una Josefina es vivir en el Elíseo. Un beso en la boca, en los ojos, en el hombro, en el

seno, ¡por todas partes, por todas partes!

«¡Era esa alegría exclusiva con la que mi lengua suplía la debilidad de mi verga!».

Pierre-Augustin de Beaumarchais a Amélie Houret de La Morinaie

Histérico tras las infidelidades de su joven amante, desesperado hasta la exasperación, Beaumarchais solo puede expresar sus deseos más íntimos: no hacer uso de su miembro sexual, sino usar la lengua por todos los rincones y orificios de su voluble amante.

2 de octubre de 1798

Ya no me amas, lo noto, a pesar de todo lo que me escribes. No me quejo: soy viejo y demasiado desgraciado para que me amen. Pero cuando me dices: «Ven, tráeme esa picazón y yo la curo en secreto», te respondo: «No, joder, no». Pude sufrirlo sin escrúpulos cuando la misma cortesía te cautivaba por mi parte: me sonrojo al pensar que sometería a mi amiga a un placer que ella ya no comparte: no. No es eso lo que puede complacerme por tu parte: ¡era esa alegría exclusiva con la que mi lengua suplía la debilidad de mi verga! Cuando creía haberte hecho gozar, aceptaba de ti el placer que suponía follar para mí con la simplicidad de un retorno que parecías conceder por amor al que te idolatraba. Esa época, Amélie, ya pasó, y la gracia no razonada de una reciprocidad de ese culto religioso por el cual dos amantes procuran demostrarse que les gusta todo el uno del otro se ha acabado para nosotros dos. No tendrás sobre mí la ventaja de un sacrificio del que aún quieras jactarte. He chupado tu boca rosada. Te he devorado los pezones. He metido con deleite mis dedos y mi lengua en tu coño, embebido de follar. He lamido el agujero de tu culo con el mismo placer divino con el que

mi lengua ha buscado el tuyo. Cuando, perdonando mi debilidad, vertías la leche del amor meneando tu preciado culo sobre mi boca alterada por esa leche divina, te dejé hacer conmigo todo lo que te placía. Ese tiempo de delirio pasó. ¡Aunque sienta una necesidad extrema de consuelo, no iré mañana a tu casa para discutir sobre las diferencias de nuestras formas de amarnos, cuando tú solo describes la tuya tan austera como mojigata por el insípido placer de querer demostrarme que tu amor es el más delicado! Tu triste superioridad me aflige y destruye mi cándida felicidad. A menos que me escribas bestia del demonio, invitándome a esa simplicidad encantadora, no me escribas con ingenuidad. ¡Ven a decirme que me quieres, ven! ¡Que nuestras lenguas se enzarcen después con la gracia de antes! Ven a echar una gota de leche en el coño de la mojigata que te llama bestia del demonio y, si estoy contento contigo, te devolveré con amor el placer que me habrás proporcionado.

10

SADISMO

«Demuéstreme que tendrá el valor de convertirse en mi marido, en mi amante... y en mi perro».

Wanda von Dunajew a Leopold von Sacher-Masoch

El iniciador del masoquismo, el escritor austriaco Leopold von Sacher-Masoch (1836-1895), vivió en sus propias carnes las tendencias masoquistas que luego plasmaría en su obra y que el gran psiquiatra alemán Richard von Krafft-Ebing asociaría al sadismo (*Psicopatía sexual*, 1886) para conformar este acrónimo tan famoso en asuntos sexuales: SM, que derivó luego en BDSM. Al conocer a Angelika Aurora Rümelin (1845-1906), que adopta en su correspondencia el pseudónimo de Wanda von Dunajew, homenaje a la heroína de la novela *Venus de las pieles*, su autor expresa claramente sus gustos y necesidades íntimas. Tanto es así que su futura esposa le exige que firme este contrato de sumisión mediante el cual se declara suyo hasta las últimas consecuencias, archivo histórico que supera tantas ficciones del mismo asunto.

2 de julio de 1872

Querido Amo:

Si me quiere como asegura, debe firmar el texto adjunto añadiendo algunas palabras que confirman que aceptará usted todas mis condiciones y dar su palabra de honor de que seguirá siendo mi esclavo hasta su último aliento. Demuéstreme que tendrá el valor de convertirse en mi marido, en mi amante… y en mi perro.

Esclavo mío:

Las condiciones, bajo las cuales le acepto como esclavo y le tolero a mi lado, son las siguientes:

Renuncia absoluta a su yo.

Aparte de la mía, usted no tiene voluntad alguna.

Es usted entre mis manos un instrumento ciego, que cumple todas mis órdenes sin discutirlas. En el caso de que olvide que es mi esclavo y en el de que no me obedezca absolutamente en todo, tendré derecho a corregirle y a castigarle como me plazca, sin que pueda osar quejarse.

Todas las cosas agradables y felices que le conceda serán un favor por mi parte, y usted solo podrá recibirlas dándome las gracias. A sus ojos, mi conducta será siempre intachable y no tendré ningún deber.

No será ni un hijo ni un hermano ni un amigo; no será, así pues, nada más que mi esclavo a rastras por el polvo.

Al igual que su cuerpo, su alma también me pertenece y, aunque llegara a sufrir mucho, deberá someter sus sensaciones y sus sentimientos a mi autoridad.

Se me permite la mayor crueldad y, si le mutilo, tendrá que soportarlo sin quejarse. Deberá trabajar para mí como un esclavo y, si nado en lo superfluo, dejándole sumido en las privaciones y pisoteándole, deberá besar sin protestar el pie que le habrá pisado.

Podré despedirle en cualquier momento, pero usted no tendrá derecho a dejarme en contra de mi voluntad y, si decide fugarse, me reconoce el poder y el derecho a torturarle hasta la muerte mediante todos los tormentos imaginables.

Aparte de mí, no tiene usted nada; para usted lo soy todo, su vida, su futuro, su felicidad, su desgracia, su tormento y su alegría.

Deberá llevar a cabo todo lo que le pida, tanto si está bien como

si está mal, y si le exijo que cometa un crimen, tendrá que convertirse en un criminal con tal de obedecer a mi voluntad.

Su honor me pertenece, como su sangre, su espíritu, su fuerza de trabajo. Soy su soberana, ama de su vida y de su muerte.

Si no llegase a soportar mi dominación y las cadenas pesasen demasiado para usted, tendrá que matarse; jamás le concederé la libertad.

«Bella odalisca, no habrá interrupción alguna».

Guillaume Apollinaire a Lou

Ilustración del goce dominante por el poeta Apollinaire hacia su amante, Lou, uniendo el placer del amo al dolor de su sumisa voluntaria.

Nimes, 8 de enero de 1915

Pienso todo el tiempo que puedo, y son mis únicos instantes dulces, en mi adorada Lou. Quiero acaparar todo su amor, toda su ternura, toda su pasividad. Quiero que me obedezcas en todo, hasta la muerte, y para someterte, bella indómita, quiero azotarte las nalgas, esas grandes nalgas aterciopeladas que se agitan, se abren y se cierran voluptuosamente cuando estoy encima flagelándolas. Te las fustigaré hasta que te sangren, hasta que parezcan una mezcla de frambuesa y leche. Esas dos hermosas eminencias deben tomar la sotana cardenalicia que se han ganado y yo me encargaré de entregársela. Haré que se retuerzan de dolor y placer hasta que, palpitante, te tome profundamente, boca a boca y, si no te rindes, te reservo el tormento del palo, te encularé hasta la raíz de mi verga y te haré gritar de dolor mientras derribo ese bonito trasero que no se merece otra cosa y por el que he mostrado demasiada piedad hasta ahora. También te enseñaré artillería y, si no te sabes las lecciones de

manera que dejas pasmado al mismo Toutou, serán tus mofletudas nalgas las que vuelvan a sufrir las consecuencias. Ya ves, mi Lou, puedes ir preparando esas posaderas y meneándolas al caminar, bella odalisca, no habrá interrupción alguna, te las azotaré hasta que me supliques clemencia de rodillas. Lo cual haré si me viene en gana.

Tu amo.

«Azotándole, expele inmediatamente
semen en gran profusión».

El doctor Nesterus a su amigo Christian Garmann

Del azote como fuente de placer y de goce masculino, esta sorprendente carta, que pretende ser, según el gran sexólogo Havelock Ellis (1859-1939), «el más antiguo caso de placer sádico ante la visión del acto de azotar», resulta perturbadora por la sencilla verdad que desnuda: en la vida real o en sueños, la eyaculación masculina la puede provocar un azote.

24 de febrero de 1672

He conocido íntimamente a un hombre de gran erudición, cuyo nombre omitiré para no menoscabar su honra, que, cuando ve, en la escuela o en cualquier otro lugar, cómo se castiga a un muchacho, bajándole los calzones y azotándole, y oye sus gritos, expele inmediatamente semen en gran profusión, sin tensión ni erección alguna del pene, aunque en tal estado de confusión mental que poco le falta para perder los sentidos, y lo mismo le ocurre a menudo mientras, dormido, sueña esa escena.

«Las correas de cuero martirizan sin descanso tu carne».

Mademoiselle S. a Charles

¿Cambiar de roles? Este juego, tentación muy contemporánea para ampliar las realidades íntimas, ya se lo propuso, un siglo antes, Mademoiselle S. a su amante. Mujer de muchas palabras y de armas tomar, cumplirá con esta fantasía.

[Sin fecha]

Querido amor mío:

[…] Quiero darte una nueva pasión. Quiero que pruebes a tu vez las mordeduras del látigo, quiero que deje en tu carne marcas sangrantes como lo hizo en la mía. Vamos, acuéstate, hunde la cabeza en la almohada. Me apoyo en tu nuca y mis muslos fuertes aprisionan tus nalgas. Toma, toma, sufre a tu vez, como me hiciste sufrir a mí. Las correas de cuero martirizan sin descanso tu carne que se ofrece, y tu verga hinchada se estremece un poco más fuerte con cada golpe.

Pero pides clemencia. Para hacerte olvidar la tortura, ven a entregarme tu culo soberbio, que lo bese. ¡Cómo me gusta ese agujerito delicioso que pide mis besos! Mi lengua entra en ti de manera irresistible, prepara el camino para el miembro formidable que sostiene mi mano, crispada.

11

MASOQUISMO Y SUMISIÓN

«Mientras maltratas a tu esclavo,
debes despedazarlo también moralmente».

Leopold von Sacher-Masoch a Emilie Mataja

Famoso por su novela *La Venus de las pieles*, Sacher-Masoch vivió una experiencia desconcertante al recibir cartas de otra escritora, Emilie Mataja (1855-1938), quien pretendía ser la mujer de su novela. Esta respuesta le permite explayarse sobre su gusto por el látigo: que sea uno que se use para los perros, ya que entre un esclavo y un perro no hay ninguna diferencia.

20 de enero de 1875

Te resultaría fácil, con ese corazón frío y esa sangre fría tuyos, hacer realidad mi ideal con la ayuda de una chaqueta de armiño y un látigo, y superar a mi Venus de las pieles, pues esta, a pesar de su crueldad, había satisfecho, sin embargo, a su esclavo.

Si eres la mujer genial por la que te tengo, no vacilarás en

cumplir el sueño de mi vida, más aún cuando tú misma no corres ningún riesgo.

En lo que respecta al látigo, te pido uno de verdad, como el que se emplea con los perros. Entre un esclavo y un perro no hay mucha diferencia.

Me encanta que te tomes tan en serio la idea de azotarme y que te produzca placer. Hace mucho tiempo que no me regocijo tanto como con mi viaje y mi estancia en Viena.

Haces magia.

Si pudiese enamorarme con locura de ti, solo entonces, ser pisoteado por ti y azotado por tu mano cobrarían verdadero sentido.

Tienes derecho a ser no solo impertinente, sino a mis ojos más que dura, brutal, cruel; pues eres mi soberana, mi tirana, y yo, tu esclavo, aún debo besar tus pies después de que me hayan pisoteado.

¿Sabes lo que me dejó electrizado en tu antepenúltima carta? Las palabras «¡qué mujer más feliz! ¡Ya ha dado latigazos!».

Así pues, ¿de verdad hallas placer en la idea de que un día me tendrás a tus pies, que me azotarás sin piedad con tu látigo?

Ahora tu deseo debe cumplirse y me veré exultante si eres realmente cruel, pero ¿serás diabólicamente cruel? ¿Piensas mostrarte imperiosa, fría, inaccesible, despiadada, y de verdad puedes estallar en una risa sarcástica? Porque, mientras maltratas a tu esclavo, debes despedazarlo también moralmente, riéndote de él, y reírte de él doblemente cuando, con humilde voluptuosidad, te besará la planta de los pies.

Pienso que solo una joven puede ser realmente cruel.

Al cabo de poco tiempo, mi mujer ha tomado las riendas por completo, se ha dado cuenta de que solo me siento bien cuando me domina una mujer, cuando me tiraniza, incluso, y ha tenido la feliz idea de interpretar ella misma el papel de esa mujer, el cual le es tanto más fácil porque es joven, guapa, posee un rico vestuario así como las suntuosas pieles indispensables y, ante todo, la naturaleza de una déspota nacida en el auténtico armiño.

Por fin he encontrado mi ideal, y en mi propia mujer, lo cual me hace aún más feliz. Soy su esclavo con verdadero entusiasmo y, después de tres años de matrimonio, estoy perdidamente enamorado de ella, como no lo he estado nunca de otra mujer.

Me despido de ti, deseando que seas tan feliz como yo.

«Permaneceré atada fielmente a él».

Anne-Prospère de Launay al marqués de Sade

En la leyenda negra de las perversiones, los actos delictivos o blasfemos contra la sociedad de su época, su romance con su cuñada, Anne-Prospère de Launay, es un episodio superlativo. Adolescente prometida al convento, se enamora y se entrega del todo al esposo de su hermana, con quien se fuga a Italia para huir de la persecución policial lanzada por su propia madre. Al ver que Sade sigue con otras aventuras sexuales, abandona el sueño de esta unión profana, no sin antes haber dejado, escrita con su propia sangre, esta carta de sumisión voluntaria al Divino Marqués. Retornará para siempre a su vida de clausura.

15 de diciembre de 1769

Juro al marqués de Sade, mi amante, que solo le perteneceré a él, que nunca me casaré ni me entregaré a otros, permaneceré atada fielmente a él, tanto que la sangre que emplee para sellar este juramento correrá por mis venas. Sacrifico por él mi vida, mi amor y mis sentimientos, con el mismo ardor con el que sacrifiqué mi virginidad por él, y concluyo este documento jurándole que si en el plazo de un año no soy canonesa, estado que solo abrazo para ser libre de estar con él y consagrárselo todo, le juro, repito, que, si no es así, lo seguiré a Venecia o a donde quiera llevarme, para vivir eternamente con él como su mujer. Le permito, además, hacer todo el uso que quiera de este juramento contra mí, si oso infringir la menor cláusula por voluntad propia o por inconsciencia.

[Firmado con sangre].

«¡Destrózame!, ¡azótame hasta hacerme sangrar!».

Lou a Guillaume Apollinaire

Respuesta de Lou a Apollinaire, de una persona sumisa a otra dominante, que desmiente la insatisfacción asociada al BDSM. En ella se muestra a una mujer que goza de ser azotada, humillada por su «amo adorado».

Viernes noche, 5 de febrero

¡Gui! ¡Mi Gui! Quiero vivir toda esa escena contigo… quiero ser el muchacho que se porta mal… quiero que me bajes los pantaloncitos, para verme bien las nalgas rosadas… quiero que me pases el brazo por la cintura apretando muy fuerte mi pequeño botón ya duro, que goza de la presión… mientras con la otra mano me azotas fuerte, muy fuerte, obligándome a mantener las nalgas rosadas en el aire, bien abiertas… mientras golpeas tan fuerte, tan despiadadamente, sin atender a mis gritos ni mis lloros, que mi pequeño trasero, tras pasar por todos los colores que describes tan bien, acabará chorreando sangre… ¡eso quiero! quiero que me obligues a sufrir eso… y quiero toda la escena descrita por ti, mi adorado poeta… ¡quiero esa posesión que me causa tanto dolor y tanto miedo!… quiero que me fuerces… que me ates si es necesario… si no tengo el valor para ser tuya de esa forma, toma por la fuerza lo que te niegue… poséeme por completo, totalmente, profundamente… […] ¡me muero por tu amor!, por tus caricias… también por tus severidades… azótame… humíllame… te quiero infinitamente, eres mi amo adorado… te quiero, te quiero… todo mi ser te reclama… voy a retorcerme de deseo toda la noche… ¡destrózame!, ¡azótame hasta hacerme sangrar!… ¡ah! Estar cerca de ti, en tus brazos, en tu amor salvaje y apasionado… estar los dos solos en el cuartito de Nimes… y olvidarlo todo… ¡vivir en una realidad maravillosa los sueños más disparatados!… ¡te adoro!

«Cómo anhelo ser su esclavo,
su juguete, su propiedad».

Piotr Ilich Chaikovski a Modest Ilich Chaikovski

Expresión diáfana del deseo de ser no el sumiso, sino el esclavo de su amante, esta carta de Chaikovski a su hermano relata su excitación antes de cualquier encuentro.

Sábado, 9 de agosto de 1880, Kamenka

Querido Modosha:

Acabo de recordar que para que nuestras últimas noticias te lleguen para el jueves, tengo que escribir hoy; así que aquí estoy sentado para escribir esto. Todo está más o menos bien por aquí; [...] Estoy haciendo las correcciones del concierto y del *Capricho italiano*. He pagado mis deudas a Alyosha y a Evstafy, de quien estoy más enamorado que nunca. Dios mío, qué criatura tan angelical y cómo anhelo ser su esclavo, su juguete, su propiedad. Cuando leí en tu carta lo del episodio con Vania, me sobrevino de repente un espasmo pasajero de deseo por él. Todo es efímero, todo es transitorio; la belleza de Ostapka es la única constante, ante la cual me arrastraré en el polvo mientras viva. Modya, escríbeme y dime más o menos cuándo crees que podrías venir. Discúlpate con Kolya de mi parte; tendré su carta lista para el próximo correo. Besos y abrazos para los dos.

«Hazme mucho daño con esos dientes
demasiado suaves al fondo de tu beso».

Marguerite Burnat-Provins a Sylvius

Súplica por recibir y sentir golpes consentidos, que, más allá del placer producido, le proporcionarán a Marguerite la medida de la potencia de su amante, quien, después, se dedicara a curar sus heridas eróticas.

[En *Cantique d'été*, 1910]

Hazme daño, ¿quieres? Hazme mucho daño con esas manos largas tuyas que me aferran el alma, como una mosca, entre dos dedos.

Hazme mucho daño con esos dientes demasiado suaves al fondo de tu beso.

Hazme daño con esa fuerza, que me quiere y me muele.

Y luego me curarás, con todo tu ser.

«Sufrir así por ti, ¡qué placer!».

Mademoiselle S. a Charles

La pasión de Mademoiselle S. no tiene límites: capaz de todo para complacer a su amante, en esta carta, le entrega su cuerpo y abandona todo su ser al buen querer, dominio y poder de su amo.

[Sin fecha]

Mi pequeño dios querido:

[...] Dime, ¿acaso quieres hacerme sufrir? ¿Estás obsesionado con ese placer delirante? ¿Quieres hacerme gritar de dolor bajo tus golpes? ¡Cómo te excitará ver el pobre cuerpo de tu amante retorcerse ante ti! ¡Cómo te enardecerán los gritos de sufrimiento y qué voluptuosidad cuando recojas la primera gota de sangre que tu vicio cruel espera desde hace tanto tiempo!

Ya estoy lista para soportarlo todo, para quererlo todo. Sí, sé que eres feliz; sí, sé que me amas, y quiero conservarte mucho tiempo, mucho tiempo, mi pequeño dios, mi amante adorable.

Sé que si quieres me harás sufrir de manera cruel, pero también ¡con qué alegría recibiré yo mi recompensa! Me poseerás en un abrazo tan dulce, tan tierno, que olvidaré los minutos horribles de la

flagelación. Todo mi cuerpo te pertenece, lo sabes. Eres mi único dueño, dueño de mi corazón, dueño de mis sentimientos. Así pues, decide. Imponme la postura más favorable. De rodillas, te ofrezco mi trasero impúdico. ¿Es así como me quieres? No, más bien así: boca abajo, con las manos atadas, las piernas separadas, también atadas, con un cojín bajo el vientre para elevar mi culo impertinente hacia ti. Mira, te desafía y se burla de ti. Hazlo callar bajo los terribles azotes que lo magullarán hasta hacerlo sangrar.

Ah, Charles, mi querido Charles, sufrir así por ti, ¡qué placer! Mañana, si quieres, tendré un magnífico látigo. ¡Un juguete terrible en tus manos expertas! Me dirás si lo quieres o bien si prefieres ser dulce y tierno. Haré lo que se te antoje, pero, te lo suplico, no me hagas desear más tiempo ese momento maravilloso.

12

ARTES DEL AUTOEROTISMO

«No hay nada malo en la masturbación en sí misma».

Sigmund Freud a Lou Andreas-Salomé

Acusado de albergar todos los males de la vida, de ser un atentado contra la reproducción, un pecado capital, el signo de la depravación irremediable y definitiva de quienes lo practican, el arte del amor a sí mismo será desculpabilizado por el inventor del psicoanálisis, el doctor Sigmund Freud (1856-1939), quien situará en ese acto el origen de la sexualidad humana.

23 de diciembre de 1917
Viena IV, Berggasse 19

Querida señora Andreas:

¡Feliz Navidad, en la medida de lo posible!

Con respecto a la niña, pagaré con gusto la libra ya que he dado en el clavo.

Por principio, creo que sus escrúpulos son injustificados.

«Tuteas al diablo,
¿y te vas a amedrentar por esa llama?».[5]

No hay nada malo en la masturbación en sí misma. Si solo se pudiera elegir entre ella y la subsiguiente ansiedad a su supresión, no habría duda en cuanto a la decisión correcta. Es cuestión básicamente de qué desplazamientos de la libido hallan alivio en el acto de la masturbación, no de si el acto en sí queda inhibido o no. Si el clítoris llega a «habituarse» a esta función y, luego, en un estado de desarrollo posterior, se vuelve recalcitrante, entonces no es más que una expresión de la fijación de la psique sobre ciertos complejos libidinales; y, como medida de precaución de cara al futuro, no podemos hacer nada mejor que evitar la prohibición y posterior represión de tales complejos. Si la trasformación de la ansiedad de nuevo en libido implica de vez en cuando una descarga más vigorosa de la última en actos sexuales, entonces el terapeuta no debe dejarse intimidar por esta posibilidad. Por lo demás, todo vuelve a ser como antes, como en los viejos tiempos preanalíticos, en los que se decía que los niños solo estaban «nerviosos».

«No quiero que te manosees con demasiada frecuencia. Voy a tener celos de tu dedo».

Guillaume Apollinaire a Lou

El propio Apollinaire, poeta y persona muy poco dada a respetar normas y prohibiciones, ¡le pide a su amante, Lou, que no abuse de sus placeres manuales, so pena de tener que castigarla!

[Nimes] 13 de enero de 1915

Mi Lou, una vez más, no quiero que te manosees con demasiada frecuencia. Voy a tener celos de tu dedo. Cuando te toques, quiero

que lo me cuentes y que te contengas un poco. Voy a verme obligado a corregirte. No te esfuerzas nada en ese sentido. Tu belleza es proverbial; no quiero que te marchites agotada por los placeres solitarios. Quiero volver a verte pasmosamente fresca, si no te llevarás unas bofetadas, como los escolares que se la menean en lugar de aprenderse la lección. Cuando estábamos en el colegio, nos hacíamos un agujero en el bolsillo derecho, metíamos la mano y nos pasábamos así todo el tiempo de estudio. Ojeras. No quiero que una mujercita como tú, que tiene un culo soberbio y ya le ha puesto los cuernos a su marido, se sobe como un muchacho insensato. Si lo haces, chiquilla mía, te encontrarás con el látigo. [...]

Lou, no quiero que te molestes, diviértete, no quiero que te aburras, pero tampoco quiero que vayas más lejos de lo debido, y ya lo sabes tú también. Pero, Lou, no te toquetees demasiado. Escribe, haz algo. Te abrazo, te amo, te adoro, te chupo, te beso, te enculo, te lamo, te hago el beso negro, el beso blanco, todo todo todo absolutamente todo, adorada mía, te poseo toda.

Tuyo.

«Por la mañana en tu tocador y por
la noche en mi mesita de noche».

El marqués de Sade a su mujer, Renée-Pélagie

Encerrado y sin contactos con el mundo exterior durante veintisiete años, sin apenas visitas, la vida sexual del marqués de Sade, aparte de todo lo que sublimó en su obra literaria, se redujo a sus placeres onanistas. Sin pudor ni secreto con su mujer, explica en esta carta los juguetes eróticos que necesita para llegar al paraíso de los sentidos.

Finales de junio de 1781

Como verás, ese frasco no sirve como frasco de bolsillo, por lo que te lo reenvío. Que te sirva para tomar las proporciones para que

Abraham haga en su taller de cristal los que le pedí desde hace tanto tiempo. Y que tome las dimensiones por lo alto, no por lo bajo; sería demasiado pequeño; pero, por arriba, será, sin duda alguna, lo que necesito. He tomado la medida bajo el agujero, y es eso, sin duda. Pero harán falta al menos tres pulgadas de más de altura, aunque lo esencial es la circunferencia y es a lo que, a decir bien, deseo que preste la mayor atención. El prestigio actual de Moisés radica en eso. Así pues, es lo que debe hacer fabricar Abraham en su taller, o envíalo si ya lo tienen. Me aseguró que había abastecido con estas mismas medidas al arzobispo de Lyon; dile que se acuerde. Págale lo que se le debe y contrátalo para servirte en consecuencia. Esos mismos frascos podrán servirte también para el tocador, si quieres; por la mañana en tu tocador y por la noche en mi mesita de noche. De ahí que haya que pedirle dos. Entretanto, envíame un frasco de bolsillo, que, siendo solo para el bolsillo y en absoluto para mis necesidades, solo debe tener las proporciones debidas para mi bolsillo. Te las he enviado: seis pulgadas de circunferencia por ocho o nueve de altura…

Por el deleite de Mahoma, dices que el estuche que te pido te ha causado problemas. Comprendo que te los diese si estuviese fabricado, pero cuando solo es cuestión de hacerlo, no alcanzo a entender, en la escasa capacidad de mi cerebro, que el mero hecho de encargarlo pueda irritarte los nervios que advierten al ánimo de la sensación de dolor. Te toman, dices, por loca: eso es lo que no entiendo; y soy incapaz de admitir que la petición de un estuche grande por parte de una mujer pequeña pueda provocar ningún desorden en la glándula pineal, donde nosotros, filósofos ateos, situamos la razón. Ya me lo explicarás como gustes, y entretanto encargarás y me enviarás el estuche, por favor, porque lo necesito urgentemente y, a falta de este, utilizo para mis dibujos cosas que los desgarran, aunque sean del mismo corte.

«Quiero que me concedas también la visión sugerente de verte meneándotela».

Mademoiselle S. a Charles

El onanismo como aliciente para el deseo del otro, ya no escondido sino compartido, última ofrenda después del goce de su amante. Otra carta vibrante de Mademoiselle S.

A las cinco y media

Te estrujas la verga con los dedos crispados. «Me la meneo, cariño, me la meneo», me dices con la voz quebrada. Vuélvete hacia mí. No quiero perderme nada de esta acaricia sádica. Tus ojos espléndidos arden en llamas. Contemplas un instante el cuerpo de tu amante, que sigue debajo de ti. Buscas, al parecer, el lugar donde vas a descargar toda la leche de tu verga. Estoy lista, adorado mío, para recibir el bautismo sagrado que me vinculará para siempre al cuerpo de mi amante. Menea esa verga maravillosa que se tensa bajo la presión de tus dedos, más, más. Quiero colmar mis ojos de esta imagen única: realizando el gesto perverso entre todos los gestos, ascendemos un escalón más en nuestro vicio. Es hoy cuando me darás la leche que mis labios o mi culo han hecho a menudo brotar.

Una primera gota te perla la punta del miembro. Lo estrechas con los dedos, más fuerte todavía; entonces yo deslizo entre tus nalgas un dedo voluntarioso y hurgo en lo más hondo de tu culo. Una protesta, un grito, un estremecimiento de todo tu ser y te corres perdidamente, con locura, sobre mi pecho, sobre mi vientre. El esperma ha brotado como yo quería, caliente y abundante, y mi mano lo extiende dichosa por todo mi cuerpo. Impregno tu verga con esta leche adorada. ¡Cómo me has mojado, adorado mío, y cómo te quiero! Soy feliz, muy feliz. Te pertenezco para siempre, ¿quieres?

[Sin fecha]

¿Prefieres que me masturbe ante tus ojos? Pues bien, observa. Entre los muslos bien abiertos, mira mi dedo, que va y viene. Frota el botón que se expande bajo la caricia exquisita. Mi vientre se

estremece de placer y enseguida podrás apoyar tus labios para recoger el licor abundante que fluye de mi coño. Pero quiero que hagas el mismo gesto conmigo. Quiero ver como se hincha entre tus dedos la cabeza rosada de tu verga. Quiero que me concedas también la visión sugerente de verte meneándotela y nos correremos a la vez en una misma embriaguez.

13

PERVERSIONES EPISTOLARES

EXHIBICIONISMO

«Prometo que no miraré ni escucharé
a nadie más que a ti».

Juliette Drouet a Victor Hugo

Promesa de ser suya, sin importar el lugar ni las personas cercanas, esta entrega total de Juliette Drouet a Victor Hugo incluye o quizá esconda cierto gusto por el exhibicionismo.

11 de marzo de 1837

Mi querida joya de hombre, eres mi Toto amado.

[...]

Espero que en la velada de mañana tengas la extrema bondad de

venir a verme, porque me quedaré al fondo del palco y prometo que no miraré ni escucharé a nadie más que a ti todo el tiempo que estés conmigo; como te prometo no pensar más que en ti todo el tiempo que te veas obligado a pasar lejos de mí. Siempre: beneficio mutuo.

«Se muestra desnuda a sus criados y que
no conviene a una reina de España».

Luis I de España a su padre, Felipe V

Dentro de los motivos de su fracaso matrimonial con la indomable Luisa Isabel de Orleans, Luis I de España (1707-1724) desvela y se queja, en esta carta a su padre, del gusto por la desnudez, por cierto exhibicionismo y por la falta de pudor de su esposa.

[1724]

Yo preferiría estar en galeras a tener que seguir viviendo con una criatura que no observa ninguna conveniencia, que no me complace en nada, que no piensa sino en comer y en dar escándalo sin recato, que se muestra desnuda a sus criados y que no conviene a una reina de España llevar una vida de la que ni yo ni nadie puede apartarla, pues aunque le habré hablado más de cuarenta veces en particular, no ha hecho sino burlarse de mis observaciones.

FETICHISMO

«Respiraré los aromas de su vida; encenderán
el fluido que me recorre los nervios».

El marqués de Sade a su mujer, Renée-Pélagie

El divino marqués resulta fascinante en materia sexual por la variedad de sus gustos, costumbres y fantasías vividas en sus propias carnes, además de su monstruosa obra, desatada sobre las perversiones humanas. El fetichismo se expresa en su caso en el asunto de su ropa sucia, que encomienda lavar a su esposa Renée-Pélagie (1741-1810).

[1783]

Criatura encantadora, ¿quieres mi ropa blanca sucia, mi ropa blanca vieja? ¿Sabes que es de una delicadeza absoluta? Ya ves que valoro las cosas.

Escucha, cariño mío, deseo complacerte a toda costa sobre este punto, porque sabes que respeto los gustos, las fantasías; por extravagantes que sean, las considero todas respetables, y porque nadie tiene el control, y porque la más singular y la más rara, bien analizada, se remonta siempre a un principio de delicadeza. Me encargo de demostrarlo; sabes que nadie analiza las cosas como yo. Tengo, pues, amor mío, unas ganas tremendas de satisfacerte; sin embargo, me parecería una vileza por mi parte no darle la ropa blanca vieja al hombre que me sirve. Así que lo he hecho, y lo haré siempre; pero puedes dirigirte a él; ya se lo he comentado, de tapadillo, como bien piensas. Me ha comprendido y me ha prometido que te la recogerá. Así, mi querida Lolotte, dirígete a él, por favor, y serás satisfecha.

¡Ah, cielo santo! Si, de un modo tan breve y tan fácil, me fuera posible conseguir un montón de cosas de ti, pronto consumidas, si las tuviera, ¡cómo iría!, ¡cómo volaría!, ¡las pagaría a precio de oro!, ¡diría: «Deme, deme, señor, viene de la mujer a la que adoro; respiraré los aromas de su vida; encenderán el fluido que me recorre los nervios; llevarán algo de ella al seno de mi existencia, y me sentiré feliz»! Dicho esto, ¿me harías el favor, mi reina, de enviarme ropa blanca nueva, teniendo en cuenta que la necesito urgentemente?

«Quiero llevarme tus pies a la boca, de inmediato,
sin darte tiempo a lavarlos después de llegar de tu viaje».

Luis I de Baviera a Lola Montes

La obsesión de Luis de Baviera por la bailarina Lola Montes llevó al excéntrico príncipe bávaro a desear practicar el fetichismo de sus pies, que llenan toda su boca, como se muestra en estos fragmentos en dos cartas diferentes.

[*c.* 1848]

Me llevo tus pies a la boca, donde nunca he puesto otros, lo que me hubiera repugnado, pero contigo es todo lo contrario.

Quiero llevarme tus pies a la boca, de inmediato, sin darte tiempo a lavarlos después de llegar de tu viaje.

14

LIBERTINAJE Y DECADENCIA

«Soy un libertino, pero no soy
un criminal ni un asesino».

El marqués de Sade a su mujer, Renée-Pélagie

Confesión histórica del marqués de Sade, redactada tanto para defenderse de acusaciones de otra índole como para afirmar y dejar huella de su existencia, esta larga carta exime de delito al libertino, un ser dominado, como tantos otros, por las meras leyes de la naturaleza.

20 de febrero de 1781

No soy [...] culpable más que de simple y puro libertinaje, y del que practican todos los hombres, más o menos en virtud de su temperamento o de las inclinaciones que puedan haber recibido de la naturaleza. Cada uno tiene sus defectos; no comparemos nada: es posible que mis verdugos no saliesen ganando.

Sí, soy un libertino, lo reconozco; he concebido todo lo que cabe

concebir de esa índole; pero, sin duda, no he hecho todo lo que he concebido y seguramente no lo haré jamás.

Soy un libertino, pero no soy un criminal ni un asesino, y; dado que me obligan a librar mi apología junto a mi justificación, diré entonces que quizá sea posible que los que me condenan, de manera tan injusta como lo han hecho, no pueden contrarrestar sus infamias con buenas acciones tan probadas como las que puedo oponer yo a mis errores.

[…] Soy un libertino, pero nunca he comprometido la salud de mi mujer.

«Pero será necesario que no mires
a ninguna mujer, aparte de mí».

Colette a su marido, Willy

Iniciada tanto en el arte literario como en la vida íntima no normativa por su primer esposo, Henry Gauthier-Villars, apodado «Willy», la escritora sensualista y escandalosa Colette (1873-1954) le propone, en pleno proceso de separación, ponerle orden a la explosión de sentidos y de relaciones que tuvieron ella, bisexual, y él, muy mujeriego.

18 de febrero de 1907

Hay demasiadas mujeres en tu vida, cariño mío, y la única que te conviene te falta ahora, como a mí me falta el único hombre con el que podía vivir.

¡Oh, cariño mío! Yo merecía —¡todavía merezco!— que les dijeses a todas esas faldas que te zumban en los oídos: «¡Dejadme en paz! Me quedo con esta». Si la vida material vuelve a mejorar, vuelve a ser posible y prácticamente me lo aseguras, cielo, este es el arreglo culpable que te propongo en secreto: Vuelve, vuelve junto a mí, a un apartamento que estará tan cerca del mío que será casi el mismo.

Ríete tú de la gente, de toda la gente, como haré yo misma. Y yo seguiré trabajando por mi lado y tú por el tuyo. Y me acostaré con Missy, que no pide más. Y los que nos reprueben demasiado alto no nos reprobarán dos veces. Pero será necesario, si este arreglo es de tu agrado algún día, que no mires a ninguna mujer, aparte de mí. ¿Es imposible? ¿Sientes, pues, esa imperiosa necesidad de tener a mano a una compañera todo el tiempo? Si es así, me encontrarás. Y Missy, una vez más, no [encontrará: tachado] verá nada que objetar.

Tienes que estar loco, y yo loca, para haber organizado el arreglo actual. ¡Como si pudieses prescindir de mí! ¡Y yo dejarte ir a ti! Reflexiona mucho tiempo, no hay prisa, y en tu caso nada es posible enseguida; en cuanto a mí, sé perfectamente que debo ser prudente, y si me echo a llorar, cuando la luz está apagada, estate tranquilo. Y, si esto es posible en un futuro lejano —o cercano—, ten por seguro que habrá aún más gente a nuestro favor que en contra; saben que, en el fondo, somos una pareja inseparable. Pero tendrías —insisto demasiado— que lanzar por la borda hasta las últimas Megs, hasta las Claudines más típicas. No es un mercado lo que te ofrezco, amor mío, pues no soportaría, ni física ni sentimentalmente, que fuese de otro modo. Y Missy volvería a encontrar su querido, reconfortante y habitual *ménage à trois*, sin el cual se ve desorientada y abrumada por una responsabilidad demasiado grande; además, ella siente, adivina cosas oscuras...

En fin, ya lo he dicho todo y me siento satisfecha con ello. Responde a todo esto sin prisas, a la rue de Villejust, con sobre doble a Francine. [...]

Con cariño, un abrazo.

«Mi hijo se pasa las noches enteras en orgías».

La Princesa Palatina a Sofía Carlota de Hannover

La cuñada de Luis XIV, espectadora impotente de la vida alocada de la corte francesa, deplora los daños colaterales de la decadencia sexual en la que vive su hijo, el duque de Orleans.

Versalles, 2 de febrero de 1698

Estoy convencida de que mi hijo, con la vida desordenada que lleva, no vivirá mucho. Se pasa las noches enteras en orgías y no viene a acostarse más que a las ocho de la mañana; a menudo tiene además cara de desenterrado. Está convencida de que le están matando, pero su padre no quiere contrariarlo, y todo lo que yo puedo decir no sirve de nada. Así que no hablamos más de ello. Entretanto, debo añadir que es una verdadera lástima que empujen así a mi hijo a la perdición, porque si le hubiésemos dado hábitos mejores y más cabales, se habría convertido en un hombre completamente distinto. No carece de espíritu, no es ignorante, y desde que era joven mostraba inclinación por todo lo que es bueno, loable y conforme a su condición. Pero desde que se convirtió en amo y señor y se vio rodeado de bribones que le hacen frecuentar putas, *met verloff*, de lo más bajo, ha cambiado tanto de cara, de humor y de tono que ya no se le reconoce. Ya no disfruta con nada, ni siquiera con la música, que en el pasado le apasionaba. En definitiva, le han vuelto completamente insoportable, y me temo que esos excesos acaben por llevárselo.

15

NINFÓMANAS, PRÍAPOS Y HAZAÑAS SEXUALES

«Si ella no se detiene, pronto será demasiado tarde».

El doctor Hallé al doctor Peyre

El médico de Paulina Bonaparte (1780-1825), hermana del mismísimo Napoleón, afamada devoradora de hombres, examina el mal que le fue diagnosticado a su paciente: «el furor del útero». Los resultados, remedios y métodos resultan aún más desconcertantes cuando se sabe que murió de cáncer de útero.

Lunes por la tarde, 20 de abril de 1807

He ahí la enfermedad. Me acerqué a las causas mientras hablaba en voz baja con la princesa el jueves pasado.

Acusé las duchas internas y hablé en general de todo lo que producía irritación en la matriz, de la naturaleza que fuese; creo que se me escuchó, pero temo que no lo suficiente. No sé nada, aunque hay que averiguarlo por los medios con los que contamos, y lo que dije de la naturaleza de los síntomas que usted y yo vimos, y que vos

habéis visto más a menudo que yo, basta para tener la clave del enigma. No podemos culpar siempre a la ducha y su manguera; cabe suponer, en una mujer joven, guapa, sensible, solitaria y que se extenúa visiblemente, una causa subsistente de esa extenuación.

Sea cual sea dicha causa, ya va siendo hora de desecharla. He visto a mujeres víctimas de debilidades parecidas, y todas empezaron así. Es evidente que, si ella no se detiene, pronto será demasiado tarde.

«De mis picardías, ¿qué quieres que te diga?».

Emilia Pardo Bazán a Benito Pérez Galdós

Emilia Pardo Bazán confiesa y reflexiona en esta carta, sorprendente por su franqueza, sobre su apetito sexual, la libertad íntima de la que siempre hizo gala y la voracidad carnal de esta devoradora de hombres: un testimonio de primerísima mano sobre el deseo sexual femenino.

La Coruña, abril de 1889
Hotel Victoria de Domingo Reguero
Cruz 18, 20 y 22, Madrid

Domingo

Mi siempre amado (siempre, siempre), ¡tu cartita me da un rato más bueno! Contaba con ella como epílogo a los sabrosos *marrons glacés* del último día. He encontrado este papel, y por recordar épocas gratas para los dos, y darte a mi modo una sorpresita, en él te escribo.

De mis picardías, ¿qué quieres que te diga? Tú eres más indulgente para ellas que yo misma; tú las explicas y las perdonas, yo

tengo instantes en que no las sé perdonar, aunque me las explique aquella lógica interior que nos ayuda a comprender nuestras propias acciones por más disparatadas que sean. Lo que debe constar y lo que no se escapa a tu inteligencia es que nada hay de humillante, para ti, en lo ocurrido. Bien te alcanza la filosofía y la razón para comprender que a nadie humilla lo que hace otro, y que solo las acciones de uno mismo honran o avergüenzan. Máxime aquí, en que no hay ni que rendir tributo a las preocupaciones de la gente, que ignora el lazo que nos une. Si el público supiese que tú y yo... [dibujo de dos manos con los índices enfrentados] vamos, entonces aún se podría compaginar eso de las humillaciones; pero el público, gracias a tu maquiavelismo, está hecho un papanatas, así es que nada de lo malo que yo cometa refluye en desdoro tuyo. Me basta haber lastimado tu corazoncito sin que además tenga sobre mí el remordimiento de haber dado ocasión a que ningún estúpido se permita reírse de ti. Gracias a Dios, eso no sucederá nunca.

Ensancho el renglón, porque este enrejado me marea, y paso adelante, Miquiño. Por lo que toca al arrastrado éxtasis de Barcelona, cree que fue una de esas cosas impensadas y casi inconscientes, que al más pintado le ocurren. Allí sí que no pequé contra el amor que te tuve y tengo, como aseguras tú que no pecaste contra el mío en Nápoles ni en Venecia. Claro está que dadas mis faltas no podía haber Nápoles ni Venecia para mí, o al menos que la Venecia y el Nápoles habían de ser de otro corte muy distinto; pero, en el fondo, fue mi imaginación y no mi alma lo que allí te abandonó o por mejor decir te hizo traición. Ante la moral oficial no tengo defensa, pero tú y yo se me figura que vamos un poco para nihilistas en eso.

En fin, tú me has perdonado; tú me has estrechado contra el corazón prodigándome nombres dulces y cariñitos inefables; aquella pasión que yo creía amortiguada se ha revelado como la pasión que debe ser viva, ardiente y hasta absurda, divinamente absurda; tu absolución y mi franqueza, aunque tardía, siempre meritoria, me han reconciliado conmigo misma. Lo imposible y lo temible era que no nos viésemos, que suprimiésemos la comunicación, cuando nuestras almas se necesitan y se completan, y cuando nadie puede sustituir en ese punto a tu Porcia. No deseo ciertamente que me hagas una infidelidad, no; pero aun concibo menos que te eches una amiga espiritual, a quien le cuentes tus argumentos de novelas. A bien que

esto es imposible; ¿verdad, mi alma, que es imposible?

Ya veo que tuerces el hocico, pensando «aquí sale el cariño eterno y santo. Reniego de él». No es eso, fachita, no es eso. Es que estimo en ti lo que solo en ti se encuentra, sin dejar de saborear lo otro, que es mejor por ser tuyo. En prueba te abrazo fuerte, a ver si de una vez te deshago y te reduzco a polvo. En cuanto yo te coja, no queda rastro del gran hombre.

¿Me buscas casa? Creo que la gente de aquí no está alarmada todavía, y por lo mismo, chiquillo, conviene desalojar lo más pronto antes de que alguna chismosa o algún necio levante la liebre. ¡Cuánto tengo que agradecerte! Ya sé que con tu apoyo saldré bien de los casos difíciles en que mi destornillada cabeza (que solo tiene la mar de tornillos para tratar de Rabelais y de otras cosas estrafalarias) me ponga. A ver cómo vamos sorteando los escollos. El quererme a mí tiene todos los inconvenientes y las emociones de casarse con un marino o un militar en tiempo de guerra. Siempre doy sustos.

Por el camino he pensado una novela; pero no se titula *El hombre*; se tiene que titular (a ver si te gusta) *Titi Carmen*. Es la historia de una señora virtuosa e intachable; hay que variar la nota, no se canse el público de tanta cascabelera. *El hombre* de todos modos es muy buen título. He pensado también hacer una novela sobre el verdugo; el verdugo actual. ¿Qué opinas?

Y ¿por qué me quieres tanto, di, ratón? No lo merezco, bien lo sabes, aunque te quiero también mucho y muy hondo. ¿Qué haces? Mira que espero tus letras el sábado. No dijiste que los jueves me escribirías. Dime en qué te ocupas. No hagas conquistas, no te vengues en eso. Lo que te amo te basta, mira que yo en un minuto te puedo dar más bienes y más alegrías que nadie; sobre todo, a mí es a quien quieres; no lo olvides. ¿Cómo andas de sueño? ¿Y de comer? Te muerdo un carrillito y te doy muchos besos por ahí, en la frente y en el pelo y en la boca. Gracias por tus bondades todas, y no me destierres al fin de ese corazón mío.

«Las romanas nos han herido mucho
más que los romanos».

Théophile Gautier a la Presidenta

De viaje por Italia, el escritor romántico, Théophile Gautier (1811-1872) narra a su amiga, la Presidenta, conocida también como Apollonie Sabatier, sus aventuras eróticas, ficticias o vividas. Quién sabe dónde empieza la ficción y dónde acaba la realidad cuando de erotismo se trata.

1850

Florencia alberga a una puta única; reside con una honrada familia, en casa de un tapicero. Entras, pides una mesilla, un bidé o cualquier otro mueble de ese tipo, con aire fino y libidinoso, y te entienden. Pero esa pobre criatura está tan ocupada que hay que apuntarse con quince días de antelación; si se lavase, dejaría seco el Arno; aunque eso llevaría su tiempo. Solo se conceden a cada cliente seis movimientos por delante y seis por detrás; los que follan pagan el triple, según la duración del trasiego. Hay dos floristas muy atrevidas, muy provocadoras, que siempre parecen listas para echarse encima; pero la primera una vez echó un polvo durante el cual cogió una sífilis que aún tiene, según unos, y de la que ya se ha recuperado, según otros, pero que la hace más arisca para la monta que una mula desollada. La segunda está enamorada de un ladrón que la vuelve de una virtud inexpugnable. En cuanto a las mujeres decentes, es difícil follárselas, porque siempre llevan una cataplasma viril en el coño. El marido, el amante y el criado se suceden con escasa interrupción; hay que esperar una vacante, y permanecer al borde del coño, con la raíz en la mano, para plantarla en el momento en que la plaza queda libre, lo cual en raras ocasiones ocurre. También hay en Florencia un montón de contrahechas sospechosas, más o menos separadas de sus respectivos maridos, mujerzuelas escandalosas, Carcontes pasadas de moda, leonas de saldo, de reputación dañada, de matrices descolgadas, de vaginas con pesarios, espías rusas, literatas inglesas, lesbianas cuestionables y pederastas dudosas, donde cabría encontrar cobijo para el gusano, de compartir gustos con Balzac; pero, para eso, hay que ir, todos los días, a Le

Cascine, entablar conversación en el estribo de las calesas, vestido con el traje del primer pase de las Bouffes, los guantes blancos hasta los codos y las botas relucientes hasta el culo, con un aro metido en la uretra y un ramillete en el ojal; todo para limpiar un viejo cañón atascado, que ha disparado más de treinta mil veces.

En Roma se divierten con los curitas, pero las mujeres tienen un miedo espantoso a los sacerdotes y los purpurados viejos, que les meten el hisopo por el culo, rociándoles el interior del vientre de leche de predicador, el más escurridizo de todos, si creemos a Beroalde de Verville. Todas las putas deben estar casadas, si no acaban en la cárcel, y los fornicadores pagan trescientos francos de multa. La única industria de los romanos consiste en casarse con una muchacha hermosa, a la que prostituyen a los cardenales y a los forasteros. A pesar de esta apariencia decente, reina aquí una viruela espléndida, americana, tan pura como en los tiempos de Francisco I. El ejército francés, al completo, está rendido; los chancros estallan como obuses, la gonorrea brota a chorros purulentos y rivaliza con las fuentes de la plaza Navona; las llagas y verrugas cuelgan en franjas purpúreas, detrás de los zapadores, zapados en el trasero; las tibias se exfolian en exóstosis, como columnas de verde antiguo en una ruina romana; constelaciones pustulosas siembran de estrellas los deltoides del Estado Mayor; y, paseando por las calles, se ve a tenientes moteados como panteras, por roséolas, pecas, manchas de color café, excrecencias verrugosas callosas y criptógamas, y otros accidentes secundarios y terciarios, que aparecen al cabo de quince días. Se ve a los coroneles, e incluso a simples soldados, marchar al compás, con las piernas muy abiertas, teniendo por hernias monstruosas gonorreas en los huevos. Asemejan ladrones de calabazas, que se habrían escondido el botín en los pantalones. No hay verga derecha; se curvan todas en pliegues tortuosos, como la serpiente de mar de M. Jean Racine, o como el nabo que sirve de miembro a ese burro de Vacquérie (de 34 años de edad). Quinientas vergas han caído, y un millar de hombres preguntan a los capuchinos por los Invalides. Las romanas nos han herido mucho más que los romanos; una lástima, porque son sumamente hermosas, de una belleza pesada, compacta, masiva, pero incontestable.

Son enormes y parecen haber descendido de los pedestales del Museo. Sostendrían a veinte niños a un tiempo en sus caderas

robustas; harían falta corsés guarnecidos de hierro para contener sus pechos orgullosos.

«Ahora siento apetitos de bestias feroces,
instintos de amor carnicero y desgarrador».

Gustave Flaubert a Louise Colet

Flaubert pasa en una frase de esta carta a Louise Colet (1810-1876) del ocaso de su amor a estar desatado, furioso y lleno de una rabia que se transforma en un furor sexual sin parangón, un apetito de bestia carnal.

Sábado, 8 de agosto de 1846

Olvídame si puedes.

Arráncate el alma con las dos manos y pisotéala para borrar la huella que he dejado. Vamos, no te enfades.

No, te abrazo, te beso. Estoy loco. Si estuvieses aquí, te mordería; tengo ganas; yo, de cuya frialdad se burlan las mujeres y a quien le han dado la fama caritativa por no poder usarlas, tan poco las usaba. Sí, ahora siento apetitos de bestias feroces, instintos de amor carnicero y desgarrador; no sé si es amar. Quizá sea lo contrario. Quizá sea el corazón, en mí, el que es impotente... [...]

Siempre me digo que voy a hacerte daño, que sin mí tu vida no se habría visto turbada, que llegará el día en que nos separaremos (y me indigno por adelantado). Entonces la náusea de la vida me asciende a los labios, me doy un asco increíble a mí mismo y siento una ternura muy cristiana por ti.

Otras veces, ayer, por ejemplo, cuando hube cerrado mi carta, tu pensamiento canta, sonríe, se colorea y danza como llamas alegres que te envían colores tornasolados y una tibieza penetrante. El movimiento de tu boca cuando hablas se reproduce en mi memoria, lleno de gracia, de atractivo, irresistible, provocador; tu boca, toda

rosa y húmeda, que llama al beso, que la atrae hacia ella con una aspiración inigualable...

«Como la llama cuya vida es arder, encendida
y consumida en su propio fuego».

Leopoldo Lugones a Emilia Cadelago

La pantera de Lugones despierta y, atormentada de deseo, exige regalar su sangre a su leoncita: desatado, omnipotente, reclama a su amante el poeta desatado.

Octubre 24

Mi dulce amor:

[...] No me condenes al tormento del deseo, sería malo. Puede ser malo. Necesito tus caricias para no caer del todo en la sombra. El infierno es tu ausencia. No me hundas en él. Te lo suplico, te lo imploro con toda la desesperación de mi alma. [¡]Ven! La pantera amenaza romper su nudo. Aunque ahogo mis recuerdos con energía feroz, esto es cuestión de vida o muerte. Entiéndeme mi vida. No quiero forzarte a nada, pero la fatalidad se impone y me arrastra. Y tú eres también la fatalidad, porque eres la pasión y la belleza. No se puede volver de la muerte como tú volviste, sin que esto tenga consecuencias irreparables. Violentarlo ahora es provocar al destino. Nada, tampoco, se remedia con ello. La fuerza superior que tú has sentido en ti misma, no retrocede nunca. Pero puede matar. Matar el alma que es la verdadera muerte. No te llamo con ninguna hipocresía. Te habla en mi todo el hombre. El que tú llamas «divino» y el que fue en tu boca, que lo dijo así, lo que entonces dijiste agonizante y enajenada. Bajo aquel rayo de sol que doraba la melena de mi leoncita. Cuando la devoraba en mis brazos el ansia de la posesión integral en el sumo delirio en que beber es beberse bebida con un beso a la vez único y doble que sorbe la entrañas como la

llama cuya vida es arder, encendida y consumida en su propio fuego. Así te quiero, así fuiste mía, así eres mía, y será mía hasta la muerte que me diste y te di. «¡Me muero, mi alma! ¡Toma mi sangre!» ¿Te acuerdas? «¡Qué delicia! ¡Estoy toda en tu caricia mi divino! ¡Estoy agonizando!». ¿No gemía la tórtola rendida, los pichoncitos de amor, mientras la azucena se desbordaba en rocío? [¡]Tú rocío! [¡]Tú perla!

«Una sensación de deseo voluptuoso
de una fuerza fantástica».

Guillaume Apollinaire a Lou

En esta carta queda patente el hambre de Apollinaire por su amante, Lou, tanto por la real como por la mitificada por la ausencia. La guerra transforma su deseo en una fuerza delirante omnipotente. Poco le falta para sentirse un dios con su doncella, un sátiro mitológico.

[Navidad de 1914]

Lo que me cuentas sobre tu manera de tocarte toda la noche me ha alterado. He tenido una sensación de deseo voluptuoso de una fuerza fantástica. Te adoro, cariño mío. Te deseo. Me introduzco en ti con toda mi virilidad. Me tenso como el arco de Nemrod. Te estrecho y te estrujo entre mis brazos. Arrojo toda mi fuerza vital en ti. Tomo tus labios. Palpo tu bonito trasero dorado. Lo beso. Te bebo allí donde tu vello exquisito es un encaje delicado y sedoso, la blonda, encaje que me parece pasado de moda, pero me encanta. Cariño, te deseo tanto que rujo.

«De tu viril rostro parecían brotar chispas de fuerza,
agresivo como un león, violento y majestuoso».

Claretta Petacci a Benito Mussolini

Los calificativos que usa Claretta para describir la fuerza de su amante, Benito, recuerdan que de la guerra al amor hay solo un paso, y que lo mismo se exige (¿exigía?) de los amantes intempestivos: ser como leones enloquecidos.

2 de junio de 1936

Mi gran amor, te adoro. Qué hermoso estabas esta noche. De tu viril rostro parecían brotar chispas de fuerza, agresivo como un león, violento y majestuoso. Tu persona es como una única vibración contenida de vigorosa vida, de juventud maravillosa, y es tal la expresión indómita y ardiente de tu rostro, tal la sensación que causa de una formidable voluntad, que hace temblar. Es como una ráfaga, un vendaval de superioridad, de grandeza, de juventud que embiste, golpea y nos aturde hasta dejarnos inmóviles y admirados. Estoy emocionada, te veo como un gigante de belleza y de fuerza. Eres el triunfador de los hombres y de la vida.

[...] A los trece años, cuando aún lo ignoraba todo, ya te había abierto toda mi vida. Ahora respiro tu aliento, vivo sublimes instantes de ensueño a tu lado, y toda mi vida es tuya. [...]

Te amo, deseo que tus pequeños se curen pronto y que sonrías siempre.

16

INFIDELIDADES

«Me resolví a perder tu cariño confesando
un error momentáneo de los sentidos».

Emilia Pardo Bazán a Benito Pérez Galdós

En esta memorable carta de arrepentimiento por una infidelidad pasajera, Emilia Pardo Bazán hace uso magistral de las palabras al no pronunciar nunca el pecado cometido, y relacionarlo con su valentía al confesarlo. Sin embargo, la verdad no sigue el rumbo de esta carta y su relación se verá duramente afectada por este tropiezo.

Marzo 1919

Nada diré para excusarme, y solo a título de explicación te diré que no me resolví a perder tu cariño confesando un error momentáneo de los sentidos [...] Deseo pedirte de viva voz que me perdones, pues aunque ya lo has hecho, y repetidas veces, a mí me sirve de alivio el reconocer que te he faltado y sin disculpa ni razón.

«En el campo, sin duda, estaba allí
el amante de diecinueve años».

Napoleón Bonaparte a Josefina de Beauharnais

La correspondencia del emperador con Josefina está llena de quejas de él, centradas, quizá, en este reproche: pese a todas las tentaciones de la vida que seducen a la mulata y la apartan de Napoleón, es imposible que su amor no sea correspondido.

Albenga, 18 de germinal, año IV
7 de abril de 1796

Recibo una carta que interrumpes para ir, según dices, al campo; y después de eso tienes el valor de tener celos de mí, que estoy aquí abrumado por el trabajo y el cansancio. ¡Ah!, mi buena amiga… Lo cierto es que me he equivocado. El campo está precioso en primavera; y, además, sin duda, estaba allí el amante de diecinueve años. No hay forma de que pierdas un instante de más escribiendo a quien se encuentra a trescientas leguas de ti, no vive, no disfruta, no existe más que para tu recuerdo, que lee tus cartas como quien devora, tras seis horas de caza, un manjar que le encanta. No estoy contento. Tu última carta es fría como la amistad. No he encontrado en ella ese fuego que enciende tus miradas y que creí haber visto en ellas algunas veces. Pero ¡soy tan raro! Me parecía que tus cartas anteriores me oprimían demasiado el ánimo; la agitación que producían en él asaltaba mi descanso y controlaba mis emociones. Deseaba cartas más frías; pero estas me transmiten una gelidez mortal. El temor a no ser amado por Josefina, la idea de encontrarla inconstante, de… Pero me imagino aflicciones. ¡Hay tantas reales! ¡Como si hiciera falta inventarlas! No puedes haberme inspirado un amor sin límites sin compartirlo; y con tu alma, tu pensamiento y tu razón no se puede, a cambio del abandono y la abnegación, asestar el golpe mortal.

«Al enterarme de tu embarazo me dije:
"Pero si hace más de nueve meses que me fui"».

Napoleón Bonaparte a Josefina de Beauharnais

Inverosímil este comentario que Napoleón murmura al oído de Josefina, sin ni siquiera quejarse: más de nueve meses han pasado desde su último encuentro y ella está embarazada. Tener descendencia fue, sin embargo, el talón de Aquiles de Josefina, mayor que él. A pesar de su devoción y sumisión completa a su esposa, el emperador no tuvo más remedio que divorciarse, con el beneplácito de la Iglesia, para procrear y tener descendencia.

Plaisance, 20 del mes de floreal, año IV
[9 de mayo de 1796] a las 9 de la noche

Estás encinta, querida amiga, la idea me transporta de alegría...

Voy a confesarte un pensamiento: al enterarme de tu embarazo me dije: «Pero si hace más de nueve meses que me fui». Me perdonas, ¿verdad? A tus pies, muy contrito perdón mil besos todos sobre el pequeño vientre que abrazo: ten un pequeño varón que sea guapo como su madre y fiel como su padre.

«Libertad para ser infiel».

Carl Gustav Jung a Sigmund Freud

Este comentario, escrito como si nada en una carta a su mentor, Freud, cuya moralidad matrimonial no fue más ejemplar que la de su discípulo Jung (1875-1961), sorprende por su honestidad dogmática: ¡la infidelidad no es un accidente, sino el buen camino del amor matrimonial!

30 de enero de 1910

El prerrequisito para un buen matrimonio, me parece, es la libertad para ser infiel.

«A las mujeres, tanto como a los hombres,
les interesa que no haya infidelidad sobre el sexo».

Ralph Waldo Emerson a Walt Whitman

Reivindicación moral y feminista contra la infidelidad, esta carta del filósofo Ralph Waldo Emerson (1803-1882) al poeta de *Hojas de hierba*, Walt Whitman (1819-1892), con altura de miras exige la igualdad entre sexos en este asunto también.

Concord, Massachusetts, 21 de julio de 1855

Querido señor:

La infidelidad usurpa la mayor parte con fétido rostro educado; entre las demás, la infidelidad sobre el sexo. Por silencio u obediencia, las plumas de los sabios, poetas, historiadores, biógrafos y demás, han actuado durante mucho tiempo en connivencia con la sucia ley, y los libros han sido esclavos de ella, que lo que hace la hombría de un hombre, que el sexo, la condición femenina, la maternidad, los deseos, las animaciones lujuriosas, los órganos, los actos son innombrables y algo de lo que hay que avergonzarse, para ser llevados a la literatura con lo que les pertenezca. Hay que derogar esta sucia ley ya que se interpone en el camino de las grandes reformas. A las mujeres, tanto como a los hombres, les interesa que no haya infidelidad sobre el sexo, sino una fe perfecta. Las mujeres de Estados Unidos se acercan al día de esa igualdad orgánica con los hombres, sin la cual, veo, los hombres no pueden tener igualdad orgánica entre sí. Este plato vacío, galantería, se

llenará entonces de algo. Este tibio murmullo, este amor deferente diluido, como en las canciones, la ficción y demás, es suficiente para hacer vomitar a un hombre; en cuanto a la amistad varonil, que se puede observar por todo Estados Unidos, no hay rastro de ella que se pueda observar en forma impresa. Digo que el cuerpo de un hombre o de una mujer, el asunto principal, es hasta ahora bastante inexpresivo en los poemas; pero que el cuerpo debe ser expresado, y el sexo lo es. Por lo que respecta a la cuestión de los poetas de Estados Unidos, se trata de si deben celebrar en los poemas la eterna decencia de la amatividad de la naturaleza, la maternidad de todos, o de si serán los poetas de la ilusión de moda de la asquerosidad inherente del sexo, y de la débil y quejumbrosa modestia de la privación. Esto es importante en los poemas, porque todas las demás expresiones de una nación no son más que rebordes de sus grandes poemas. Para mí, de aquí en adelante, esa teoría de que cualquier cosa, no importa cuál, se estanca en sus entrañas, cobarde y podrida, mientras no pueda aceptar públicamente, y nombrar públicamente, con palabras concretas, las cosas de las que depende toda existencia, toda alma, toda realización, toda decencia, toda salud, todo por cuanto vale la pena estar aquí, la mujer y el hombre en su totalidad, toda belleza, toda pureza, toda dulzura, toda amistad, toda fuerza, toda vida, toda inmortalidad. Se puede probar el alma valiente durante un año o dos por la fe en el sexo, y por desdeñar las concesiones.

Para poetas y literatos, para toda mujer y todo hombre, hoy o cualquier día, las condiciones del presente, las necesidades, los peligros, los prejuicios y demás, representan las perfectas condiciones en las que estamos aquí, y las condiciones para reformular el futuro con palabras indiscutibles.

Estos Estados, receptores de la resistencia de épocas y tierras pasadas, inician las líneas generales de la sustitución multiplicada por mil. Van a buscar a los grandes maestros estadounidenses, esperados por mundos antiguos y nuevos, que aceptan el mal tanto como el bien, la ignorancia tanto como la erudición, el negro tanto como el blanco, los materiales extranjeros tanto como los naturales, no rechazan ninguno, fuerzan las discrepancias dentro del rango, rodean el conjunto, los concentran en períodos y lugares presentes, muestran la aplicación a cada uno de los cuerpos y almas, así como

el verdadero uso de los precedentes. Estados Unidos siempre será agitado y turbulento. Hoy está tomando forma, no para serlo menos, sino para serlo más, de forma tormentosa y caprichosa, sobre principios nativos, ¡con tan vastas proporciones de partes! En cuanto a mí, me encantan los gritos, la lucha, los días de calor intenso.

«¿Debe de pensar vuesa merced que
es solo cornudo en España?».

Francisco de Quevedo, de un cornudo a otro

Esta carta poco conocida de Francisco de Quevedo (1580-1645), publicada en *Obras jocosas y festivas*, ilustra tanto su guerra literaria contra el culteranismo y su máximo representante, Góngora, como una muestra magistral de la originalidad de su pensamiento y pluma acerba.

[1626]

Siempre fui, señor licenciado, de opinión que a los hombres que se casan los habían de llevar a la iglesia con campanillas delante como a los ahorcados, pidiendo por el ánima del que sacan a ajusticiar y habiendo de llevar teatrinos que los animasen. Más después que he visto esta materia de los maridos cuán en su punto está, soy del parecer que es el mejor oficio que hay en la república teniendo por acompañado el ser cornudo, gracias a Dios, que nos ha dejado ver tiempo en que es calidad y estoy sentido y aun avergonzado de parte de los que lo son de ver, que vuesa merced ande escondiéndose como afrentado de serlo. No me espanto que ahora es vuesa merced cornicantano y realmente se hallará atajado aunque se librará, con los besamanos y el ofrecerse: vuesa merced se hará a las armas como todos, y se comerá las manos tras ellos.

Por estas hierbas cumplo veintisiete años y siete días de cornudo y le prometo a vuesa merced que, mediante Dios, me ha dado mil

vidas. Bien sé yo, lo que más sentirá vuesa merced es lo que quedarán diciendo cuando pase por las calles. No se le dé un cuerno aunque le sobren muchos que si da en sentirlo se podrirá y así hágalo gracia y si oyere tratar de muchos en algún corrillo diga de ellos peor y más mal que todos, que nosotros así lo hacemos y engordamos. Y esté cierto que nadie puede, aunque sea hombre de bien, decir mal de cornudos, porque nadie dice mal de lo que hace.

¿Debe de pensar vuesa merced que es solo cornudo en España? Pues ha de advertir que nos damos acá con ellos y que se trata que como oficios se les señales cuarto aparte y calle, como hay lencería y pescadería, haya cornudería. No sé si hallará sitio capaz para todos. Dichoso vuesa merced que es cornudo solo en ese lugar, donde es fuerza que todos acudan, y no aquí que nos quitamos la ganancia los unos a los otros, tanto que si no se hace saca de cornudos para otra parte se ha de perder el lugar.

¿Cómo piensa que está recibido esto de cornudar? Pues ya se hace inquisición para casarse uno, que después de darles el dote se obliga a hacerse cornudo dentro de tanto tiempo y el marido escoge el género de gente con quien mejor le está: extranjeros, seglares o eclesiásticos, y ha de llegar el tiempo en que han de usarse en España conmaridos y se ha de llamar Junta de dos desposados y vacadas los barrios, aunque la sobra de mujeres se ha cogido tanto cornudo estos años que valen a huevo. Y es un gran señor de la profesión, que antes, cuando había en una provincia dos cornudos, se hundía el mundo, y ahora, que no hay hombre bajo que no se meta a cornudo, que es vergüenza que no lo sea ningún hombre de bien, que es oficio que si el mundo anduviera como había de andar se había de llevar por oposición como cátedra y darle al mas suficiente o, por lo menos, no había de poder ser cornudo ninguno que no tuviese su carta de examen aprobada por los protocornudos y amurcones generales. Haríanse mejor las cosas y sabrían los tales cofrades del hueso lo que habían de hacer. No hay cosa más acomodada que ser cornudo porque cabe en el marido, en el hermano, en el padre, en el amigo. Al letrado no le estorba el estudiar, antes le da lugar a la lección. ¿Cómo curaría ni visitaría el médico si estuviese siempre sobre su mujer y no diese lugar al cuerno? Él da lugar a los oficiales para su trabajo y a nadie estorba. Pues en cuanto a honra: ¿quién no le regala?, ¿quién no le asienta en su mesa?, ¿quién no le presta ni le

da? Pues si miramos a el provecho de la república, si no tuviera cornudos ¿qué hubiera de muertes, de escándalos y putos? Todo esto estorba uno de nosotros a quien llaman hombre de buena masa. Y realmente nosotros conforme a buena justicia siempre tenemos razón para ser cornudos, porque si la mujer es buena, comunicarla con los próximos es caridad y si es mala, es alivio propio. En otro tiempo eran menester razones, mas ya está tan negro el calificado que son escusadas las autoridades, porque, aunque es verdad que en el primitivo cuerno hubo alguna incomodidad y pesadumbre ahora está esto muy asentado porque todas las cosas que han hecho mudanza y más ahora que hay casta de cornudos, como de caballos y está acreditado este oficio que verá vuesa merced que están aguardando a una puta ducientos dueños para cogerla como arrebatiña y alto a casar.

He oído decir el otro día que se trataba de hacer cornudos reales, como escribanos y repartirlos por las calles para el buen despacho, con su rótulo encima como curiales, que diga: «aquí se despacha para Génova, Roma, Francia». No sé si pasará adelante, como también la nueva institución que me acaban de decir se trata para moderar las sedas, cadenas, diamantes y trencillos que gastan. De todo avisaré a vuesa merced como quien tan a pecho toma nuestra estimación o imitación.

Vuesa merced se honre mucho y coma de todo y hable con todos y disimule y verá qué bendiciones me echa. Y entre tanto, para entretener y aprovecharse lea este discurso intitulado El siglo del cuerno y mándeme cosas de su servicio.

A vuestra mujer beso la mano en habiendo vacante.

«Ya me gustaría seguir estando en ese día».

Alejandro Dumas, hijo, al comandante Rivière

Alejando Dumas, hijo (1824-1895), el autor de la gran novela sobre una cortesana, *La dama de las camelias*, narra en esta carta un recuerdo imborrable, cuando por primera vez una mujer casada se entregó al joven adolescente en su buhardilla.

En 1871

Hoy hace veintiocho años, a la hora a la que os escribo (dos y media), la hermosa señora Pradier llegó a mi casa por primera vez ataviada con un vestido de seda blanca con ramos de flores bordados, con el chal a juego y un sombrero de paja de arroz. Yo tenía dieciocho años. Salía del colegio. Era la primera vez que eso que llaman una mujer de mundo franqueaba el umbral de mi cuarto en la planta. Ya lo veis venir. Era notablemente hermosa: cabellos de oro, ojos de zafiro, dientes de perla, dedos rosas doblados y un ligero vello entre los senos… Debo decir que no perdió el tiempo y se desnudó completamente, lo que quiere decir que carecía de cualquier defecto físico o pudor moral. Cuando empezamos a retozar, el vecino de abajo se puso a tocar el violín. Esta hermosa y honesta dama, como decía Brantôme, suspendió entonces los movimientos a los cuales se entregaba y que le eran familiares, y me dijo: «Sigamos el ritmo». Desde ese momento, fue en constante progresión e hizo tanto que tengo derecho a nombrarla y contarte ese detalle. ¡No importa! Ya me gustaría que siguiese siendo ese día…

«Hoy como antes daría mi vida
y alma por ti, mi noble Luis».

Lola Montes a Luis I de Baviera

La muy afamada Lola Montes, bailarina y cortesana, se convirtió, nada más conocerse, en la amante de Luis I de Baviera, quien la elevó al título de condesa. Provocando celos y calumnias, esta mujer extraordinaria que supo encontrar el éxito donde fuera y que acabó su vida en Estados Unidos, donde quiso dar un golpe de Estado, defiende en esta carta su moralidad intachable y su fidelidad al príncipe.

[c. 1848]

Nadie me ha *besado*[6] nunca en Múnich, excepto tú [...] puedes acusarme, esa es la verdad; cualquiera puede decir lo contrario, pero como que Dios está en el cielo que es falso. Tengo la conciencia limpia. Si muriera hoy, mis últimas palabras serían que tú (desde la muerte de Dujarier) eres el único hombre al que realmente he amado y cuidado, hoy como antes daría mi vida y alma por ti, mi noble Louis [...] escúchame, son las palabras de la sangre más pura del fondo de mi corazón y toda persona tiene sentimientos sagrados —todo lo que tengo es mío para ti—. Que la santísima Virgen María ayude a tu corazón para que me creas. La necesito [...]. No creo que los jesuitas se hayan olvidado de mí; una vez que están contra ti es para toda la vida, en todas partes, siempre.

17

VARIACIONES SOBRE LA NADA: ABSTINENCIA, SIN DESEO, ENFERMEDAD, SEPARACIÓN, A TENTACIÓN DE LA NADA

ABSTINENCIA

«El sexo me pareció inútil como base
para las relaciones permanentes».

George Bernard Shaw a Frank Harris

En esta carta brillante a su biógrafo, el Premio Nobel de Literatura George Bernard Shaw (1856-1950), rechazando el vínculo que pueda unir, según Freud y demás, la intimidad a la vida creativa, y la sexualidad a la persona misma, hace una defensa apasionada de la castidad, alegato soberbio a favor de la asexualidad.

24 de junio de 1930

En primer lugar, oh, biógrafo, ten claro que no puedes aprender nada de tu personaje (o biografiado) a partir de un mero registro de sus cópulas. No contamos con ese registro en el caso de Shakespear [*sic*], y sí con uno bastante completo durante algunos años en el caso de Pepys; pero sabemos mucho más sobre Shakespear [*sic*] que sobre Pepys. La explicación es que la relación entre las partes en la cópula no es personal.

Puede ser deseada de forma irresistible y ejecutada con entusiasmo entre personas que, de otro modo, no se soportarían mutuamente ni un solo día en ninguna otra clase de relación. Si te contara cada una de las aventuras de las que he disfrutado, no sabrías nada de mi historia personal, ni siquiera de mi historia sexual. Sabrías lo que ya sabes: que soy un ser humano.

Si tienes alguna duda sobre mi virilidad, apártala de tu mente. No era impotente; no era estéril; no era homosexual; y era extremadamente susceptible, aunque no de forma promiscua. También carecía por completo de la neurosis (según me parece) del pecado original. Nunca asocié las relaciones sexuales con la delincuencia. Siempre asocié el sexo con el placer, y no tenía escrúpulos ni remordimientos ni reparos de conciencia. Por supuesto que tenía escrúpulos, y además, efectivamente, inhibitorios, porque no quería meter a ninguna mujer en problemas (o más bien no quería dejar que se metieran en problemas conmigo), ni poner los cuernos a mis amigos; y entendía que la castidad puede ser una pasión como lo es el intelecto; pero san Pablo fue para mí siempre un caso patológico. La experiencia sexual me parecía una culminación necesaria del crecimiento humano; y no me atraían las vírgenes como tales. Prefería a las mujeres que sabían lo que hacían. [...] Viví, virgen como un continente, hasta los veintinueve años... Desde entonces hasta mi matrimonio, siempre hubo alguna señorita a mi disposición; y probé todos los experimentos y aprendí lo que había que aprender de ellos... El sexo me pareció inútil como base para las relaciones permanentes, y nunca soñé con el matrimonio en relación con él. Antepuse todo lo demás, y nunca rechacé o rompí un compromiso para hablar de socialismo y pasar así una velada galante. Me gustaba el sexo por su asombroso poder de producir un torrente celestial de emoción y exaltación de la existencia que, aunque fuera momentáneo, me regalaba una muestra de lo que un

día podría ser el estado normal de la humanidad en el éxtasis intelectual.

SIN DESEO

«El hombre al que amo con un amor absolutamente casto y maternal».

George Sand a Wojciech Grzymała

Mujer de armas tomar, indomable y determinada, George Sand coleccionó amantes famosos hasta encontrar al final de su vida el gran amor con un humilde campesino. Su amorío con Frédéric Chopin (1810-1849), conocido por su estancia en Mallorca, escondía un secreto: la enfermedad del compositor le impidió, supuestamente, tener relaciones íntimas con la escritora durante los siete años que duró su amor.

12 de mayo de 1848

El mal que corroe a ese pobre ser [Chopin] tanto en el plano físico como en el moral me mata desde hace mucho tiempo, y lo veo irse sin haber podido hacerle bien nunca porque la causa principal de su tristeza es la afección nerviosa, celosa y desconfiada que sufre. Hace siete años que vivo como una virgen con él y los demás, y estaba tan cansada de pasiones y desilusionada sin remedio que he envejecido antes de tiempo incluso sin esfuerzo ni sacrificio.

Si una mujer en la Tierra debía inspirarle la confianza más absoluta, esa era yo, y no lo comprendió nunca; y sé bien que la gente me acusa, unos de haberlo agotado con la violencia de mis sentimientos, otros de haberlo desesperado con mis despropósitos. Creo que tú sabes lo que ocurre. Él se queja de que le he matado por privación, mientras que yo estaba segura de matarlo si actuaba de

otra forma. Mira cuál es mi situación en esta amistad funesta, en la que me he convertido en su esclava en todas las circunstancias posibles, sin demostrarle una preferencia imposible y culpable por encima de mis hijos (circunstancias en las cuales el respeto que debía inspirar a mis hijos y a mis amigos ha sido tan delicado y tan importante conservarlo).

En ese sentido, he obrado prodigios de paciencia de los que no me creía capaz; yo, que no tenía naturaleza de santa como la princesa [la princesa Anna Czartoryska, la joven esposa del príncipe Adam]. He alcanzado el martirio; pero el cielo es inexorable en mi contra, como si tuviese grandes crímenes que expiar, porque, en medio de todos esos esfuerzos y sacrificios, el hombre al que amo con un amor absolutamente casto y maternal se muere víctima de su apego insensato hacia mí. Dios quiera, en su bondad, que al menos mis hijos sean felices.

«No siento ninguna atracción física por ti».

Virginia Woolf a Leonard Woolf

Leonard Woolf (1880-1969) fue para Virginia Woolf (1882-1941) quien la supo cubrir de un inmenso amor, un cuidado contra la llamada de la locura, que finalmente acabó con su vida, y una persona que, mediante la creación de la editorial Hogarth Press para que hiciera actividades manuales, o aceptando la relación de ella con otras mujeres, la ayudó a sobrevivir a los traumas de su infancia como niña maltratada, y a vivir y a crear con la mayor serenidad. Pero este matrimonio se fundamentó, tal como lo cuenta la propia Virginia, en la ausencia de deseo sexual por parte de la escritora y en una nula vida íntima entre ambos.

1 de mayo [de 1912]

Mi querido Leonard:

Veamos los hechos primero (tengo los dedos tan fríos que apenas

puedo escribir). Estaré de vuelta mañana sobre las siete, así que tendremos tiempo de hablar… Pero ¿qué significa esto? Supongo que no puedes disfrutar del permiso si ciertamente tienes pensado renunciar al final de este. De cualquier modo, ¡esto demuestra la carrera que estás arruinando!

Bueno, pues, en cuanto a todo lo demás…, me parece que te estoy haciendo sufrir mucho —algunas veces sin querer— y, por lo tanto, debo ser tan clara contigo como me sea posible, porque sospecho que la mitad del tiempo estás envuelto en una niebla que yo ni siquiera veo. Por supuesto que no puedo explicar lo que siento; son algunas de las cosas que me impresionan. Las ventajas obvias del matrimonio se interponen en mi camino. Me digo a mí misma: «De todos modos, serás muy feliz con él; y él te proporcionará compañía, hijos y una vida ocupada». Entonces me digo: «Por Dios, no consideraré el matrimonio una profesión». Los pocos que saben de esto lo consideran adecuado; y eso me hace escudriñar aún más mis propios motivos. Luego, por supuesto, a veces me enfado por la fuerza de tu deseo. Es posible que el que seas judío también tenga que ver con esto. Pareces tan extraño. Y entonces me siento terriblemente inestable. Paso del calor al frío en un instante, sin ningún motivo; salvo que creo que el puro esfuerzo físico y el agotamiento influyen en mí. Todo lo que puedo decir es que, a pesar de estos sentimientos que me persiguen todo el día cuando estoy contigo, hay un sentimiento que es permanente, y que crece. Quieres saber, por supuesto, si eso hará que me case contigo. ¿Cómo decirlo? Creo que sí, porque no parece haber ninguna razón para no hacerlo… Pero no sé qué me deparará el futuro. Tengo un poco de miedo de mí misma. A veces siento que nadie tiene o puede compartir nada. Eso es lo que te lleva a compararme con una colina o una roca. De nuevo, lo quiero todo: amor, hijos, aventura, intimidad, trabajo. (¿Tiene algún sentido para ti esta divagación? Escribo una cosa tras otra). Así que paso de estar medio enamorada de ti, y de querer que estés conmigo siempre, y de que lo sepas todo de mí, al extremo del desvarío y el retraimiento. A veces pienso que, si me casara contigo, podría tenerlo todo, y, entonces, ¿es el aspecto sexual lo que se interpone entre nosotros? Como te dije cruelmente el otro día, no siento ninguna atracción física por ti. Hay momentos —cuando me besaste el otro día fue uno de ellos— en los que no siento más que

una piedra. Y, sin embargo, el hecho de que sientas cariño por mí como lo haces casi me abruma. Es tan real, y tan raro. ¿Por qué interesarte por mí? ¿Qué soy en realidad sino una criatura agradable y atractiva? Pero es precisamente porque me tienes tanto cariño por lo que siento que debo sentirlo yo también antes de casarme contigo. Siento que debo dártelo todo y que, si no puedo hacerlo, bueno, el matrimonio solo sería una opción secundaria tanto para ti como para mí. Si pudieras seguir, como antes, y dejar que encuentre mi propio camino, eso me complacería sobremanera; ambos tendríamos que arriesgarnos, entonces. Pero también me has hecho muy feliz. Los dos queremos un matrimonio que sea algo tremendamente vivo, siempre vivo, siempre cálido, no muerto y cómodo en algunos aspectos como la mayoría de los matrimonios. Le pedimos mucho a la vida, ¿no te parece? Quizá lo consigamos; entonces, ¡qué espléndido!

No se dice mucho en una carta, ¿verdad? No he tocado la gran cantidad de cosas que han sucedido por aquí, pero pueden esperar…

Tuya.

ENFERMEDAD

«Pues no he tenido ningún tipo de relación sexual».

Lawrence Sterne a Eliza

Secreto del escritor Lawrence Sterne (1713-1768), autor de Vida y opiniones del caballero *Tristram Shandy*: un accidente, autoprovocado, le impidió disfrutar de relaciones íntimas con su mujer, Eliza, durante los últimos quince años.

[24 de abril de 1767]

[Estoy] tan enfermo que no he podido escribir una palabra en toda la mañana; no más que «¡Eliza! Me despido de ti. Me voy; estoy un poco mejor».

Por lo tanto, no me iré, como he comprendido: esta mañana me encuentro un poco mejor, y mis síntomas se han vuelto más leves, tras una noche tranquila y aceptable. [...] El daño que me hice fue al tratar el resfriado con el polvo de James, que cayó, debes saber, en la peor parte que podía caer —la más dolorosa y peligrosa de todo el cuerpo humano—. Fue durante esta crisis cuando opté por llamar a un cirujano competente y con él vino un médico competente (ambos amigos míos) para que inspeccionaran mi desastre. «¡Es algo venéreo!», gritaron mis dos amigos científicos. «Esto es imposible», respondí, pues no he tenido ningún tipo de relación sexual —«Ni siquiera con mi esposa», añadí— en estos quince años.

SEPARACIÓN

«¿Es cierto, dime, que el placer
puede arrancarme gritos?».

Marie Dorval a Alfred de Vigny

La eterna espera causada por la separación de los amantes, para la que la correspondencia puede ser de ayuda, pero no reemplazar el contacto real, lleva a Marie a pedir todos los placeres que pueda otorgarle la boca de su amante, Alfred, para que los gritos exhiban y despierten la potencia sexual que lleva dormida en ella.

Marsella, domingo 16 de octubre de 1836

Quiero volver a verte. Me subiré a la silla de posta, dejaré el coche y a Caroline y a Victorine en Lyon e iré a verte. Me quedaré

dos días contigo. Te miraré. Veré si tus ojos tienen las mismas miradas para mí. Responderé a todas tus preguntas. Sanaremos nuestros dos pobres corazones uno contra el otro. Nos concederemos todas nuestras caricias, me concederás todos mis placeres con tu boca. Mi querido Alfred, ¡hace tanto tiempo que no tengo ninguna alegría! ¿Es cierto, dime, que el placer puede arrancarme gritos? ¿Albergo ese poder en mi interior? Oh, mi querido Alfred, necesito verte, necesito que tu voz y tu sangre me hagan revivir.

LA TENTACIÓN DE LA NADA

«De ahí que durante varios años huyera sistemáticamente de la compañía de las mujeres».

Gustave Flaubert a Louise Colet

El esplín de Flaubert, casi una tara de nacimiento, aparece con claridad en esta carta a Louise Colet, quien supo despertar de su letargo y sacrificio por la literatura, durante una temporada, a su joven escritor. Entre el amor, la literatura y la nada, pronto el ermitaño de la escritura decidirá de nuevo entregarse al papel.

Viernes, 22 horas, 18 de septiembre de 1846

Lo que siempre me distinguió, en todas las formas de ver la vida, de los demás hizo que siempre (¡y no lo suficiente, por desgracia!) me encerrase en una aspereza solitaria de la que nada salía. Me humillaron tantas veces, escandalicé tanto, hice gritar de tal manera que hace ya mucho tiempo llegué a reconocer que para vivir tranquilo hay que vivir solo y condenar todas las ventanas por temor a que nos llegue el aire del mundo.

Aún conservo, a mi pesar, alguna cosa de ese hábito. De ahí que

durante varios años huyera sistemáticamente de la compañía de las mujeres. No quería trabas en el desarrollo de mi principio natural, nada de yugos, nada de influencias.

Había acabado por no desear nada en absoluto. Vivía sin las palpitaciones de la carne y del corazón, y, sin darme cuenta, solamente de mi sexo. Tuve, ya te lo he contado, casi de niño, una gran pasión. Cuando se acabó, quise hacer dos partes, colocar por un lado el espíritu, que guardaba para el arte, y por el otro el cuerpo, que debía vivir sin importar cómo. Entonces llegaste tú y lo trastocaste todo. ¡Y he aquí que entro en la existencia del hombre!

Sábado, 8 de agosto de 1846

En cuanto a lo que de ordinario afecta más a los hombres, y para mí es secundario, el amor físico, siempre lo he separado del otro. El otro día te vi burlarte al respecto hablando de ****; era mi historia. Eres la única mujer a la que he amado y a la que he tenido. Hasta entonces acudía a aplacar en otras los deseos despertados por otras. Tú has hecho mentir a mi sistema, a mi corazón, a mi naturaleza quizá, la cual, incompleta también, busca siempre lo incompleto. Amé a una desde los catorce años hasta los veinte, aunque no se lo dije ni la toqué; a continuación, pasé cerca de tres años sin sentir mi sexo. En un momento dado, creí que moriría así; daba gracias al cielo. No quería tener ni cuerpo ni corazón, o más bien quería diñarla, porque el aspecto que tengo ahí abajo es de un ridículo exagerado. Ahí está lo que me vuelve desafiante y tímido.

III

TRAS EL FULGOR DEL COMETA ERÓTICO



Eros pasó y no dejó nada, a nadie intacto: todo cambió. Tras la unión de los cuerpos, el mundo y la vida han cambiado, para bien o para mal. Repaso de los panoramas posibles después de...

1

IMPASES Y PROBLEMAS: DESENCUENTROS, FIASCO, PRIMERA VEZ, REGUGNANCIA CONYUGAR, GÉNERO EQUIVOCADO Y DISCAPACIDAD

DESENCUENTROS

«Me reprochaste no haber sabido
nunca darte los placeres del amor».

George Sand a Alfred de Musset

George Sand y Alfred de Musset tuvieron un final de romance espectacular: su viaje de amor en Venecia se transformó primero en pesadilla al caer enfermo el poeta, y en final de partida grotesco, pues la escritora se enamoró del médico que acudió a atenderlo, Pietro Pagello. Estas circunstancias escondían otro malestar más profundo en su relación, que era más maternal que pasional, casi incestuosa, como confiesa Sand en esta carta.

Venecia, 15 y 17 de abril de 1834

No creas, no creas, Alfred, que pueda ser feliz con la idea de haber perdido tu corazón. Que fuera tu amante o tu madre poco importa. Que te inspirara amor o amistad, que fuese feliz o infeliz contigo, todo eso no cambia en absoluto mi estado anímico en este momento. Sé que te amo y eso es todo...

¡Lástima! No. No fue culpa nuestra. Nosotros seguimos nuestro destino, y nuestro carácter, más áspero, más violento que los de los demás, nos impedía aceptar la vida de los amantes corrientes.

Tienes razón, nuestro abrazo era un incesto, pero nosotros no lo sabíamos. [...] Me reprochaste, un día de fiebre y delirio, no haber sabido nunca darte los placeres del amor. Entonces lloré y ahora he aceptado que había algo de cierto en ese reproche.

He aceptado que esos placeres fueron más austeros, más velados que los que encontrarás en otra parte. Al menos no te acordarás de mí en los brazos de otras mujeres.

FIASCO

«Le fallé completamente, fiasco absoluto».

Stendhal a Prosper Mérimée

Stendhal, con su franqueza proverbial y su gusto absoluto por la verdad, sin pudor ni vergüenza alguna, le confiesa a su amigo Mérimée una mala pasada que le jugó su cuerpo: el espectro de la impotencia que se apoderó contra todo pronóstico de él, al que calificó, con su estilo elegante, de «fiasco», expresión que se quedará para la posteridad para estos gatillazos íntimos.

21 de junio de 1832

El amor me concedió, en 1821, una virtud muy cómica: la castidad.

Me encontré a Alexandrine en la cama, algo cansada, casi vestida y exactamente en la misma posición que la duquesa de Urbino, de Tiziano. [...] Estaba adorable, no he visto nada tan bonito. No había demasiado libertinaje, excepto en los ojos, cuya mirada fue volviéndose poco a poco enloquecida y, si se quiere, apasionada.

Le fallé completamente, fiasco absoluto. Ofrecí una compensación, a la que ella se prestó. Sin saber muy bien qué hacer, recurrí a un juego de manos que ella rechazó. Parecía sorprendida, le dediqué algunas palabras bastante bonitas para mi posición y salí.

PRIMERA VEZ

«Me puse, por tanto, sobre ella, pero no salió nada».

Luis I de España a su padre, Felipe V

Deber filial doblemente cumplido, esta carta de Luis I (1707-1724) a su padre, Felipe V (1683-1746), muestra abiertamente los esfuerzos de los príncipes herederos, algo perdidos y desamparados, por cumplir con su copulación real, sin pudor ni saber hacer.

[21 de enero de 1722]

Ayer por la noche dije a la princesa lo que V. M. me dijo, y ella me respondió que tampoco sabía lo que había que hacer, puesto que no la habían informado más que a medias. Me puse, por tanto, sobre ella, pero no salió nada; quiero que usted me responda primero y que me diga si hay que estar mucho tiempo sobre la princesa y cómo tenemos que hacer los dos, y también si yo podría hacerle eso esta

noche, pues ella tiene una mejilla muy colorada e inflada. Dios quiera que no sea nada. Respondedme, os lo ruego, lo más rápidamente posible, pues aguardo la respuesta.

REPUGNANCIA CONYUGAL

«He hecho lo imposible, querido tío, por vencer la repugnancia que me ha inspirado».

El marqués de Sade a su tío

Esta carta quizá desvele el secreto de los secretos que explica, sin excusar ningún delito ni crimen, el marqués de Sade; la llave oculta por lo menos de su vida: casado por conveniencia entre las familias interesadas, su esposa le producía una profunda repugnancia. Solo en las penurias consiguió sentir algo por ella; mientras tanto, derrochó su vida en aventuras, blasfemias y libertinajes que lo llevarían a ser el preso más célebre del siglo XVIII francés.

[París, septiembre de 1765]

Sus reproches son muy duros, querido tío, y le juro que no me los esperaba. [...]

Sí, sin duda sería mucho más feliz si amase a mi mujer, pero no soy dueño de ese sentimiento. He hecho lo imposible, querido tío, por vencer la repugnancia que me ha inspirado desde el primer momento, pero nunca lo he conseguido. Nadie sabe mejor que usted cómo me casé, en qué circunstancias. ¿Era momento de desdecirme cuando llegué a París? Todos los preparativos estaban hechos, el rey había firmado sin la presencia del pretendiente, algo inusitado, ¡y todo París fue testigo! Así que hice lo que en verdad un hombre honrado no debería hacer jamás: mi boca prometió lo que mi

corazón no podía cumplir y, aunque no me consideraba comprometido, porque no lo estaba más que por la forma, pensé que todo mi deber consistía en ocultar mis verdaderos sentimientos. Casi abusé de mí mismo, y la obligación de ser falso, aletargando los verdaderos sentimientos de mi corazón, hizo que durante un instante mi deber me resultara demasiado pesado. Disimulando el odio, harto de pasar tanto tiempo constreñido y de llevar dos años diciendo «te quiero» sin pensarlo; buscaba pensarlo por el placer de decirlo.

GÉNERO EQUIVOCADO

«Te quiero, pero no como tú
deseas que te quiera».

Dora Carrington a Mark Gertler

Dora Carrington (1893-1932), pintora y decoradora inglesa, vinculada al grupo de Bloomsbury, tuvo dos relaciones sentimentales con hombres gais: el escritor Lytton Stratchey y el artista Mark Gertler (1891-1939). Esta carta expone la dificultad de un amor sin intimidad o con una intimidad mínima, casi accidental, dolorosa.

Hurstborne Tarrant
16 de abril de 1915

«EN LA SIGUIENTE CARTA QUE ESCRIBAS, SEA CUANDO SEA, NO MENCIONES NUESTROS PROBLEMAS SEXUALES, ETC., ETC., ETC.: ESTOY HARTA DE ELLO. SOLO ESCRIBE Y HÁBLAME DE TI Y DEL PAÍS, COMO SIEMPRE. Y SI ALGUNA VEZ TE ESCRIBO SOBRE ELLO, POR FAVOR, HAZ CASO OMISO. NUESTRA AMISTAD NO ES PEOR NI MEJOR QUE CUALQUIER OTRA. SIEMPRE NOS INTERESAMOS EL UNO POR EL OTRO; ESO ES SUFICIENTE. ¿POR

QUÉ DEBERÍAMOS PREOCUPARNOS? SIMPLEMENTE QUIERO TU AMISTAD Y COMPAÑÍA MÁS QUE NADA EN EL MUNDO».

Escribiste estas líneas hace solo una semana, y ahora me dices que te comportaste como un «histérico y un hipócrita». Cuando me hablaste de ello en casa de Gilbert y dijiste que te encantaba mi amistad, ¿también estabas siendo histérico e hipócrita? Sí, ya sé que tu verdadero amor es «hermoso, no bajo». No creas que alguna vez dudé de ello.

Solo que no puedo amarte como tú quieres. Debes saber que no es posible mantener lo que pides, una relación sexual, a menos que uno ame el cuerpo de un hombre. Nunca he sentido ningún deseo de esa clase en mi vida; te escribí hace solo cuatro meses y te lo conté todo, dijiste que no querías que te hiciera caso cuando volvieras a escribir; si no fuera porque me acabas de pedir que te hable con honestidad y sin rodeos, no debería estar escribiéndote. Te quiero, pero no como tú deseas que te quiera. Una vez me hiciste el amor en tu estudio, ¿te acuerdas?, ya hace muchos años. Algo que jamás podré olvidar, me hizo sentir avergonzada, sucia. ¿Puedo evitarlo? Ojalá pudiera. No creas que me alegro de ser asexual y que soy feliz por ello. También me causa dolor. Cuando sientas que quieres mi amistad y compañía, siempre estará aquí. Ya lo sabes. Es todo lo que puedo decir.

«Recuerda que lo sacrificaría todo por ti, mi vida, si me lo pidieras».

Escribes esto, pero no puedes sacrificar algo menos que tu vida por mí. No te lo pido. Pero me haría feliz si pudieras. No te enfades conmigo por haber escrito como lo he hecho. Y, por favor, no escribas de vuelta. No hay nada más que decir. A menos que puedas hacer este único sacrificio por mí. Haré todo lo que pueda para ser digna de él.

DISCAPACIDAD

«No tengo nada que ofrecerte salvo mi felicidad».

Jöe Bousquet a Ginette

El poeta francés Jöe Bousquet (1897-1950) recibió un disparo al final de la Primera Guerra Mundial que lo dejó paralítico; de ahí en adelante su vida transcurrió entre las cortinas de su habitación de Carcasona y dedicado a su obra poética. El quedarse impotente no le impidió tejer relaciones sentimentales —reales o fantaseadas—, como la que relata en esta carta sobrecogedora, donde deja una idea de la intimidad de una persona con discapacidad.

Martes por la noche

Querida mía:

En el momento en que te escribo esta noche, me cuestiono a mí mismo, y lo único que encuentro tras la emoción que me empuja hacia ti es el deseo de gritarte que soy feliz, soy feliz. A través de este sentimiento, incluso, tengo la impresión de que parto en busca de la felicidad. Me gustaría quedarme inmóvil un instante, en el umbral de la vida que nos lleva al uno y al otro, desvanecerme por completo tras la pureza de mi reconocimiento. [...]

No tengo nada que ofrecerte salvo mi felicidad, pero es tan grande que ni siquiera sé qué representa, es el nombre de otra cosa que nos posee y solo nos posee para unirnos. ¡Oh!, es cierto, está bien sentirnos, por un mal como el mío, separados de nosotros mismos cuando a menudo nos vemos en la oscuridad de nuestro corazón, renacer lentamente a otra cosa... Mira, pues, mi niña grande, cuál es mi felicidad hoy: mi corazón es el corazón de un sueño contra el cual no se puede hacer nada, porque un sueño siempre encuentra su realidad en otro sueño y, frente a la llamada fulminante que dirige al futuro, no puede ejercerse ninguna voluntad contraria. Tengo la impresión de que te he tomado con una violencia increíble, para acercarte en mí a ti misma, que, bajo alguna forma que apareció en mi deseo esa toma de posesión, yo solo quería, movido por una fuerza más grande que mi voluntad, aniquilarte en ti misma, precipitarte en la pureza virgen de tu existencia, para cambiarte por completo en tu juventud, en tu belleza, en tu amor.

Mis manos deseaban tu cuerpo, y mi boca tus labios, tu carne, tu carne por todas partes, hasta en su sombra; mi alma, a través de este furor de mi ser físico, solo deseaba acercarse a sí misma. Escucha, escúchame bien, no ya para oírme, sino para vivirte a través de mis palabras lanzadas, ¡mis palabras, que ya no son palabras, sino la gran voz del misterio que a cada instante me sitúa en el mundo! Estás cerca de mí y llevo mucho tiempo jugando, me parece, con tu vestidito, pues he desvestido a la muñeca con la complicidad de la luz, he acercado tu carne a su resplandor. Todo ha cambiado: tu cuerpo es la barca de rosas que tu sueño ha tomado para venir hasta mí. Está delante de mí y, cuando tus bonitos ojos se abren, eres la nieve de tu mirada, solo tengo que extender las manos para que todo el misterio de mi propia vida me pertenezca. Estás ahí, niña de mirada pura, extraña a tu cuerpo, cuyas manos, lo sé, ignoran todos los secretos de la voluptuosidad; y cada una de tus bellezas espera el contacto de mis labios para volver a la vida por medio del placer. Besar lentamente tus senos, tus caderas; desviar el vuelo de mis besos para encontrar en ti lo que más se parezca a un nido, y en el fondo de ese nido, la rosa entreabierta y oculta de otro beso que esperaba los míos; buscar en ti la carne aún más adentro, más escondida, tan bien que, después de este aguacero y de este renacimiento embriagado, los sitios más difamados, si oso decirlo, de tu cuerpo hayan perdido su identidad y su nombre en el agua plena de la felicidad, mucho más allá de la realidad física de esta exploración; abrirse en ti todas tus rosas —¿me comprendes?—, desvanecer en tu felicidad la materia de tu carne, espiritualizar (como diría un cura) tu arcilla, tan bien que la desnudez de tu cuerpo sería como la aparición de tu alma a través de su embriaguez.

2

ESCÁNDALOS SEXUALES, CONDENAS, CALUMNIAS

«Corren riesgo el alma y el Estado».

El arzobispo de Granada al conde-duque de Olivares

Los escándalos de la vida privada de Felipe IV (1605-1665) fueron de tal calibre que hasta el arzobispo de Granada tuvo que tomar precauciones para templar sus ardores.

1621

Suplícole que evite las salidas del rey de noche… En realidad, ese gusto no es bueno, aunque se tome por entretenimiento, por las muchas circunstancias que le hacen dañoso y por la libertad que se toman los vasallos para hablar de algunas cosas que contradicen al decoro de un monarca… Corren riesgo el alma y el Estado.

«Espera un poco a que el nuevo código penal de Alemania del Norte haya reconocido los derechos del culo».

Friedrich Engels a Karl Marx

Los personajes más progresistas no están exentos de prejuicios y de comportamientos muy reaccionarios, tal como lo ilustra, entre la consternación y la vergüenza, esta carta de Friedrich Engels (1820-1895) sobre los hombres «uranistas», es decir, homosexuales.

22 de junio de 1869

Ciertamente, me has enviado un «uranista» sorprendente. Se trata de revelaciones en verdad contra natura. Los pederastas comienzan a contarse y resulta que constituyen una potencia dentro del Estado. Solo faltaba la organización, pero según ese texto parece que ya existe secreto. Y dado que están en todos los partidos antiguos y también en los nuevos, hombres tan importantes, de Rösing a Schweitzer, la victoria no se les escaparía. «Guerra a los cabrones, paz a los comemierda», dirán ahora. Es una suerte que seamos demasiado viejos para tener miedo, en caso de que gane ese partido, a tener que pagar físicamente algún tributo a los vencedores. Pero la joven generación… En cuanto al resto, solo en Alemania un tipo de ese género puede salir a escena, erigir esa guarrería en teoría y proclamar: prohibido, etcétera. Por desgracia, aún no tiene el valor de confesar abiertamente que lo es y se ve obligado, *coram populo*, a operar «por delante», aunque no lo haga «entrando por delante», como dijo una vez por error. Pero espera un poco a que el nuevo código penal de Alemania del Norte haya reconocido los derechos del culo, entonces cantará otra canción. Nosotros, pobres gentes del delante, con nuestra ingenua inclinación por las mujeres, seríamos tratados entonces de buena manera. Si Schweitzer fuese bueno en alguna cosa, habría que hacerle sonsacar los nombres y cualidades de los altos y muy altos pederastas, lo que, dadas sus afinidades

espirituales, no le resultaría, sin duda, difícil.

«La vanidad y la lascivia son tan inherentes a su ser».

Pietro Aretino a Sotio

El amor por las mujeres, el disfrute de su compañía, su conversación y el goce de sus cuerpos no impiden que un personaje como el Aretino, mujeriego liberal, amigo de las cortesanas y de las princesas por igual, cayera en el machismo más despiadado.

Venecia, enero de 1553

He sabido de este vergonzoso asunto en el que se ha visto involucrada tu esposa debido a mi chismorreo; pero, en vez de dejarme llevar por la pena, me lo tomo con calma. Porque en lo que respecta a la mayor parte de las mujeres, los hombres deberían asombrarse cuando se comportan con castidad y sabiduría, por más que guarden silencio cuando lo que hacen —cuando cualquier cosa que hacen— es malvado e insolente. Después de todo, la vanidad y la lascivia son tan inherentes a su ser que ni siquiera saben lo que es la discreción y la castidad.

Así que ríete de sus vergonzosas acciones, sabiendo que no eres el único hombre así tratado.

Por Dios, mi querido hermano, ayer, solo en el barrio de San Luigi, cinco chicas se escaparon de casa de sus padres y hermanos. Una de ellas es la hermana de una de mis ahijadas, con fama de ser un dechado de santidad y virtud.

Es cierto que la veía a menudo mirándose al espejo y que por eso no la hacía pasar por un ángel en mis alabanzas. He decidido que el espejo le ha mostrado que es hermosa, y que por ello la ha impulsado a huir hacia una vida alegre.

3

DEBERES CONYUGALES

«Se retira sin descargar nunca,
aún tenso, y da las buenas noches».

José II de Austria a su hermano

Antes del aleluya que María Antonieta gritó a su madre, durante los ocho años de espera, Luis XVI fue observado durante el coito, escrutado y diagnosticado por médicos y diplomáticos, como demuestra esta carta. Asunto político de la mayor importancia, su escasa hombría fue objeto del sarcasmo público, antes de ser resuelta gracias a una operación quirúrgica.

[Junio de 1777]

No es impotente ni de cuerpo ni de espíritu, pero el *fiat lux* aún no se ha producido. En el lecho conyugal, tiene erecciones bastante bien condicionadas, introduce el miembro, permanece dentro sin moverse dos minutos quizá, se retira sin descargar nunca, aún tenso, y da las buenas noches. No se entiende, porque con eso tiene

poluciones nocturnas, pero en posición y manos a la obra nunca. Está satisfecho, y dice lisa y llanamente que no lo hace más que por deber y que no halla ningún placer en ello. ¡Ah, si hubiese podido yo estar presente una vez, lo habría dispuesto bien!

«Todo varón debe acostarse tres veces
por semana con su hembra».

Juliette Drouet a Victor Hugo

Juliette Drouet, con su espíritu travieso, reclama a su amante legendario su cita erótica semanal; esta curiosa petición esconde, quizá, las múltiples aventuras sexuales del escritor, que desatendió a su favorita.

7 de junio [de 1838], jueves por la mañana, 11 h.

Buenos días, mi querido hombrecito, buenos días, mi querido bribón sin ninguna clase de astringente. [...]

Dime, pues, amor mío, tengo el honor de recordarte una ley del gran Solón que ordena que todo varón debe acostarse tres veces por semana con su hembra. Encuentro muy sabia esta ley y tengo el honor de compartirla contigo. Si Solón aún viviese, apelaría directamente a él para la ejecución de su ley, pero en las presentes circunstancias me veré obligada a fiarme de tu buena voluntad.

«Al cabo de un cuarto de hora la rompí».

Carlos III a sus padres, Felipe e Isabel

Descripción con todo lujo de detalles de la primera noche de amor entre Carlos III

(1716-1788) y María Amalia de Sajonia (1724-1760), entre inocencia, descubrimiento, miedo...

Nápoles, 8 de julio [de 1738]

Nos acostamos a las nueve y temblábamos los dos, pero empezamos a besarnos y enseguida estuve listo y empecé, y al cabo de un cuarto de hora la rompí, y en esta ocasión no pudimos derramar ninguno de los dos; solo diré que acerca de lo que me decían de que como ella era joven y delicada no dudaban de que me haría sudar, diré que la primera vez me corría el sudor como una fuente, pero que desde entonces ya no he sudado.

Más tarde, a las tres de la mañana, volví a empezar y derramamos los dos al mismo tiempo, y desde entonces hemos seguido así, dos veces por noche, excepto aquella noche en que debíamos venir aquí, que como tuvimos que levantarnos a las cuatro de la mañana solo pude hacerlo una vez, y les aseguro que hubiese podido hacerlo muchas más veces, pero que me aguanto por las razones que VV. MM. me dieron.

«Liberar a los jóvenes del infierno del celibato».

Martín Lutero a Georg Spalatin

Alegato contra el sacrificio sentimental y la abstinencia sexual impuestos a los sacerdotes, esta carta de Martín Lutero (1483-1546) grita la necesidad de salir del infierno solitario: la revolución eclesiástica también es sexual.

11 de noviembre de 1521

Pero, ahora, es la perdición actual de las almas lo que me atormenta. He tomado la decisión de atacar los votos monásticos y liberar a los jóvenes del infierno del celibato, que el prurito sexual y las poluciones vuelven tan impuros y tan condenables. Son por una parte mis propias tentaciones y por otra mi indignación las que me empujan a escribir este libro [*El juicio*]. Estarás satisfecho con él.

«También le amo. De una manera diferente».

Edna St. Vincent Millay a Arthur Davidson Ficke

El poliamor no es una moda efímera contemporánea, sino una tendencia muy arraigada en la historia. Esta carta, escrita por una mujer, Edna St. Vincent Millay (1892-1950), demuestra que no solo se trata de un artilugio masculino para extender libremente su harén despótico, sino que también responde a un deseo más profundo y quizá universal.

Octubre de 1921

Bueno, es innegable que te quiero, querido. No lo he negado ni por un instante, desde la primera vez que te vi, ni a mí misma ni a nadie que pareciera interesado. Cuando la gente me pregunta si te conozco, digo: «Sí, le conozco». Luego, si me preguntan si me gustas, digo: «Le amo». Y eso es todo lo que hay. Y que se callen, o que sigan preguntando, o que lo hablen entre ellos.

Tú mejor que nadie sabes lo que siento por ti, y siempre lo sabrás. Nadie podrá jamás ocupar tu lugar. Nos conocemos de una manera terrible, cierta y calma. Tú y yo casi hemos conseguido lo que nunca se consigue: estar presente en el alma del otro.

Pero eso no es motivo para no casarme con Hal y ser feliz con él. También le amo. De una manera diferente.

4

DESTINOS DEL EROS: CREACIÓN, TENTACIÓN DE LA MUERTE, ESCRIBIR EL AMOR, EMOCIONES

CREACIÓN

«Una onza de esperma perdida fatiga
más que tres litros de sangre».

Gustave Flaubert a Ernest Feydeau

Consejos paternalistas de Flaubert a uno de sus allegados, el escritor Feydeau (1821-1873) , fundados en falacias pseudocientíficas: las mujeres y el sexo son una pérdida de tiempo y energía, que deben plasmarse en la escritura.

[Croisset, principios de febrero de 1859]

Adiós, viejo amigo. [...]

Pero ten cuidado con echar a perder tu inteligencia en el comercio de las damas. Perderás tu genio en el fondo de una matriz. Trata de mostrarnos un poco.

Resérvate el priapismo para el estilo, f… el tintero, alíviate con la carne, y ten por seguro, como dijo Tissot (de Ginebra), que una onza de esperma perdida fatiga más que tres litros de sangre.

Un abrazo, viejo dromedario.

«Esta clase de escritura es una especie
de masturbación mental».

Lord Byron a John Murray

El juicio dogmático del poeta Byron (1788-1824) sobre la obra de otro poeta, John Keats, tan sensual, imaginario en exceso.

9 de septiembre de 1820

John Keats: Esta clase de escritura es una especie de masturbación mental; siempre está dilatando su imaginación. […] No quiero decir que sea inocente, sino que prostituye de forma viciosa sus propias ideas hasta alcanzar un estado que no es ni poesía ni nada más que una visión de Bedlam producida por carne de cerdo cruda y opio.

«¿Qué hay de malo en ver a un hombre
montando a una mujer?».

Pietro Aretino a Battista Zatti da Brescia

Esta carta narra el origen de los *Sonetos lujuriosos*. Aretino defendió los grabados eróticos de un amigo artista, Marcantonio Raimondi, condenado al ostracismo por la sociedad, alegando que solo representaba a la naturaleza humana, sin más. Para apoyar los argumentos en defensa de su amigo y darles más fuerza, escribió y publicó sus sonetos, que contribuyeron a relanzar el género erótico en el Renacimiento y lo instalaron en el panteón de poetas eróticos de la historia.

En Venecia, a 11 de diciembre de 1537

Poco después de que yo obtuviera del papa Clemente la libertad para Marcantonio el boloñés, que estaba en prisión por haber grabado en cobre los XVI *modos*, etc., me entró el deseo de ver dichas figuras, a causa de las cuales las protestas gibertinas clamaron porque el buen virtuoso fuera crucificado, y al verlas me sentí imbuido del espíritu que movió a Giulio Romano a dibujarlas. Y como que los poetas y los escultores, los antiguos al igual que los modernos, suelen escribir y esculpir de vez en cuando, como pasatiempo de su ingenio, cosas lascivas —tal como atestigua en el palacio de Chisio el sátiro de mármol que trata de violar a un muchacho—, las figuras pueden contemplarse coronando los sonetos situados al pie de estas. Es mi deseo dedicar su lujuriosa evocación, sin ánimo de ofender, a los hipócritas, a la par que me desespero ante el juicio tramposo y la abyecta costumbre de prohibirle a la vista lo que más la deleita. ¿Qué hay de malo en ver a un hombre montando a una mujer? ¿Acaso hasta las bestias han de ser más libres que nosotros? A mi entender, y puesto que la naturaleza nos lo ha brindado para preservarse a sí misma, deberíamos llevar «eso» prendido del cuello cual colgante y en el birrete a modo de medalla, pues semejante figura es la veta de donde brotan los ríos de las gentes, y la ambrosía que bebe el mundo en los días solemnes. Te ha hecho a ti, que eres uno los primeros cirujanos vivientes. Me ha creado a mí, que soy más bueno que el pan. Ha dado vida a los Bembo, los Molzi, los Fortuni, los Franchi, los Varchi, los Ugolin Martelli, los Lorenzi Lenzi, los Dolci, los fra Bastiani, los Sansovini, los Tiziani, los Michelagnoli, y tras ellos a los papas, los emperadores y los reyes. Ha engendrado a

los bellos querubines, y a las bellísimas mujeres con sanctasanctórums. De ahí que deberíamos dedicar en su honor unos días de asueto con sus vigilias y sus fiestas, en lugar de encerrarlo envuelto en un poco de paño o de seda. De este modo, las manos estarían a buen recaudo, en lugar de jugarse los cuartos, jurar en falso, prestarse a la usura, hacer la higa, desgarrar, dar tirones, asestar puñetazos, herir y matar. ¿Y qué me dices de la boca, que blasfema, escupe a la cara, devora, se embriaga y vomita? En suma, los legistas podrían hacerle justicia dedicándole una glosa en uno de sus mamotretos; y creo que así lo harán. Entretanto, dejo a tu consideración si en mis versos he retratado con naturalidad las actitudes de los contendientes en estas lides. Y si escribes a tu Frosino, salúdalo en mi nombre.

«Si la literatura es erupción, entonces mi habitación
es desde hace unas semanas una tierra de volcanes».

Marcel Proust a Reynaldo Hahn

El casto Marcel Proust describe a su amigo íntimo y examante, el músico cubano Reynaldo Hahn (1874-1947), la creación literaria como una erupción volcánica o un estallido de una turbia lluvia de tinta, manifiesta metáfora de la contención y del goce sexual masculino.

Febrero de 1906

Mi pobre pequeño Birnechnibus:

[...] No sé si debo proseguir la redacción de páginas extenuantes que me hacen pensar en ti sin cesar (ya sabes cuáles); llego a dudar de la oportunidad de haber emprendido un trabajo tan absurdo. Si la literatura es erupción, entonces mi habitación es desde hace unas semanas una tierra de volcanes cuyas cimas serían dignas de la más bella Islandia y al asalto de las cuales tu explorador preferido parte

cada día para ir a plantar su bandera. Pero cada vez vuelve a descender de esos cielos impuros agotado y descontento consigo mismo; mi pequeño Bunibuls, haces de mí un extraño Sísifo, vivo luego avergonzado, feliz, luego triste, y que no saca de su empresa más que chorros escasos, los mejores de los cuales acaban nutriendo el papel y cayendo sobre mi cuaderno como una lluvia turbia de tinta. ¡Milagro de la transubstanciación, goce vano, por desgracia!

LA TENTACIÓN DE LA MUERTE

«Cae, cae mi vida en manos de mi amante».

Marguerite Burnat-Provins a Sylvius

Después de las cimas de la unión absoluta, ¿adónde ir? ¿Adónde llegar? Solo la muerte está a la altura de semejante milagro, que abrace a los amantes juntos.

[En *Le livre pour toi*, 1907]

Ahora, puedo caminar ligera, he dejado toda mi vida en manos de mi amante.

Las rosas ya no tienen espinas, ni los caminos piedras, ni el cielo nubes, ni los días sombra pesada.

Canta, canta mi vida en manos de mi amante.

Esperaré a la primavera con la boca sobre su boca,
dormiré en verano junto a él bajo los árboles,
beberé de sus labios el zumo de los frutos de otoño,
me reiré del invierno entre sus brazos ardientes.

Desarróllate, mi vida, en manos de mi amante.

Pero no esperaré a que nuestros besos se marchiten,
llamaré a la muerte sentada sobre la ruina,
le diré: llévanos a los dos al mismo tiempo,
me reiré de la muerte entre sus brazos fervientes.

Cae, cae mi vida en manos de mi amante.

ESCRIBIR EL AMOR

«Nuestras almas no serán más que una
y me poseerás eternamente».

Marguerite Burnat-Provins a Sylvius

Tras alcanzar el Olimpo de los sentidos, Marguerite Burnat-Provins logró la proeza de tejer un himno a su altura al regalar al mundo estas pruebas del goce erótico.

[En *Le livre pour toi*, 1907]

Porque el amor ha anudado nuestros cuerpos con sus manos divinas, como los niños anudan los tallos que arrancan en los prados, porque nuestras vidas se han mezclado como se mezclan las aguas cantarinas, consagro a tu juventud un himno embriagado.

Recitaré la luz de tus ojos, la sensualidad de tu boca, la fuerza de tus brazos, el ardor de tus fuertes caderas y la dulzura tibia de tu piel, blanca y dorada como la claridad del sol.

Recitaré el control de tus manos grandes, que hacen de mi talle una cintura trémula; recitaré tu mirada voluntaria que me arrasa mi pensamiento, tu pecho palpitante en mi pecho, y tus piernas tan

firmes como el tronco del arce, donde las mías se enroscan como los retoños sinuosos de los lúpulos.

Como a un ídolo, mi adoración cubrirá tu magnífica desnudez de azucenas fragantes y de *Phlox* recogidas en mi jardín.

Te observaré dormir en su perfume.

Contra tu costado en calma, escucharé tu sangre discurrir en el misterio de tu vida, como escucho por la noche el arroyo que desciende del oscuro bosque.

Sylvius, cuando ya no esté aquí, cuando las estaciones sobre mi tumba abran las malvas reales y los alhelíes de oro, en la pureza de la mañana azul, voces apasionadas repetirán el canto de mi amor.

Entonces nuestras almas no serán más que una y me poseerás eternamente.

EMOCIONES

«El inefable deleite, el exquisito placer
que surge de la unión de afecto y deseo».

Mary Wollstonecraft a Gilbert Imlay

Después del acto, hacía falta que una gran mujer insistiera en el goce de las emociones, las sensaciones plenas que unen a dos grandes hombres de su vida, ternura, unión absoluta. Este alegato proviene de Mary Wollstonecraft (1759-1797), la gran feminista inglesa, autora de *Vindicación de los derechos de la mujer*, y madre de Mary Shelley. Destinada al aventurero y negociante Gilbert Imlay, amante efímero, padre de Fanny, quien las abandonó, esta carta cobra más fuerza aún al insistir sobre el lugar y el papel de ciertos sentimientos posteróticos.

[París] 30 de diciembre [de 1794]

El común de los hombres, lo sé, con buena salud y gran apetito, debe tener variedad para erradicar el tedio, porque la imaginación nunca presta su varita mágica para convertir el apetito en amor, cimentado por la razón. ¡Ah!, amigo mío, no conoces el inefable deleite, el exquisito placer que surge de la unión de afecto y deseo, cuando el alma y los sentidos se abandonan a una imaginación viva, que hace que toda emoción sea delicada y arrebatadora. Sí, son emociones sobre las que la saciedad no tiene poder, y cuyo recuerdo ni siquiera la decepción puede hacer palidecer; pero no existen sin sacrificio. Estas emociones, más o menos intensas, me parecen la característica distintiva del genio, la base del gusto y de esa exquisita afición por las bellezas de la naturaleza, de la que los vulgares comedores y bebedores, y progenitores, ciertamente no tienen ni idea. Sonreirás ante una observación que se me acaba de ocurrir: considero que esas mentes son las más fuertes y originales, cuya imaginación actúa como estímulo de sus sentidos

«No es éxtasis, es tranquilidad sublime.
La he sentido en tus brazos».

Mary Wollstonecraft a William Godwin

El verdadero *alter ego* de Mary fue el filósofo William Godwin (1756-1836), con quien convivió muchos años en dos casas independientes, unidas por un pasillo común. Alma gemela de su vida literaria e intelectual con el que tuvo una hija, también llamada Mary y que hoy conocemos como Mary Shelley (1797-1851). La vida sublime y terrible de Mary acabó en tragedia: murió al dar a luz a la futura autora de *Frankenstein*.

4 de octubre de 1796

Me habría gustado cenar hoy con usted, después de terminar su ensayo [...] para que mis ojos, y labios, no quiero decir exactamente mi voz, pudieran decirle que le han elevado en mi estima. ¡Qué palabra tan fría! Yo diría amor, si usted promete no discutir sobre su propiedad, cuando quiero expresar un afecto creciente, fundado en un conocimiento más íntimo de su corazón y entendimiento.

Debería reprimir toda mi bondad —aunque su delicada y volátil esencia puede salir volando en mi caminar—. No sabe cuánta ternura por usted podría escaparse en un suspiro voluptuoso, si el aire, como a menudo sucede, confiriera un placentero movimiento a las sensaciones que se han agolpado en mi corazón mientras leía esta mañana, recordándome, de vez en cuando, que el escritor me amaba.

El término voluptuoso expresa con frecuencia un significado que no pretendo ofrecer ahora; yo lo describiría como uno de esos momentos, cuando los sentidos están exactamente ajustados a la resonante ternura del corazón y según la razón te incita a vivir el momento presente, sin importar el pasado o el futuro. No es éxtasis, es tranquilidad sublime. La he sentido en tus brazos — ¡Silencio! Que no vea la luz, iba a decir que la escuche — estas confesiones solo deben ser pronunciadas — ya sabes dónde, cuando las cortinas estén levantadas — y todo el mundo encerrado — ¡Ay de mí!

Me gustaría encontrarle en casa cuando lleve esta carta para dejarla en el buzón, para dejar caer un beso con ella en su corazón.

5

PELIGROS DEL EROS: EMBARAZO, NIÑOS, HIJOS ILEGÍTIMOS, VENGANZA DEL CORNUDO, ENFERMEDAD, DIVORCIO, LA CAÍDA DEL IDEAL

EMBARAZO

«Todo el mundo va a odiarme».

Giula Colonna a José Bonaparte

El embarazo no deseado fue durante siglos la pesadilla de las mujeres solteras, pues revelaba su pecado, las exponía a la deshonra y limitaba su vida sentimental al beneplácito del genitor, en ese caso el rey de Nápoles, José Bonaparte (1768-1844).

Enero de 1807

Ah, jamás habría creído que mi aventura conduciría a este exceso. Amante adorado mío, no dejes de amarme, porque al menos tengo el consuelo de conservar tu estima. Serás, en adelante, el único que me quiera. Todo el mundo va a odiarme, incluso mis padres, y lo merezco por mi mala conducta.

NIÑOS

«S. M. la reina madre desea no hacer desgraciados a sus hijos».

General Narváez a Alejandro Mon

Los problemas derivados de los peligros del Eros no conocen límites sociales, tal como relata Narváez (1799-1868), presidente del Consejo de Ministros, en esta carta al ministro de Hacienda. En ella describe las lágrimas de angustia de la reina Isabel II (1830-1904) por sus hijos sin padre, nacidos de su trepidante vida íntima.

Abril de 1844

S. M. la reina madre me llamó hoy, y con una emoción difícil de explicar por mí, y con un torrente de lágrimas que le caían de los ojos, me dijo que no está casada, que tiene hijos, hijos a quienes ama, y que desea tranquilizar su conciencia, no hacer desgraciados a sus hijos, y salir del grande compromiso en que está por las relaciones que mantiene con don Fernando Muñoz.

HIJO ILEGÍTIMO

«Esta vez tenía verdaderas ganas de echar al marido por la puerta».

Pierre Louÿs a George Louis

El poeta y escritor simbolista, venerado por los más puristas de los artistas, Pierre Louÿs (1870-1925), fue también el mayor escritor erótico de su época: publicó falsas traducciones de Safo al francés, y su novela más célebre, *Afrodita*, que narra la vida de una cortesana, fue el libro más vendido en su época. En su vida privada, tuvo un hijo ilegítimo con Marie de Régnier, esposa de su amigo Henri de Régnier, con quien esta se casó para solventar las deudas de su padre. Testimonio privilegiado de un momento singular, esta carta relata el nacimiento de su hijo y la visita a los padres oficiales.

Miércoles 7 [de septiembre de 1898], medianoche

Tenía mil cosas que contarte, pero desde hace dos horas no tengo más que una: Alcíone [Marie] parirá esta noche. Esta noche un presentimiento me llevó a casa de su padre, a la que no había ido desde el viernes. Hacía tanto tiempo que me decía: «Si el niño nace justo al cabo de cuarenta semanas, debería venir al mundo hacia el 8 de septiembre, para encajar con la fecha de la única auténtica imprudencia que cometimos su madre y yo». No sé por qué no te lo he contado; en general, hacer predicciones antes de que se cumplan...

Estoy muy conmovido. No paro quieto. No he podido evitar seguir a la familia a las once de la noche hasta la puerta de la habitación aprovechando todas las cortesías: «¿Os dejo?». «No, por favor, no». Y me quedé. Esta vez tenía verdaderas ganas de echar al marido por la puerta; decididamente me horroriza el adulterio. Mi único consuelo es que él, ese al que he estrechado la mano con tanta cordialidad hace un rato, podría estar al corriente.

«Desgarrarle el corazón
y verlo sería para mí lo mismo».

Napoleón Bonaparte a Josefina de Beauharnais

La otra cara de las quejas de Napoleón, abandonado y desdeñado, a su esposa es la amenaza de muerte a cualquier rival, seguido de la tentación, finalmente renegada, de acabar con la vida de su infiel mujer. ¡Temblad!, el militar exterminador resurge detrás del enamorado doliente.

Tortona, 27 de prairial del año IV
[15 de junio de 1796], mediodía

Es un fluido magnético entre las personas que se aman... Sabes que nunca podría verte con un amante, y mucho menos ofrecerte uno. Desgarrarle el corazón y verlo sería para mí lo mismo; y después, si pudiese, poner las manos encima de tu dichosa persona... No, nunca osaría hacerlo; pero saldría de una vida en la que lo más virtuoso que existe me habría engañado.

«Es la mona del país del norte,
la mujer de Caín; mátala».

Alejandro Dumas, hijo, a M. Cuvillier-Fleury

Inventor de la palabra «feminista» para despreciar a todo lo que se pareciera a la mujer, a la que considera enferma y mala, Alejandro Dumas, hijo, lleva a sus últimas consecuencias esta manera de pensar al recomendar el asesinato como castigo para las mujeres infieles. Carta patética, reveladora de un machismo aún imperante.

Si tuviese un hijo, le diría: «Y ahora, si a pesar de tus

precauciones, tu información, tu conocimiento de los hombres y de las cosas, tu virtud, tu paciencia y tu bondad, si te has visto engañado por apariencias o duplicidades; si has vinculado tu vida a una criatura indigna de ti; si después de haber intentado en vano convertirla en la esposa que debe ser no has podido salvarla mediante la maternidad, esa redención terrestre de su sexo; si negándose a escucharte, ni como esposo, ni como padre, ni como amigo, ni como amo, no solo abandona a tus hijos, sino que se va con el primero que pasa a traer otros al mundo, los cuales perpetuarán su raza maldita en la Tierra; si nada puede impedirle prostituir tu nombre con su cuerpo; si te limita en tu movimiento humano; si te detiene en tu acción divina; si la ley que se ha otorgado el derecho de atar prohíbe desatar y se declara impotente, declárate tú personalmente juez y ejecutor de esa criatura. No es la mujer, no es una mujer, no está en la concepción divina, es puramente animal; es la mona del país del norte, la mujer de Caín; mátala».

ENFERMEDAD

«¡Aleluya! Tengo la viruela».

Guy de Maupassant a Robert Pinchon

Carta histriónica de un hombre que encontró su condena a muerte: Maupassant alardea de haberse contagiado de la viruela, aunque en realidad era la sífilis, que acabó con él dieciséis años después, tras una demencia y un declive corporal atroz.

2 de marzo de 1877

Mi querido La Toque:

¡Tengo viruela! ¡En fin! ¡La de verdad! No la despreciable gonorrea, no la eclesiástica cristalina, no las burguesas verrugas ni las leguminosas coliflores, no, no, la gran viruela, esa de la que murió Francisco I. ¡Y estoy orgulloso, pardiez! ¡Aleluya! Tengo la viruela y, por consiguiente, ya no puedo cogerla.

DIVORCIO

«Ella no podía entenderme, y yo me aburría mortalmente en nuestra vida de casados».

Oscar Wilde a Robert Ross

De una aventura sin mañana a la caída final, tal fue el idilio de Oscar Wilde con Bosie: nada resistirá a este destino trágico. Ni su fama, ni su éxito, ni sus amigos, ni su familia, y hasta su mujer le abandonó cuando, al salir su marido de la cárcel, se enteró de que este quería reencontrarse con el hombre al que prefirió en lugar de su amor. Agradecido por todo, sin amargura, Wilde se divorcia mediante esta carta.

1 de abril de 1897
Prisión de Reading

Y, aunque tal vez sorprenda a algunos de mis amigos, realmente tengo mucho cariño a mi mujer y lo siento en el alma por ella. Espero de todo corazón que pueda disfrutar de un matrimonio feliz, si es que vuelve a casarse. Ella no podía entenderme, y yo me aburría mortalmente en nuestra vida de casados. Pero tenía algunos puntos dulces en su carácter, y me era leal de un modo increíble.

«Hace unos días eras una divinidad…
Y ahora eres una mujer».

Charles Baudelaire a la Presidenta

Baudelaire, quien gracias a un poema erótico anónimo se ganó los favores sexuales de Apollonie Sabatier, conocida también como la Presidenta, se lamenta de ese fugaz encuentro, de haber cedido al fuego de los sentidos: la caída del ideal no tiene consuelo.

31 de agosto de 1857

Verás como en pocos días se ha trastocado nuestra situación. Para empezar, a los dos nos invade el miedo a afligir a un hombre honrado que tiene la suerte de seguir enamorado. Luego, tememos nuestro propio revés, porque sabemos (sobre todo yo) que hay nudos difíciles de deshacer.

Y finalmente, finalmente, hace unos días eras una divinidad, lo cual es tan cómodo, tan hermoso, tan inviolable… Y ahora eres una mujer. ¡Y si, por desgracia para mí, adquiero el derecho a estar celoso! ¡Ah, qué horror solo de pensarlo! Pero con una persona como tú, cuyos ojos están llenos de sonrisas y gracias para todo el mundo, sufrir el martirio es inevitable.

[…] Adiós, querido amor; te reprocho un poco que seas demasiado encantadora. Piensa, pues, que, cuando llevo el perfume de tus brazos y de tus cabellos, también me llevo el deseo de volver a ellos. Y entonces ¡qué obsesión más insoportable!

6

¡FUERA DEL EROTISMO CON-SENTIDO! PEDOFILIA, VIOLACIONES, INCESTO

PEDOFILIA

«Mi nueva esposa se llama Pau'ura, que tiene catorce años».

Paul Gauguin a Alfred Vallette

Las cartas íntimas de Paul Gauguin (1848-1903) sobre las virtudes sexuales de las adolescentes de Tahití, su inmoralidad y perversión confesas y explícitas, además de machistas y colonialistas, caen en la pedofilia.

[Julio de 1896]

Me queda decirle que Tahití sigue siendo encantador, que mi

nueva esposa se llama Pau'ura, que tiene catorce años, que es muy pervertida, aunque no lo parezca, por falta de punto de comparación con la virtud. Y, finalmente, que sigo pintando cuadros de una tosquedad repugnante.

«No entiendo por qué hay que cubrir
las preciosas formas de las niñas».

Lewis Carroll a Harry Furniss

Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas, cuya protagonista tenía como modelo a una niña real, adquieren otra dimensión, mucho menos divertida y mágica, al leer las apreciaciones de su autor, Lewis Carroll (1832-1898), sobre la desnudez de las niñas, en esta carta dirigida al ilustrador de su obra.

[27 de noviembre de 1886]

Los pequeños desnudos son perfectamente puros y adorables… Confieso que no admiro a los niños desnudos, siempre me parece que necesitan ropa, mientras que no entiendo por qué hay que cubrir las preciosas formas de las niñas.

[11 de mayo de 1863]

Alice parece haber cambiado mucho, y no para bien; es probable que esté pasando por la habitual y difícil fase de transición.

VIOLACIÓN

«No puedo olvidar la confusión en la
que me encontraba cuando se aprovechó
por primera vez de mi debilidad».

De una mujer anónima

Pocos libros tuvieron tanta influencia en la vida intima de las personas como *Onania*, sin autor identificado, publicado a principios del siglo XVIII, que fue un éxito de ventas *urbi et orbi* por su condena implacable del onanismo. Al final de este libro aparece una carta terrible y estremecedora de una mujer que narra la violación que sufrió, y que se suicidó tras enviar esta carta.

[Sin fecha]

Señora:

Ojalá pudiera dejar de pensar. Sufrir la vergüenza, no puedo; y enfrentarme a mis amigos, o incluso al mundo, es para mí más terrible que la muerte.

Que él piense en esto cuando me recuerde.

No puedo olvidar la confusión en la que me encontraba cuando se aprovechó por primera vez de mi debilidad, sin contar con la fuerza suficiente para resistirme ante él: siguió de rodillas, suplicándome que le perdonara; prometiendo todo lo que el hombre puede decir; pidiendo a Dios que lo condenara si alguna vez me resultaba vil… Declaró que ya no me consideraría su amiga, sino su esposa, aunque no estaba en su poder hacerlo, pero que debía poseer el mismo amor y deber. ¡Ojalá hubiera cumplido su palabra! Entonces podría haber sido feliz; pero al no estar acostumbrada a la compañía de los hombres, no estaba familiarizada con tal traición… Aún puedo perdonarle, y reconocer mi culpa. Que nadie juzgue con demasiada precipitación, que no se sepa la causa que tuve para ello.

Su humilde servidora.

«Renuncié a la única posesión
con la que nacemos en el mundo:
nuestra integridad corporal».

T. E. Lawrence a Charlotte Shaw

T. E. Lawrence (1888-1935), el soldado británico más conocido como Lawrence de Arabia, autor de *Los siete pilares de la sabiduría*, escondía un secreto terrible: había sido víctima de violación, tal como cuenta en esta carta.

26 de marzo de 1924

Sobre esa noche. No debería contártelo, porque los hombres decentes no hablan de estas cosas. Quería explicarlo simplemente en el libro, y luché durante días contra mi amor propio… que no me dejaba, no me ha dejado. Por miedo a ser herido o, más bien, para obtener cinco minutos de descanso de un dolor que me volvía loco, renuncié a la única posesión con la que nacemos en el mundo: nuestra integridad corporal… Puedes llamarlo morboso, pero piensa en la ofensa y en la intensidad de mis cavilaciones sobre ello durante estos años. Me perseguirá mientras viva, y después, si nuestra personalidad sobrevive.

«Ellos han violado a nuestras
hijas y deshonrado a nuestras mujeres,
y nosotros haremos lo mismo».

Un soldado francés de la Primera Guerra Mundial a su prometida

La violación como arma de guerra no es un triste invento contemporáneo de unos locos sueltos, sino una política de guerra y una práctica habitual de los soldados de

todos los países y épocas. Testimonio fidedigno de un militar francés hace un siglo sobre las mujeres alemanas.

[Entre 1914 y 1918]

¡Ah! Si alguna vez vamos a Bochie, vamos a dar una lección a esos cerdos; ellos han violado a nuestras hijas y deshonrado a nuestras mujeres, y nosotros haremos lo mismo; por mi parte, yo he encargado una reserva de gomas, porque me da demasiado miedo entrar en contacto de esas magníficas *gretchens*; al parecer son todas de un rubio pajizo, tienen el doble de grasa y huelen a agrio; vivan nuestras pequeñas francesas, tan graciosas y tan bonitas; solo ellas son capaces de inspirarnos verdaderas pasiones.

INCESTO

«¿Dónde el cegador desbordamiento de nuestros corazones, reencontrados y fundidos en uno?».

Joaquín Nin a Anaïs Nin

En la edición definitiva de su diario, la escritora erótica Anaïs Nin (1903-1977) desvelaba que había transgredido un tabú considerado como un pilar de la civilización: el incesto. Aunque en un primer momento no se consideró víctima de ello, pues era adulta, lo cierto es que fue producto de una situación límite al reecontrarse con su padre cubano después de mucho tiempo. Más adelante, entenderá que el maltrato recibido durante su infancia fue lo que permitió y propició ese acto. Para su padre, Joaquín Nin (1879-1949), tal como se puede leer en esta carta escrita el día después, eso no supuso ni la sombra de un problema.

3 de julio de 1933
Courier's Grand Hotel, Valescure

¡Bendita, Anaïs!

¡Siempre he odiado los domingos! El que señaló tu partida fue particularmente horrible. Lúcida, brillante y extravagante, te marchaste; me parece que el tren se ha llevado consigo el sol. Y mi habitación se me antoja fría y sombría, este cuarto en el que soldamos nuestras vidas para siempre con el fuego de san Juan. ¿Dónde están las chispas? ¿Dónde están los rescoldos? ¿Dónde el cegador desbordamiento de nuestros corazones, reencontrados y fundidos en uno? ¿Dónde nuestra pasión? ¿Dónde está nuestro ímpetu?

Un sutil perfume ha desplegado sus alas, y es en estas fantasmagóricas olas donde escucho todo, lo recuerdo todo…, y a última hora de la noche oigo los latidos de mi corazón, pensando que también tu corazón late en la antigua Massilia [Marsella] dentro de las cuatro paredes de tu habitación de hotel, al mismo ritmo apasionado.

Y de repente volvió la luz, pero una luz lunar, nostálgica, dolorosa, infinitamente triste. ¡Tengamos esperanza!

He escrito a Teresa. Maruca te enviará una copia de la carta.

He preguntado acerca de la casita de ensueño que tanto nos ilusionó por unos pocos minutos. ¿Quién sabe? Me encantaría verte allí, dorándote al sol, esbelta, respirando como una bailarina de Delfos. ¡Después de un sueño viene otro!

[…] Y mira tu sombra donde quiera que haya luz. ¡Allí estaré!

Con todo mi amor.

7

ESCRIBIR EL EROTISMO

«Imagina un poco lo que siento cuando una de esas magníficas cortesanas se encuentra entre mis muslos».

Pietro Aretino a un amigo

Sin llegar siquiera al amor, esplendor máximo de la vida humana, el poeta del arte erótico Pietro Aretino narra los beneficios del sexo en su persona, su cuerpo revitalizado, su vida agitada por los cuerpos femeninos que le abren las puertas de las delicias.

[1547]

Me parece que, a cada hora dedicada al vagabundeo sexual, el peso de los años se evapora una barbaridad. [...] Imagina un poco lo que siento cuando una de esas magníficas cortesanas se encuentra entre mis muslos [...], mis sentidos, mi espíritu y mis entrañas se despiertan, y al despertar se reaniman, y al reanimarse se avivan como el fuego de un tronco que no se ha apagado del todo en cuanto

el soplido de un fuelle lo avienta y lo agita. Y, cuando hemos holgado, tengo el aspecto de un tronco que, destinado a la tala para alimentar el fuego, yergue todas sus hojas y yemas. […] Si debiera, por mí, quedarme sin poner en cuclillas cuarenta veces al mes a esta o aquella sirvienta, me consideraría sentenciado.

«Pocas personas tienen buena salud mental,
moral o física sin relaciones sexuales».

H. G. Wells a Graham Wallas

Eros, un terror para la sociedad, es una fuerza tan necesaria y variable según las personas, que estas deben encontrar su punto de eficacia, curiosa medida de las prácticas sexuales, según el escritor H. G. Wells (1866-1946).

1902

Un hombre o una mujer deben mantener relaciones sexuales. Pocas personas tienen buena salud mental, moral o física sin ellas. Para todo el mundo hay un mínimo y un máximo entre los que se encuentra la eficiencia completa. Encuentra tu ecuación, digo yo, y luego mantén la eficacia.

«Sexo y sentimiento tienen poco que ver entre sí».

Zelda Fitzgerald a Scott Fitzgerald

Zelda Fitzgerald (1900-1948), esposa del escritor Francis Scott Fitzgerald (1896-1940), una mujer que lo dio todo por amor hasta la locura, la pérdida del otro y la muerte, plantea en esta carta la disociación del amor y el acto sexual.

[¿Septiembre? de 1930]

Ahora que ya no puedo dormir tengo muchas cosas en las que pensar, y como he llegado tan lejos sola, supongo que puedo recorrer el resto del camino —pero si fuera Scottie no le pediría que pasara por el mismo infierno, y si fuera Dios no podría justificar ni encontrar una razón para imponerlo—, excepto que, por supuesto, no estuvo bien amar a mi maestra cuando debería haberte amado a ti. Pero no te tenía a ti para amar —no desde mucho antes de que la amara a ella. Acabo de empezar a darme cuenta de que sexo y sentimiento tienen poco que ver entre sí.

«El hombre abraza en la mujer todo
lo que no es él mismo».

D. H. Lawrence a Bertrand Russell

D. H. Lawrence (1885-1930), autor de la novela *El amante de Lady Chaterley*, censurada y maldita hace un siglo, confiesa en esta carta a Bertrand Russel (1872-1970), el mayor filósofo anglosajón de su época, que para él la gran experiencia de la vida es la unión de dos personas, eso sí, heterosexuales.

Sussex
12 de febrero de 1915

Querido señor Russell:

La gran experiencia de vida de todo hombre es aventurarse en la mujer. El hombre abraza en la mujer todo lo que no es él mismo, y de esa resultante, de ese abrazo, proviene toda nueva acción.

Atentamente.

«Existen recuerdos románticos, y existe
el deseo de romance, eso es todo».

Oscar Wilde a H. C. Marillier

Oscar Wilde, el hombre que lo perdió todo por la belleza de un joven bello, eleva y concluye el debate sobre el amor de lo imposible: las escasas experiencias románticas que una persona puede vivir son el verdadero cenit de la vida.

[Matasellos del 12 de diciembre de 1885]
Central Station Hotel, Glasgow

Querido Harry:

¡Estoy fuera, en la región de la horrible nieve y del horrible papel de carta! Impartiendo conferencias y deambulando— ¡Un vagabundo con una misión! Pero tu carta ha llegado a mí, como una música lejana arrastrada por el viento desde una tierra remota. También tú tienes el amor a las cosas imposibles —*l'amour de l'impossible* (¿cómo lo llaman los hombres?). Algún día descubrirás, como he hecho yo, que no existe una experiencia romántica; existen recuerdos románticos, y existe el deseo de romance, eso es todo. Nuestros momentos más ardientes de éxtasis no son más que sombras de lo que hemos sentido en algún otro lugar, o de lo que anhelamos sentir algún día. Al menos eso me parece a mí. Y, por extraño que parezca, lo que resulta de todo esto es una curiosa mezcla de pasión e indiferencia. Yo mismo lo sacrificaría todo por una nueva experiencia, y sé que no existe tal cosa como una nueva experiencia. Juzgo que estaría más dispuesto a morir por lo que no creo que por lo que considero verdadero. ¡Iría a la hoguera por una sensación y sería un escéptico hasta el final! Solo una cosa me sigue fascinando infinitamente, el misterio del estado de ánimo.

NOTA BENE

CORRESPONDENCIA Y EROTISMO

Lo que uno no puede decir
no hay que callarlo nunca, sino escribirlo.

JACQUES DERRIDA

Introducción al erotismo

El erotismo, este territorio sin límites: desde el deseo oscuro hasta la multiplicación de los placeres infinitos, el goce absoluto, este imán de la vida, este tabú, esta obsesión secreta asumida o el tormento interior, demonio indomable de una persona, tú, yo, cualquier persona. Este imperio que gobierna todos los sentidos, a veces aquella Babilonia y sus parientes —Sodoma, Gomorra—, este fulgor con sus ilusiones reales o engañosas, soñadas, decepcionantes o insuperables, irrepetibles, que transforman, aunque sea fogosa y efímeramente, la vida y el mundo.

El erotismo, este huracán o esta brisa ligera, este mar revuelto o este terremoto que promete a sus conquistas llevarlas al séptimo

cielo, al éxtasis de los éxtasis, ese aire cálido que cambia la cara; el cáliz de las vidas humanas esa promesa no tanto de la belleza como de los placeres y más allá, de la felicidad misma, que amenaza de paso con llevarse el mundo, la vida de su devoto confieso o preso, totalmente hechizado.

Este fenómeno no se restringe a la intimidad, a las prácticas sexuales o al mero comercio de los cuerpos, sino que apunta al éxtasis del cuerpo, al fuego de la vida sentida, a la comunión entera de las almas, a la fusión total entre personas. Quizá nadie lo expresó mejor que la escritora Pauline Réage, pseudónimo de Dominique Aury, autora de la novela erótica mítica *Historia de O*: «Es algo extraño y misterioso. Acostarse con alguien no es nunca algo sencillo; quiero decir que el hecho de que haya deseo y placer entre dos personas que no se conocen establece una especie de comunicación que es mágica e incomprensible, y no estoy lejos de pensar que es algo sagrado, si es que queda algo sagrado en nuestro mundo».[7] Este acontecimiento irrumpe en el curso de la vida y enciende esta llama sagrada: el deseo de una persona por otr@(s). El erotismo y todas sus representaciones, innombrables en todas las épocas y lugares del mundo —pinturas, palabras para sus elogios, condenas, mártires, defensores y adict@s—, destacan por el exceso sin límite ni rival creíble que definen su potencia arrolladora, digno y fiel espejo de la pulsión de vida, Eros, que Freud identifica como la fuente misma de la energía humana. Todos sus excesos, cumplidos o soñados, abortados o lamentados hasta la saciedad, llevan a sus devotos a las puertas del paraíso, como dice el *Kama-Sutra español*,[8] o no, todo lo contrario, brillan por su falta, ausencia o ignorancia, nunca indiferentes o independientes de las llamadas demoníacas. Desde la tragedia de la muerte del erotismo hasta la estancia en el jardín de las delicias a los juegos supuestamente inocentes o a las perversiones más refinadas, enloquecidas y gozosas, ¿quién está a salvo de su aura? ¿Dónde refugiarse para quedar fuera de su alcance? ¿Y por qué, en qué condiciones, en función de qué órdago, terror o amo, emprender esta huida perdida, esta salida imposible de su estela? Y antes de poder ser el revulsivo de la existencia, a veces su punto de disolución o de peligro definitivo, quizá conviene recordar el poder de iluminación total de la vida del erotismo, que brinda toda su luz, su fuerza y belleza a la vida misma, despierta todos los

sentidos del cuerpo, entrega su cálida vida a todas las dimensiones del ser vivo, y más allá para quienes lo desean. Aquí radica la gran virtud del erotismo, como lo apunta Lou Andreas-Salomé: «Todas las obras vitales, toda la fertilidad interior y toda la belleza pueden emanar del simple contacto».[9] Irreductible a un placer terrenal, el erotismo mueve y pone en juego la vida misma, su sentir, la identidad del ser, la vida de los cuerpos, todos los sentidos del ser humano, sus extensiones y ramificaciones. De nada a todo, el erotismo lleva a las estrellas, a veces deviene la gran vida, lo absoluto insuperable, farol que enciende las existencias prosaicas. Y, por último, para situar lo que está en juego, como escribió Ninon de Lenclos, la «Señora del Amor», la gran cortesana del siglo de Luis XIV y escritora epistolar: «Es más difícil hacer bien el amor que hacer bien la guerra».

1. Erotismo: definición, esencia y misterio

De los «amores oscuros» de Federico García Lorca a lo sublime, de las frustraciones y contenciones al goce infinito y las fantasías infinitas, del fuego deseado a la triste y sórdida realidad de los pequeños gustos, de lo sublime a lo obsceno, de las patologías a la ausencia de vida íntima, el erotismo va más allá de la sexualidad, la historia y la psicología como una luna negra, un farol eterno cuyo brillo alumbra nuestras vidas. Para no perderse entre las tantas definiciones o intentos de pensar el erotismo, quizá sea útil restringirlo a la erupción de un espacio-tiempo que pone en juego, despierta, mueve o conmueve algo del deseo, aunque impreciso, inconsciente o no, de una persona hacia otra(s), sin importar el futuro de dicho deseo, olvidado, realizado, transformado. La irrupción de Eros en la vida de una persona otorga a su existencia otro color, aire, fuerza, ímpetu, sin poder discernir quién o qué es el detonante de este deseo, la otra persona, el mundo o uno mismo.

Quizá no sea necesario entrar en las famosas temáticas de la transgresión de Bataille, del desarrollo de un escenario sexual, del «goce, aquello cuya falta haría vano el universo», según Lacan,[10] de

la plenitud absoluta, cósmica, fisiológica y poética que aporta el erotismo, según Lou Andreas-Salomé, para subrayar que el erotismo, aunque latente y quizá siempre presente, reprimido o inconsciente, en la vida social y humana tal vez (¿desde siempre?), emerge con la aparición de un deseo que busca satisfacer su ansia, cumplir con su demanda hacia un otro, real, imaginario o inexistente. El erotismo irrumpe y tumba el curso del tiempo profano, interrumpe el movimiento del mundo al apoderarse del ser humano una necesidad tan imperiosa que su vida misma puede tambalearse. De alguna manera, más allá de toda espiritualidad y religiosidad, el erotismo es el último resquicio de lo sagrado, de lo absoluto necesario que relega el resto de la vida y de los mortales a poca cosa, casi ninguna, y se consagra como dueño de sus víctimas, consentidas o no. Sin vínculo estrictamente necesario con el mayor demonio o dios de la vida humana —el amor— ni tampoco con la reproducción biológica y la procreación, el deseo erótico y las alteraciones de la libido forman, quizá, el último bastión indomable, impredecible, irreverente e indescifrable por pleonasmo de la vida. Puede surgir en cualquier situación y en cualquier momento, para mayor sorpresa de sus víctimas, que pueden reconocerlo u ocultarlo, seguirlo o reprimirlo. Es anarquista, caos y negación del orden de la vida, de los valores y de las normas de la sociedad, y de la persona alcanzada por sus alas, indiferente a las clases y a las diferencias de situaciones personales, inmune a la moral, a los poderes del dinero, a los conflictos políticos, a las conveniencias, a los rumores y a las famas. Así va, soberbio y misterioso, sigiloso e impenetrable, quizá con algo siempre inalcanzable para la conciencia y el conocimiento, mutante y caprichoso felino que asedia el tesón de las vidas humanas, las hace tambalear para mejor devorarlas, llevarlas a su poder soberano sin rival y dejarlas a veces en la cúspide de la vida, otras para ejecutar a sus víctimas o pasear su sombra eterna, su maldición desdichada sobre la vida enclaustrada de sus renegados, incorruptibles, huérfanos abandonados. Así avanza el erotismo para rendir a su suerte a sus víctimas, entregadas y voluntarias para el cenit extático, corriendo el riesgo de perderlo todo por una sombra prometedora…

El erotismo expone y empuja, pues, a sus contrincantes a un juego peligroso en el que la vida entera puede caer del otro lado, donde perderlo todo es, como en el casino para los jugadores empedernidos, una pena muy ligera comparada con el fulgor de sentir su vida llegar al cenit de la excitación, al clímax del deseo, quizá de los placeres y/ o más, quién sabe. Solo lo sabrá quien acepte el pacto con este Fausto inmortal y dominador, y se entregue, aunque sea en mero pensamiento, como una fantasía, a la lujuria, la concupiscencia y, de paso, una vez llegado al umbral de las seducciones oscuras, al imperio de las patologías psicosexuales. Quizá haberlo vivido sin más, sin llegar a ningún puerto reconocible o decente (el amor, la pareja...) es el oro con el que el deseo cubre a las personas atrevidas y dichosas que han sentido el fluir de su paso y se han entregado a su promesa.

Quizá el erotismo marca un antes y un después, destituye a un mundo pasado para desembocar en otra vida porque, aunque sea una sola vez, se ha traspasado el umbral de ese paraíso, con o sin amor, para quedarse perturbado por la absoluta unión que ocurrió. La carta de Eloísa sobre los placeres con Abelardo —tan vividos que nunca pudo olvidarlos y, es más, que todavía añora, atormentada por el suplicio de no haber ido a más, de no haberles dejado más rienda suelta y lamentando el no poder volver a ellos— es estremecedora por parte de esta monja pecadora, cuya leyenda recuerda su amor, pero no el ímpetu, su ansia de erotismo transgresor. El erotismo no es en absoluto un juego inocente ni vano, ya que su expansión puede no conocer límites: ni siquiera el saber o el conocimiento lo ciñen, no pueden delimitarlo ni poner fin a su expansión. Con el erotismo todo puede ocurrir: el paraíso o lo contrario, muy poco, casi nada, hasta el recuerdo puede desaparecer. O todo puede periclitar, echarse a perder, hasta la misma vida para este divino éxtasis prometido, luego soñado, fantaseado, imaginado, devenido una obsesión sin cura, una caída sin final, siguiendo la estela de este relámpago soberbio que alumbró sus pasos una noche de verano, una tarde de invierno, una hora de paseo que se apoderó de alguien en un minuto de distracción. Como lo explica Lyotard, el filósofo de la

postmodernidad: «Esta es la verdadera región a ocupar, se puede perder la vida en ello, uno puede entregar todo su cuerpo en orden, su estatus socioprofesional, su presunto pasado y su presunto futuro por eso; uno puede llegar a querer pagar muy caro, fuera de precio, este momento».[11]

Un sueño quizá, o el terremoto mismo, el seísmo que engulle la vida en un espasmo absoluto por antonomasia y, para más inri, incluso deseado. Pero, desde luego, el erotismo no es un mero juego de placeres, sino que pone en juego la existencia misma, absoluta y totalmente, como recuerda el gran poeta y escritor erótico Pierre Louÿs en el prólogo a su novela *Afrodita*: «Los seres que no sintieron, para quererlas o maldecirlas, las exigencias de la carne son incapaces por lo mismo de comprender el alcance de las exigencias del espíritu».[12]

Eros: valor, medida de la humanidad

El decálogo erótico parece no tener fronteras: desde la mecha que enciende al deseo hasta su recorrido secreto en la intimidad, todas las anclas levantadas, las fronteras repasadas en la locura de la fantasía regocijándose; esa fuente que se despierta un día y se expande en el cuerpo, incontrolable, enciende el mayor órgano sexual: el cerebro, sus millones de feromonas, indiferentes al cumplimiento del deseo o no. Reina la libido sobre el cuerpo, cuya erogeneidad se contagia sin límites; el cuerpo entregado, asaltado, invadido o abdicando ante el paso majestuoso de esta nave venida de otro mundo, de esta emperatriz que promete detener las llaves del paraíso. Antes del reinado de los placeres, cuando la intensidad del deseo solo aumenta la pulsión de vida, Eros ya gobierna a sus recién convertidos o ya vasallos, y los conduce a cierta inmortalidad perecedera, entre la espera y la consumación de la lumbre en la que se han convertido. Allí, Eros vence a Tánatos, la vida multiplica su potencia, su valor mismo.

Luego vendrá la época de los placeres, de las cúspides, nunca de los cuerpos, sino de los seres del todo, ya que el erotismo, incluso

desprovisto del mínimo afecto, de todo lo que no sea pura atracción sexual, amenaza con expandirse, contagiarse, contaminarse a otros territorios de la vida, al descubrir en el otro no un objeto del deseo, sino un *partenaire* de juego, una compañía nupcial. Siempre cerca del deseo, acecha la promesa, como decía Stendhal acerca de la belleza, del goce devenido felicidad.

El hedonismo y sus escuelas filosóficas —el epicureísmo, el libertinaje—, sus tecnologías —el «orgasmatrón» de Reich, los filtros de amor, los juguetes íntimos— tanto como el arte del cortejo o el baile de los deseos consintiéndose, crearon una cultura y un aprendizaje de los placeres humanos, múltiples, insospechados, infinitos. Su origen está resumido en una carta del marqués de Saint-Evremond a Ninon de Lenclos: «Gozar del placer, la voluptuosidad por decirlo todo, es la verdadera finalidad que buscan todos nuestros actos».[13]

Allí, definitivamente, la especie humana se singularizó al arrancarse de las necesidades animales y separarse de los instintos bestiales para llenar la vida entre personas de artes amatorias propiamente humanas que definen su esencia o, por lo menos, marcan una de sus diferencias con las otras especies. Desde los símbolos fálicos o las estatuillas de mujeres representadas como Venus pródigas de sus curvas generosas hasta las primeras pinturas rupestres, el erotismo no solo aparece en las primeras huellas de la civilización humana, sino que, desde entonces y hasta hoy, surge como un enigma irreductible a la mera generación de descendencia, una casi divinidad, como sugiere Voltaire en una carta: «El placer es divino, y pienso que cualquier hombre que bebe una copa de Tokai, besa a una bella mujer, quien, en dos palabras, tiene sensaciones agradables, debe reconocer la existencia de un Ser supremo y benevolente». Este halo intangible pero permanente, esta aura de misterio que acompaña la andanza humana y sus sombras, sin tener ningún parangón en otras especies, es su propiedad más singular, que, como el agua o la arena, se escapa de las manos de quienes intentan atraparla.

El Eros, ese reinado poliédrico, puro juego soberano,[14] un valor en sí mismo, desligado tanto de la reproducción biológica como del instinto animal, una zona de encuentro y de descubrimiento del otro con quien dar y recibir se confunden en un mismo movimiento,

rompiendo las barreras del sujeto y del objeto eróticos, entregados e iguales. Eros como superación de la violencia y creación de otro vínculo con los demás, sin necesidad siquiera de desembocar en esta pasión mayúscula, el Amor. Eros como extrañeza del deseo libre, sorprendente y raro, como lo expresa Siri Husvedt: «Es políticamente incorrecto admitir que el placer sexual llega en todas las formas y tipos; que las mujeres, iguales que los hombres, están a menudo atraídas por otras personas que parecen estúpidas en el mejor de los casos y perversas en el peor».[15]

Eros como paz y respeto del otro, disfrute de las vidas reunidas, fuera, por supuesto, de todo lo que no se fundamenta en el consentimiento —la ética del otro que se entrega y la ley—, que protege a las personas que no pueden expresar su deseo. Infinito, inasible, indomable, Eros baila y juega con sus presas favoritas, nuestra vida.

2. Erotismo y lenguaje

El erotismo constituye, pues, un rasgo propio del ser humano, la marca de su identidad o su esencia, al no ser compartida con otras especies animales esta dimensión de juego, de arte total (sensual, sexual, intelectual). Esta esfera humana se nutre de la triple dimensión que estructura al sujeto humano: el cuerpo, el inconsciente y el lenguaje. El erotismo vivido vuelve a las fuentes inconscientes de la persona para, desde el asombro del cuerpo estremecido, sentir los movimientos de deseo que le agitan, superan, asombran y atraviesan. Espectador pasivo de las sensaciones y emociones que le atrapan, de los goces sexuales que pueden sorprenderle, por más que uno mismo sea conocedor de las zonas erógenas, gustos y preferencias íntimas, el erotismo mantiene intacto y brillante el singular enigma que hace despertar el deseo, pájaro libre, indomable e impredecible, en el más anodino, imposible de los escenarios.

El papel del imaginario se extiende, así, mucho más allá de las fantasías conscientes que atizan al deseo, sitúan y ponen en acción la

libido hasta entonces dormida al ser la punta visible de toda la maquinaria deseante y consabida. Así lo afirman los sexólogos Phyllis y Eberhard Kronhausen: «Lo que distingue la sexualidad humana de la sexualidad de las otras especies es, precisamente, la fantasía sexual. Por tanto, no tenemos motivos para asustarnos ni avergonzarnos de nuestras fantasías sexuales, aunque estas sean muy aberrantes, anómalas y excéntricas». El papa del *Nouveau Roman*, Alain Robbe-Grillet, escritor y cineasta considerado como indecente, lo confirma sin ambages: «Lo único que pueda reivindicar la especie humana es la fantasía, con toda su grandeza, monstruosa y frágil».[16]

Anclado en las primeras imágenes —corporales y amorosas a la vez— del cuerpo materno, el universo imaginario se dispara al mezclarse con el deseo íntimo: fantasear es ya cumplir y vivir el escenario erótico provocado por aquella persona. Fantaseo, *ergo sum*; desde esta perspectiva, la humanidad solo lo es plenamente cuando cumple con su vocación erótica-imaginaria y reafirma que el erotismo —otra vez al contrario de los instintos reproductivos animales— es *cosa mentale* ante todo. Quizá habría que añadir: fantaseamos, humanos somos.[17] Y el lenguaje acude para dar testimonio y cuenta de las alteraciones del ser humano por el erotismo, explicarlo, entenderlo. Allí radica su espléndida ambición y la marca de su fracaso: desvelar el misterio de la intimidad humana —los deseos, la libido y el goce—. Tal como lo afirma Philippe Sollers: «El erotismo, sin "decirlo", no es nada».[18]

El mejor ejemplo de esta paradoja estriba en el fracaso confesado de los psicoanalistas, desde Freud hasta Lacan, para comprender el «continente negro», es decir, las mujeres, el ser humano cuya diferencia sexual estriba en su «goce no fálico». La liberación sexual y la emancipación feminista empiezan a producir frutos textuales apasionantes también en esta perspectiva, pero el misterio de la intimidad perdura con un esplendor inalcanzable. Uno de los aciertos del psicoanálisis fue poner en el centro de la existencia humana la cuestión del goce sexual —su lugar, su pulsión originaria, su derecho y su papel en la vida de las mujeres y de los hombres—, aunque en el caso de las mujeres no consigue aclarar su diferencia.

Más allá de las diferencias sexuales, esta lucha perdida del lenguaje con la intimidad se ilustra y tiene su principio en la paradoja de la noche sexual originaria de la que provenimos, pero

que, según Pascal Quignard, nos resulta imposible representar.[19] La noche de nuestra concepción se nos escapa, el lenguaje no puede dar cuenta de ella. Más que un tabú, la escena de la que provenimos está tapada, figura de lo inasequible, fuente y origen de nuestro ser. ¿Cómo el lenguaje podría, pues, volver a los lugares del crimen, representar las imágenes insoportables del coito que nos dio luz, y describir el erotismo que nos creó? El continente de la intimidad se establece así como el punto negro, el ángulo ciego del lenguaje, porque de ello proviene, y no al contrario. Y por extensión, más allá de las cuestiones personales puestas en juego en esta imagen, aquella zona, la intimidad y sus secretos, el deseo y la realidad están, de entrada, fuera del alcance del lenguaje, al tiempo que esta imagen que falta crea un vacío que impulsa el movimiento del sujeto humano lanzado a su búsqueda o captura: es el nacimiento del deseo. Así recuerdan las cartas que abren y cierran esta antología el vínculo del deseo con la creación: escribir el goce o crear a partir de su estela proceden del mismo caudal, las fuentes entremezcladas del lenguaje y del erotismo.

3. La ciencia y el erotismo: el misterio intacto del Eros

Pese a todas las esperanzas puestas en descubrir los secretos del nirvana íntimo, todos los recursos invertidos hacia la búsqueda de la ecuación del milagro erótico, el erotismo mantiene intacto su misterio para las ciencias, a las que se resiste. Las ciencias pueden dar cuenta y describir los movimientos neuronales que conducen al nacimiento del deseo, de la excitación sexual, de las ganas íntimas, pero no crearlo. Lo pueden incentivar con la tecnología, las pastillas pueden remediar carencias o disfunciones, pero no entenderlo del todo, dar con la clave que explique toda la trayectoria del corpus libidinal.

En este sentido, la ciencia sigue incapaz de explicar, aunque no de describir, el origen del deseo, la profunda fuente del orgasmo y lo que separa el cuerpo biológico del sustrato absoluto de la vida misma, que, con una caricia, un beso o más, vuela hacia las estrellas.

Sería una cruel labor componer un florilegio de sus certezas y descubrimientos a lo largo de la historia, incluso restringida al género epistolar, sobre el funcionamiento de los asuntos humanos íntimos. Sin encontrar nunca la tierra perdida ni desvelar los secretos que lastran la felicidad íntima, la ciencia multiplica las proezas técnicas, sin dar con la comprensión de fondo. Algunas de las cartas aquí recogidas, la de Lou Andreas-Salomé, por ejemplo, combinan verdades científicas caducas con una reflexión que sigue tan fructífera y acertada hoy como hace un siglo, cuando se escribió. Lo mismo valdrá con las supuestas verdades científicas contemporáneas que se acercan, estrechan el lazo sobre el misterio profundo del Eros, sin alcanzarlo nunca, tragedia prometeica del hombre moderno. Quizá les falta la poesía, la palabra —aunque a veces no hace falta ni una sola, el silencio será el oro lenguaje—, para que se encienda la alquimia, la turbadora *poiesis* del Eros. Quizá el erotismo esté tan irremediablemente enlazado al lenguaje que nos define como seres humanos que, sin la palabra, el erotismo sería una pobre realidad, la atracción instintiva de animales, no la de cuerpos libidinales, que no libidinosos.

4. Escribir el erotismo

Así dispuesto, el conflicto del lenguaje con la representación de la intimidad no parece tener solución, sino solo intentos parciales y fragmentarios que alguna vez, desde algún lugar, ofrecen aciertos abrumadores y excepcionales. Mucho se ha hablado del éxtasis bíblico (*El cantar de los cantares*) o no (santa Teresa) como paradigma del éxtasis total —íntimo, cósmico, sexual—, que nos lleva al paraíso.

¿Cómo escribir lo que nos supera y ata a la otra persona, esta fuente de la que provenimos, este rincón más secreto e íntimo? Proust, en su genialidad poética, acuñó una expresión fabulosa para significar «hacer el amor»: «hacer catleya», flor de la primavera, a las antípodas del comentario de otra gran figura, citada en esta antología, Aleksandra Kolontái: «Hacer el amor como se bebe un vaso de agua». Con ello demuestra, una vez más, que la creación

literaria es, quizá, más allá del fracaso de la ciencia y sin la necesidad etérea de las religiones o de la espiritualidad, la gran potencia que puede elevarse a la altura del erotismo y desvelar los secretos de su esfinge.

Las figuras de las dos Lou reunidas en este libro pueden servir de guía en esta noche oscura para salir de este *impasse* del lenguaje al escribir el erotismo. La primera, la compañera de Rilke, la admirada discípula de Freud, incide sobre el halo infinito del erotismo, más allá de todas las cuestiones fisiológicas en juego: como la primavera, alumbra todo lo que alcanza; el cuerpo entero, toda la vida. La segunda, la amante fugaz del poeta Apollinaire cuando era soldado durante la Primera Guerra Mundial, consigue, en las pocas cartas suyas, ahora por fin publicadas, superar y relegar el famoso ardor bestial e ilimitado de su amante y reinar como la verdadera estrella del deseo que los une, no solo el objeto de su deseo faraónico ni su iniciadora, sino su sujeto activo, más cómplice y soberana a la vez, astro absoluto, libre del erotismo y de la vida misma. Estas guías femeninas en estas tinieblas del erotismo recuerdan la gran falta que mancha la historiografía del erotismo, la palabra y la letra escrita de las mujeres. Más de la mitad de la humanidad se ha quedado casi muda, no en absoluto por serlo ni por tener poco o nada que decir, gritar o apuntar sobre todos los temas posibles, y sobre este en especial. El cambio ha llegado, pero harán falta algunas décadas más para que se hagan públicos los comentarios, las charlas, las cartas de las mujeres vivas y de tantas, desaparecidas, que, sobre este tema, igual que en todos, tienen tanto que expresar y aportar a la comprensión de esta oscura y sublime cuestión humana: el erotismo.

Y con ellas, obrar una triple reivindicación —de las mujeres, como sujeto mayúsculo de la historia, y de la literatura y la correspondencia en especial— como archivo antropológico-histórico heurístico y, sobre todo, como testimonio vibrante y joya literaria a la vez sobre las mil y unas vivencias eróticas.

5. El erotismo y sus géneros literarios

Philippe Sollers, en una conferencia tan provocadora como certera, [20] recordaba sus inicios como lector, confesando que buscaba allí, como muchos niños y niñas, no el secreto del mundo, grandes aventuras apasionantes o epopeyas legendarias, sino la revelación de cómo los adultos hacían el amor. Por eso se leía en aquel entonces, sin la omnipresencia de las imágenes de deseo, antes de la disponibilidad tentadora y permanente de la pornografía. En efecto, narrar el origen del deseo, la escala que lleva a la cúspide de la unión con otra persona y los gestos sagrados y secretos que acompañan este trance es, sin duda, una de las virtudes de la literatura. Esta misma ambición queda reflejada en las representaciones pictóricas, en los mitos fundacionales de las comunidades humanas, en las poesías y la ciencia de cada época sin que se detenga este movimiento centrípeto de creación en torno a, por lo menos, la unión de los cuerpos. Del Eros al arte y la literatura, y, de manera más amplia, a la creación solo faltaba un paso, el mismo que cumple el deseo al afirmarse, tautología proverbial del deseo y de la escritura. Del mito del amor como reunión del ser andrógino en Platón al invento de la poesía amorosa, de las pinturas etruscas al «hacer catlaya» de Proust, de la atracción de los astros al poder subliminal de la luna, Eros es el origen absoluto del deseo y su horizonte irrecuperable, irrecobrable; la literatura yace y vibra en este arco de la vida misma.

Si la literatura se afirma como lugar de expresión, testimonio, reflexión e indagación de lo erótico, la cuestión sería, entonces, ¿qué generó es el idóneo para llevar a cabo esta tarea tan ardua? Dos géneros han destacado a lo largo de la historia: la poesía —desde Safo hasta Bukowski, pasando por Pietro Aretino—, y la novela, que desempeñó un papel crucial en el descubrimiento del erotismo a través de libros como *El amante de Lady Chatterley*, los *Trópicos* de Miller o la obra del marqués de Sade; páginas históricas en las que, antes del cine, se aprendía todo el saber sobre estas materias incandescentes.

Los textos íntimos y autobiográficos —el diario, los cuadernos, las memorias—, curiosamente, han quedado por detrás de la fábrica de la ficción y de la composición poética. Cierto es que la trasposición de escenas vividas y de sensaciones realmente experimentadas, y, por lo tanto, el recurso al artefacto, a la toma de distancia, es decir, el uso de la ficción —al igual que la publicación

bajo anonimato— fue durante siglos la mejor manera de proteger a sus autores de las persecuciones y condenas variadas. La gloria literaria recayó sobre los poetas valientes que firmaron con su nombre obras transgresoras que les valieron la muerte (Théophile de Viau), el exilio (Ovidio) o el oprobio público (Giorgio Baffo).

De manera asombrosa, la correspondencia es la gran olvidada de la literatura erótica, poco publicada, celebrada, considerada. Sin embargo, siguiendo el pensamiento de Jacques Derrida, que la sitúa como la reina madre de la literatura, más que un género, quizá la literatura misma, habría que añadir: el origen de la literatura, su única y máxima necesidad (por su papel de organizadora de la sociedad, para evitar estar abocados al azar o al caos social). Más allá de los cambios tecnológicos que separan a un mensajero aprendiendo de memoria el texto que debía transmitir (como el famoso Maratón) de los mensajes de WhatsApp, la correspondencia ejemplifica la estructura misma de la literatura: un texto escrito por una persona para otra. Antes de que se complique este esquema, la correspondencia señala que una medida de la literatura, y de cada uno de sus géneros, es la relación que establece la persona autora de la carta con sus destinatarios.

Allí, siguiendo la metáfora del erotismo y sus posibilidades, ante la disyuntiva algo borrosa de la literatura entre lo ficcional y lo testimonial, el veredicto sería implacable: el diario sería puro onanismo, relación de uno con uno mismo, con el mundo a sus espaldas, imperio de pura egolatría. La poesía erótica sería el exhibicionismo de virtudes en un teatro donde compiten rivales y pares, destinada a la figura amada o a sus cómplices, ejercicio de regocijo de uno mismo ante los suyos y la sociedad. Y la novela, con sus máscaras ficticias, escrita para el gran público, brilla por la ausencia de un destinatario real, por lo que se dilata una obra para el goce y disfrute del público, última figura de la persona deseada.

6. Cartas eróticas

Antes de valorar su contenido, ¿qué aportan las cartas a esta

tipología de textos literarios eróticos? Ante todo, la valentía de sus autor@s, que destinan su obra no al gran público, a sus pares o a sí mismos, sino a la persona y para quien escribieron dichas confesiones, fantasías, lamentaciones y sufrimientos eróticos. Valor, confianza y atrevimiento de l@s autor@s epistolares al someterse a la aprobación o la reprobación de la destinataria, mucho antes del riesgo eventual de su publicación y sus consecuencias, corriendo el riesgo de un posible escándalo. Y, sobre todo, osadía íntima: abrir al otro el jardín secreto, muy a menudo callado desde y para siempre, de las tentaciones, los deseos, las locuras que provoca quien lee esas misivas. Este acuerdo tácito, frágil, efímero, más allá del cumplimiento de sus propuestas o demandas, es el gran valor humano de la correspondencia erótica, la recompensa de la confianza de las personas valientes que se lanzaron al vacío por confesar, pedir, narrar, desear en voz alta para su *partenaire* erótico. La misiva erótica es un acto de gran valor y valentía, mucho más auténtica y osada que cualquier otra producción literaria destinada a uno mismo, a su círculo o al gran público; en esta fiebre epistolar no existe ya el mundo, ni siquiera la relación de una persona con otra, sino el flujo epistolar que las une y se alimenta de esas palabras escritas e intercambiadas en el temblor de su confidencia secreta y a la espera de su absolución o bendición.

Estas cartas eróticas no se ciñen a describir y reproducir el canon erótico de una época ni se limitan a recoger y reflejar los códigos, las normas y las formas del erotismo en uso en su día, sino que conforman y dibujan con nitidez la relación erótica que une a estas personas. Fiel reflejo de las relaciones intersubjetivas, los amantes se abstraen del trasfondo erótico de su espacio-tiempo para inventar su relación erótica singular, original e irrepetible, creativa, secreta e insuperable, recogida en sus cartas que enseñan sus formas eróticas, artes o no, catástrofes, aventuras, proezas o accidentes rocambolescos y estridentes, patéticos o sublimes. De ahí proviene el profundo valor de estas cartas y de la correspondencia erótica, escrita en primera persona, asumiendo cada palabra susurrada, regalada al borde del colapso o del espasmo, valiosa joya humana, esplendor literario.

La alteridad implícita en la redacción y la expresión de cada carta impide, limita o, por lo menos, condiciona, *de facto,* la

egolatría, la vanagloria y la soberbia de su autor@ al confrontarl@ con la comprensión y al entendimiento del otro. Es, efectivamente, un texto más allá de lo literario, que dibuja no el erotismo, sino las formas de una relación erótica sostenida por esa correspondencia. Realidad, *ars erótica*, dramas, falta, delirio: la correspondencia encierra entre los amantes esa caja secreta, imán, obsesión de sus vidas. Abiertas a los demás, son un archivo antropológico apasionante y único, quizá el gran documento que faltaba para entender la intimidad, el género más femenino de todos por el uso histórico que hicieron las mujeres, también para salir del yugo de la dominación patriarcal y machista.

La aportación de la literatura al psicoanálisis, la psicología y hasta a la sexología es soberbia cuando se mencionan los conceptos de sadismo, masoquismo y otras grandes perversiones que irrumpen en el transcurso de la historia, ante todo, como aportación de escritores. Por ejemplo, el BDSM no se puede pensar sin tener en cuenta las cartas del marqués de Sade o de Sacher-Masoch, que guardan y exponen, mejor que cualquiera de sus obras de ficción, la realidad vivida de estas tendencias íntimas mucho antes de que el fundador de la sexología moderna, Richard von Krafft-Ebing, inventara este neologismo tan famoso y problemático a la vez: el sadomasoquismo. Al comienzo de nuestro siglo, el éxito de cierta novela, que reveló la curiosidad de una parte de la población mundial por ciertas prácticas de sumisión y dominación, confiere a estas cartas de los ancestros de estas prácticas, retrospectivamente, un valor originario y fundacional.

Para convencerse de su valor psicológico, antropológico y literario, aparte de retratar o reflejar la vida de sus autores, basta con recorrer el homenaje epistolar al erotismo que reúnen las cartas escogidas en este libro: desde Miguel Hernández hasta Ninon de Lenclos, pasando por Maquiavelo y Mozart, es un abanico, incompleto y en absoluto exhaustivo, de las pasiones eróticas humanas.

Destaca entre ellas *L'absente de tous les bouquets*: las cartas femeninas en todo su esplendor. Poco conservadas y editadas hasta ahora, emergen sin embargo desde hace un siglo correspondencias femeninas eróticas extraordinarias: Lou Andreas-Salomé, Mademoiselle S., Anaïs Nin, Vita Sackville-West, que arrojan por fin

una luz sobre el erotismo vivido por las mujeres, completando y revisando el saber en esta materia que, hasta ahora, han acumulado sobre todo hombres.

Solo queda por resaltar una aportación propia a esta antología: las tres cartas que Juliette Drouet, la gran mujer de Victor Hugo, escribió al poeta. En ellas le describe y narra la vivencia del orgasmo femenino para que lo entienda y haga uso de ese conocimiento más allá de la búsqueda y la satisfacción de sus propios placeres sexuales, como buen fauno machista que fue. Si estas cartas no tuvieron ningún efecto en su comportamiento, ojalá ganen un lugar destacado, más allá de esta antología, en la historia del placer femenino y de la sexología, al ser una de las primeras confesiones en primera persona sobre el goce femenino, auténticamente vivido y contado. Como le ocurrió a Freud con las mujeres dichas «histéricas», quizá solo faltaba escuchar a las mujeres en este caso, leer sus cartas, cuya expresión es diáfana, liviana, para salir de la tierra incógnita humana.[21] En este sentido, convendría releer otras obras de ficción que sentaron cátedra en este asunto y provocaron asombro y admiración unánime, como el monólogo de Molly Bloom, al final del *Ulises*, de James Joyce. Y, sin duda, aplicar una lectura con perspectiva de género de las cartas de Juliette Drouet, una mujer terriblemente maltratada por la gloria literaria y política francesa del siglo XIX: enclaustrada en su casa, con la prohibición de salir a la calle sin su amante, responde al maltrato que sufre con un amor tan absoluto como su sumisión a su maltratador, a pesar de momentos de profunda rebeldía al comportamiento tiránico de Victor Hugo. Y en materia íntima, entrega a la posteridad estas cartas, puesto que él desiste de su papel de destinatario que hubiese acatado y asimilado su contenido. Su legado es inmenso: la verdad escrita y revelada al mundo sobre el placer femenino, escrita por una mujer a su amante glorioso, pero sordo a sus peticiones. En este mismo sentido, en el siglo XXI, de una manera similar a la liberación de las palabras de las canciones escritas y cantadas por mujeres sobre el sexo[22] con los logros del feminismo, cabe esperar, para complementar este libro, la publicación de las correspondencias femeninas contemporáneas y la exhumación de muchas otras pasadas para, por fin, poder leer y entender el secreto de los secretos, el goce del continente negro, el misterio de las mujeres.

De la carta al deseo, queda un camino inusitado por recorrer entre escribir una carta y escribir una literatura no espistolar, destinada a otra persona, su deseo, agrado, aprecio. Escribir para que otra persona lo lea hace de la correspondencia la matriz, el origen de cierta literatura que no hubiera existido sin su destinatario. ¿Qué texto literario se gestó fuera de la dimensión de la otra persona que lo espera, reclama, hasta exige, suplica o simplemente lo desea y, en cierta medida, suscita y crea también? Esta puerta entreabierta por la correspondencia, entre escribir a alguien y escribir para aquella persona algo que la contente, el paso del deseo a la demanda, realza el texto creado, enviado y regalado, emisario y muestra de los afectos, la genialidad y hasta del corazón de su autor@. Así, la correspondencia invita a la emancipación de sus propios límites y a concebir obras para una persona en concreto. Aparece aquí la diseminación creadora del deseo epistolar cuando la carta ya no solo transmite el deseo de su autor@, sino cuando responde y complace, hasta superarlo con creces, al deseo de su destinatari@. Nadie expresó mejor el nexo, casi el destino estructural, entre la carta y el erotismo que esta llama incandescente de la literatura erótica (y mucho más) que es Pauline Reage/Dominique Aury, quien afirma, en el sentido más estricto de la palabra, sin ninguna metáfora, que «*La historia de O* es una carta».[23]

Portadora de los secretos inenarrables o destinada a colmar las fiebres de la destinataria, la carta nutre la vida misma de los amantes y desborda los límites de su género, hasta emanciparse de sus circunstancias, para crear, deseo cumplido en la escritura misma, obras sublimes del Eros y la Literatura, con mayúsculas.

Una misma elipse centrífuga alimenta este magma llamado Eros y sus envíos escritos, *continuum* ya indiscernible, auto-*poiesis* fecundadora, que descansa, eterna bella durmiente en el fondo inescrutable de la vida humana, estalla a veces en erupciones repentinas, destruye Pompeya, funda Atlantides, crea *Odiseas* o construye torres de marfil dedicadas a las artes amatorias. ¡Que brille para siempre!

AGRADECIMIENTOS

Este libro no sería posible sin la intervención capital y la amistad esencial de mis agentes —Pablo y David Álvarez, María Jesús Fernández y David de Alba, los pilares de Editabundo Agencia Literaria— y sin la labor fundamental de mis editores —Ariane, Berta y Gonzalo— y sus equipos respectivos. Que cada una de estas personas mencionadas reciba la expresión de mi profunda gratitud por haber contribuido al nacimiento de este nuevo opus epistolar.

A mi pareja de amor, Marisa Padilla, faltan palabras para agradecer su acompañamiento entusiasta, su solidaridad absoluta con mis pesquisas culturales, su paciencia en la gestación larga de este libro. Millones de gracias y más de amor.

BIBLIOGRAFÍA

Andreini, Isabella, *Lettres à mes amants*, Alternatives, 2006.

Anónimo, *Onania: or, the heinous sin of self-pollution, and all its frightful consequences (in both sexes) considered: with spiritual and physical advice*, Gale ECCO, Print Editions, 2010.

Apollinaire, Guillaume, *Lettres à Lou*, L'imaginaire, 2020.

Aretino, Pietro, *Selected Letters*, Penguin Books, 1976.

Audouin-Rouzeau, Stéphane, *L'Enfant de l'ennemi*, Champs histoire, 2013.

Barrios, Manuel, *Los amantes de Isabel II*, Temas de Hoy, 1994.

Baudelaire, Charles, *Oeuvres complètes*, Robbert Laffont, 2011.

Baudus, Florence de, *Pauline Bonaparte: Princesse Borghèse*, Perrin, 2018.

Beaumarchais, Pierre-Augustin Caron, *Lettres d'amour*, Fayard, 2007.

Bolívar, Simón, y Manuela Sáenz, *Libertadores de América: Cartas de amor*, publicación independiente, 2020.

Bosworth, R. J. B., *Claretta: Mussolini's Last Lover*, Yale University Press, 2017.

Bousquet, Joë, *Lettres à Ginette*, Albin Michel, 1980.

Bretón de los Herreros, Manuel, *Obra selecta*, Universidad de La Rioja, 1999.

Burnat-Provins, Marguerite, *Le Livre pour toi & Cantique d'été*, In Folio, 2020.

Byron, Lord, *Selected Letters and Journals*, Pimlico, 1993.

Carrington, Dora, *Letters*, Penguin Random House, 2017.

Carroll, Lewis, *The Letters of Lewis Carroll*, Oxford University Press, 1979.

Cristina de Suecia, *Lettres secretes de Christine, Reine de Suède, aux personnages illustres de son siècle*, Frères Cramer, 1761.

Chaikovsky, Pyotr Ilich, *The Tchaikovsky Papers: Unlocking the Family Archive*, Yale University Press, 2018.

Chopin, Frédéric, *Chopin's Letters*, Dover Publications, 1988.

Coligny-Châtillon, Louise, *Lettres à Guillaume Apollinaire*, Gallimard, 2018.

Constant, M., y M. Gabrielle, *Des tranchées à l'alcôve: Correspondance amoureuse et érotique pendant la Grande Guerre*, Imago, 2006.

D'Annunzio, Gabriele, *Lettere a Barbara Leoni*, Carabba, 2008.

Debussy, Claude, *Correspondance*, Gallimard, 2005.

Iriarte, Tomás de, entrada en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, en: <https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/sonetos-del-siglo-xviii--0/html/00199ce8-82b2-11df-acc7-002185ce6064_10.html#:~:text=Respuesta%20a%20una%20dama%20que,que%20hallaba%20en%20su%20cuerpo&text=grande%2C%20redondo%2C%20grueso%2C%20limpio,naci%C3%B3%2C%20%C2%A1fuego%20de%20Cristo!>.

Dickinson, Emily, *Open Me Carefully: Emily Dickinson's Intimate Letters to Susan Huntington Dickinson*, Paris Press Incorporated, 1998.

Diderot, Denis, *Correspondance*, Robert Laffont, 1997.

Donne, John, *The Complete English Poems*, Everyman, 1991.

Drouet, Juliette, *«Mon grand petit homme...»: Mille et une lettres d'amour à Victor Hugo*, Gallimard, 2002.

— y Victor Hugo, *Lettres à Juliette Drouet*, Fayard, 2009.

Duginova, A., «Focus sur une lettre érotique de Léon Trotski», *Pásseisme*, 18 de diciembre de 2019, en: <https://www.passeisme.com/articles/focus-sur-une-lettre-erotique-de-leon-trotski/>.

Junceda Avello, Enrique, *Ginecología y vida intima de las reinas de España*, Temas de Hoy, 1992.

Dumas, Alexandre (hijo), *L'homme-femme: réponse à M. Henri d'Ideville*, M. Lévy, 1872.

Emerson, Ralph Waldo, *Complete Works*, Strelbytskyy Multimedia

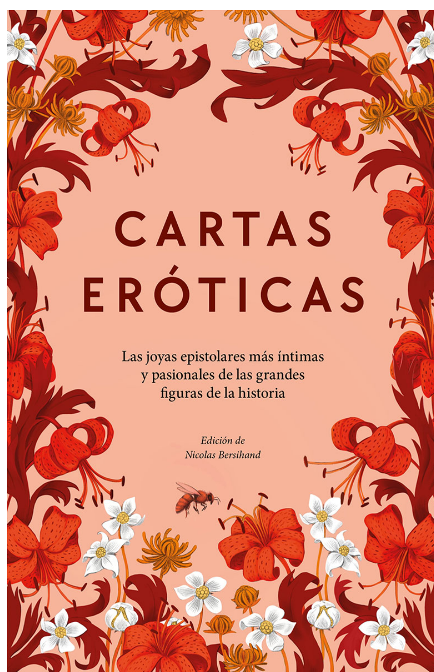
Publishing, 2021.
Engels, Friedrich, *Der Briefwechsel zwischen F. Engels und K. Marx*, Stuttgart, 1913.
Farina, Marie-Paule, *Sade et ses femmes*, Les Peregrines, 2016.
Fitzgerald, F. Scott, *Dear Scott, Dearest Zelda: The Love Letters of F. Scott and Zelda Fitzgerald*, Scribner, 2019.
Flaubert, Gustave, *Correspondance*, Folio, 1998.
Franklin, Benjamin, *The Complete Works*, Palala Press, 2015.
Frattini, Eric, *Los papas y el sexo*, Booket, 2011.
García Lorca, Federico, *Epistolario completo*, Cátedra, 1997.
Gauguin, Paul, *Lettres à sa femme et ses amis*, Grasset, 2003.
Gautier, Théophile, *Correspondance générale*, Librairie Droz, 2000.
Gibson, Ian, *El vicio inglés*, Planeta, 1980.
—, *Lorca y el mundo gay*, DeBolsillo, 2016.
Goujon, Jean-Paul, *Dossier secret : Pierre Louÿs-Marie de Régnier*, Christian Bourgois, 2002.
Goya, Francisco de, *Cartas a Martín Zapater*, Fundamentos, 2003.
Grimm, Robert, *Luther et expérience sexuelle*, Labor et Fides, 1999.
Haegele, Vincent, *Napoléon et les siens*, Perrin, 2019.
Hall, Radclyffe, *Your John: The Love Letters of Radclyffe Hall*, New York University Press, 1999.
Héloise, *Lettres à Abélard*, Wikisource, en: <https://fr.wikisource.org/wiki/Lettres_d%E2%80%99Ab%C3%A9lard_et_d%E2%80%99H%C3%A9lo%C3%AFse/Texte_entier>.
Hernández, Miguel, *Epistolario general*, Eda, 2019.
Hoye, Niels, *Lili: A Portrait of the First Sex Change*, Canelo, 2015.
Huysmans, J.-K., *Lettres à Théodore Hannon 1876-1886*, Editions Christian Piro, 1998.
Jung, C. G., *Selected Letters*, Princeton University Press, 2016.
Joyce, James, *Selected Letters*, Faber & Faber, 2003.
King, Greg, *The Mad King: Biography of Ludwig II of Bavaria*, Aurum Press, 1997.
Lamet, Pedro Miguel, *Yo te absuelvo, majestad*, Ediciones Martínez Roca, 2016.
Larivière, Michel, *Les amours masculines de nos grands hommes*, La Musardine, 2014.
Launais, Anne-Prospère de, *Je jure au Marquis de Sade, mon amant, de*

n'être jamais qu'à lui, Livre de poche, 2011.
Lawrence, D. H., *The Selected Letters*, Cambridge University Press, 1997.
Lawrence, T. E., *The Selected Letters*, W. W. Norton & Company, 1980.
Lazard, Madeleine, *Colette*, Folio, 2008.
Lenclos, Ninon, *Lettres*, FB Editions, 2015.
Lever, Evelyne, *Marie-Antoinette: La naissance d'une reine*, Lettres choisies, Seuil, 2006.
Machiavel, *Oeuvres*, Robert Laffont, 1996.
Lugones, *Cancionero de Aglaura: cartas y poemas inéditos*, Tres tiempos, 1984.
Luxemburg, Rosa, *Comrade and Lover: Rosa Luxemburg's Letters to Leo Jogiches*, The MIT Press, 1981.
Maupassant, Guy de, *Lettres aux dames*, La Part commune, 2014.
Michel, Bernard, *Leopold Sacher Masoch*, Robert Laffont, 1989.
Misión jesuíta francesa, *Lettres édifiantes et curieuses des Jésuites de Chine*, Editions Desjonquères, 2001.
Mira, Alberto, *De Sodoma a Chueca*, EGALES, 2004.
Montefiore, Simon, *Sebag, The Romanofs*, Vintage, 2017.
Montagu, Mary Wortley, *The Complete Letters*, Oxford Press, 1966.
Morales Estévez, Roberto, «Transcripción de una carta de Eleno de Céspedes, hermafrodita y médico acusado de pacto diabólico en el s. XVI», *Licencia Histórica*, 9 de abril de 2015, en: <https://www.licenciahistorica.com/2015/04/transcripcion-de-una-carta-de-eleno-de.html>.
Mozart, Wolfgang Amadeus, *A Life in Letters*, Penguin Classics, 2007.
Napoléon, *Correspondance générale*, Fayard, 2004-2018.
Nerval, Gérard, *Aurélia*, WikiSource, en: https://fr.wikisource.org/wiki/Aur%C3%A9lia/Lettres_%C3%A0_Aur%C3%A9lia
Nijinski, Vaslav, *Cahiers*, Actes Sud, 2000.
Nin, Anaïs y Joaquín Nin, *Reunited: The Correspondence of Anaïs and Joaquín Nin, 1933–1940*, Swallow Press, 2020.
Orléans, Charlotte-Élisabeth d', *Correspondance complète de madame duchesse d'Orléans née Princesse Palatine*, Adamant Media Corporation, 2002.
Pardo Bazán, Emilia, *"Miquiño mío": Cartas a Galdós*, Taurus, 2015.
Pessoa, Fernando, *Cartas de amor a Ophélia Queiroz, Obras Completas de Fernando Pessoa*, Ática, 2012.

Porter, Cathy, *Alexandra Kollontai: A Biography*, Virago, 1980.
Pouchain, Gérard, y Robert Sabourin, *Juliette Drouet: Ou la «dépaysée»*, Fayard, 1992.
Proust, Marcel, *Correspondance*, Le livre de poche, 2017.
Quevedo, Francisco de, *Obras festivas y jocosas*, MRA, 1997.
Reich, Wilhelm, *Beyond Psychology: Letters and Journals*, Farrar, Straus and Giroux, 2005.
Rilke, Rainer Maria, *Briefe an einen jungen Dichter*, Insel Verlag, 1929.
Robenalt, James David, *Harding Affair: Love and Espionage During the Great War*, Palgrave Macmillan, 2009.
Sade, Donatien, *Alphonse François, Lettres d'une vie*, 10/18, 2014.
Sand, George, *Lettres d'une vie*, Folio, 2004.
— y Delacroix, *Eugène, je serais folle de vous si je ne l'étais d'un autre*, Le Passeur, 2019.
Seymour, Bruce, *Lola Montes - A life*, Yale University Press, 2009.
Shaw, George Bernard, *The Complete Works of George Bernard Shaw: Plays, Novels, Articles, Lectures, Letters and Essays*, e-artnow, 2015.
Solé, José María, *Los pícaros borbones: de Felipe V a Alfonso* XIII, La Esfera de los Libros, 2003.
Soupre, Bernard, *Proust érotique*, Editions du Palio, 2021.
St. Vincent Millay, Edna, *Greenwood Press*, Letters, 1972.
Stendhal y Mérimée, *Ecrit érotiques*, Blanche, 2002.
Sterne, Lawrence, *The letters*, Biblio Bazaar, 2008.
Storni, Alfonsina, *Carta lírica a otra mujer, Antología poética*, Editora Urutau, 2019.
Stringer, August, *Correspondance*, Zulma, 2010.
Tristán, Flora, *Lettres*, Le Seuil, 1980.
Valera, Juan, *Cartas íntimas*, Taurus, 1974.
Vallejo-Nágera, Alejandra, *Locos de la Historia*, La Esfera De Los Libros, 2007.
Verlaine, Paul, *Œuvres poétiques complètes*, Robert Laffont, 2010.
Vigny, Alfred, y Marie Dorval, *Lettres pour lire au lit: Correspondance amoureuse (1831-1838)*, Mercure de France, 2013.
Trefusis, Violet, *Violet to Vita, Letters of Trefusis to Vita Sackville-West*, Mandarin, 1990.
Vivien, Renée, *Lettres à Kérimé*, Editions HB, 1998.
Voltaire, *Lettres choisies*, Folio, 2017.
Waliszewski, Kazimierz, *Le Roman D'Une Imperatrice Catherine II De*

Russie, Perrin, 2011.
Wells, H. G., *The Correspondence*, Routledge, 2021.
Wilde, Oscar, *The Complete Letters*, Henry Holt and Co., 2000.
Woolf, Virginia, *The letters*, Harvest Books, 1979.
Wollstonecraft Shelley, Mary, *Selected Letters*, Johns Hopkins University Press, 1994.
Zavala, José María, *La reina de oros*, Libros Libres, 2011.
—, *Las páginas secretas de la historia*, Plaza & Janes, 2016.

Las joyas epistolares más íntimas y pasionales de las grandes figuras de la historia.



En sus cartas, grandes figuras de la historia -desde Virginia Woolf hasta Emilia Pardo Bazán, pasando por Oscar Wilde, Goya, Emily Dickinson o el marqués de Sade- dejaron escrito el fuego que los consumía. Éxtasis, fantasías, confesiones, escándalos, primeras veces…

Estas correspondencias apasionadas y desatadas muestran cómo el erotismo, inherente a la naturaleza humana, surge en la intimidad con una fuerza arrolladora que va más allá de los tabúes y las normas, y hace temblar la vida de sus protagonistas. Un tributo epistolar al dios Eros.

Nicolas Bersihand (París, 1976) Escritor francés, traductor y editor ecléctico de libros de arte, de filosofía y hasta de bolsillo. Empezó en periodismo cultural y trabajó con el gran dramaturgo Armand Gatti. Creó y dirigió la única editorial dedicada al género epistolar, DesLettres, que publicó la colección epistolar *Mots Intimes*. Con la publicación de *Cartas a la madre* (Ediciones B, 2022) y de *Cartas eróticas* (Ediciones B, 2023) inicia un largo proyecto de publicaciones epistolares. En la actualidad, trabaja en varias antologías y obras de ficción.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Primera edición: enero de 2023

ediciones.

© Fandorina Liza / Shutterstock, por la imagen de las portadillas de las partes

Diseño de portada e interior: Penguin Random House Grupo Editorial / Anna Puig
Imagen de portada: © Silja Goetz

ISBN: 978-84-18051-80-7

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Twitter: penguinlibros
Instagram: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

[1] En francés, *baiser* significa a a vez el «beso», «besar» y «follar», polisemia intraducible en castellano. Según la estrofa leída, el sentido usado de esta palabra cambia el significado del todo, así como el tono y la intencionalidad escondida en este juego poético.

[2] En sus cartas, Rosa Luxemburgo se refería a su amado, Leo Jogiches como «Dyodyo» o «Chuchya», el primero un nombre cariñoso reservado para los niños pequeños; el segundo, para las niñas *(N. de la T.)*.

[3] Las palabras en cursiva aparecen en castellano en el original *(N. de N. B.)*.

[4] Los textos en cursiva de esta carta aparecen en español en el original *(N. del T.)*.

[5] En alemán, en el original: «*Bist mit dem Teufel du und du, und willst dich vor der Flamme scheuen*». Cita de *Fausto*, de Goethe. Traducción de Pedro Gálvez, Penguin clásicos, Barcelona, 2020 *(N. de N. B.)*.

[6] En español en el original *(N. de la T.)*.

[7] Regine Desforges, *O m'a dit: entretiens avec Pauline Réage*, Pauvert, 1975, p. 72.

[8] Luce López-Baralt, *Un Kama Sutra Español*, Vaso Roto Ediciones, 2017.

[9] Lou Andreas-Salomé, *El erotismo*, José J. Olañeta, 2018.

[10] Jacques Lacan, *Écrits*, Le Seuil, 1966.

[11] Jean-François Lyotard, *Economía libidinal*, Fondo de Cultura Económica, 1990.

[12] Pierre Louÿs, «Prólogo» a *Afrodita*, 1896.

[13] Saint-Evremond, *Textes choisis*, ed. Alain Niderst, Éditions sociales, 1970.

[14] André Malraux, *D. H. Lawrence et l'érotisme*, NRF, 1932.

[15] Siri Hustvedt, *A plea for Eros: essays,* Picador / Henry Holt and Company, 2006.

[16] Citado en Benoît Peeters, *Robbe-Grillet: l'aventure du nouveau roman*, Flammarion, 2022.

[17] Jean-Baptiste Brevet, *Je fantasme: Averroès et l'espace potentiel*, Verdier, 2017.

[18] Philippe Sollers, «Entretien avec Irène Salas», en *Le roman*

français au tournant du XXI*e siècle*, Presses Sorbonne Nouvelle, 2004, <http://books.openedition.org/psn/1636>.

[19] Pascal Quignard, *La nuit sexuelle*, J'ai Lu, 2009.

[20] Philippe Sollers, *Théorie des exceptions*, Folio, 1986.

[21] Las correspondencias son, quizá, como la carta robada de Poe, el material idóneo que falta leer para salir del *impasse* del psicoanálisis sobre la mujer. *Cf*. Bernard Pommier, *L'ordre sexuel*, Flammarion, 1995.

[22] Carlos Marcos: «Nunca antes ellas cantaron en español sobre sexo tan explícitamente: una revolución que molesta», *El País*, 11 de septiembre de 2022, <https://elpais.com/cultura/2022-09-11/nunca-antes-ellas-cantaron-en-espanol-sobre-sexo-tan-explicitamente-una-revolucion-que-molesta.html>.

[23] «Para seducir», en su caso, Regine Desforges, *ibid*, p. 100.

Índice